



LOURDES  
OÑEDERRA

# Intemperies

erein

**LOURDES OÑEDERRA**

Lourdes Oñederra Olaizola (Donostia, 1958). Es licenciada en Filología Hispánica y Doctora en Filología Vasca. Es catedrática en la Facultad de Filología de la UPV donde imparte clases de Fonología. Es Académica Numeraria de Euskaltzaindia. Escribió el epílogo de la novela de Saizarbitoria *Ehun metro*. Ha sido columnista en las revistas *Ere*, *Oh Euskadi!*, *Hika*, *Argia*, *Bake Hitzak* y *Erlea* así como en los periódicos *Euskaldunon Egunkaria*, *Berria* y *Noticias de Gipuzkoa*. En 1999 publica su primera novela, *Eta emakumeari sugeak esan zion*, que sería seleccionada para el Premio Nacional de Literatura y, finalmente, galardonada con varios premios: Premio de la Crítica 1999, Beterriko Liburua 1999, Premio Euskadi de Literatura 2000 y Premio Euskadi de Plata 2000. En 2005, en la colección *Gutiziak*, publicó el cuento “*Anderson anderearen gutizia*” y dos años más tarde tradujo una obra de Patrick Süskind, *Sommer jaunaren istorioa*. En 2013 vería la luz su segunda novela, *Intemperies*. Su obra ha sido traducida al inglés, al ruso y al italiano.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Título original:

*Intemperies (babes bila)*

Imagen de cubierta:

Eiderduck

Maquetación:

Erein

© Lourdes Oñederra

©EREIN. Donostia 2015

EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107

20018 Donostia

T 943 218 300 F 943 218 311

e-mail: [erein@erein.eus](mailto:erein@erein.eus)

ISBN de versión digital:

978-84-9746-956-2

Digitalizado por Adimedia, S.L.

[www.adimedia.net](http://www.adimedia.net)

LOURDES OÑEDERRA

# INTEMPERIES

Traducción de la autora

**Rage, rage against the dying of the light.**

Dylan Thomas, "Do not go gentle  
into that good night"

**We are but older children, dear,  
who fret to find our bedtime near.**

Lewis Carroll,  
*Through the Looking-Glass*

I

Cada cual tiene su propia manera de vivir,  
que, acertada o no,  
avanza como por sí misma.

Parece a veces que nos sostienen las decisiones no tomadas,  
las ataduras que no queremos pero tampoco cortamos,  
que nos mantienen vivos esas inercias involuntarias  
que nos presionan hasta asfixiarnos.

El tiempo pasa de otra manera ahora. Luzia no sabe cuándo empezó, cuándo ocurrió el cambio, desde cuándo pasa el tiempo como sin cuentas, ese transcurrir del pasado al presente sin colores, por un camino llano, ese pasar del antes al ahora sin darse cuenta, como si duraran menos los años y más los minutos, como si los minutos hubieran engordado. Se van alejando las mañanas de las tardes y cuesta, cuesta recordar lo ocurrido por la mañana, mientras que aparecen diáfanas, crudas, las frases oídas hace treinta años, las miradas de entonces.

El cuerpo. Cómo cambia sin tregua el cuerpo, inevitablemente, *inevitably, inevitabilmente*.

Si a Adán le hubieran prometido que conseguiría la sabiduría, probablemente no habría comido la manzana. Pero la mujer y la serpiente le dijeron que sería como Dios. No hubiera hecho algo prohibido por conseguir la sabiduría: no se puede desear lo que no se conoce. Sin embargo, ser como Dios sí que era deseable. Palabras. Distintas palabras, el engaño de las palabras. Y la envidia, querer ser tanto como el otro, como Dios, ser como Dios. Y Dios nos castigó y no somos dioses. Por culpa de Adán, por un Adán que tal vez nunca existió, caemos y envejecemos, nos estropeamos y manchamos, no somos eternos, nos vamos.

En sus sueños, Luzia es la mujer que se hace pis de miedo en una película de Ken Loach que vio hace poco, o el paranoico de la novela que tiene en la mesilla, a quien los terrores de la infancia convierten en asesino. A veces necesita ver películas o leer novelas como ésa antes de apagar la luz, para poder dormir, para poder conciliar el sueño. Luego tendrá esos sueños horribles y, al despertarse por la mañana o de madrugada, no podrá desembarazarse totalmente de ellos, como si fueran de alguna manera reales, como si le hubieran ocurrido de verdad.

Trabajar, perseguir el conocimiento como única salida. Luzia ha solido salvarse gracias al trabajo y sabe que eso le volverá a pasar. Esa pequeña salvación posible que te saca del pozo cotidiano, que te hace olvidar la tristeza de cada día, que puede llegar a darte alguna alegría incluso, y a darte placer, y que te hace creer que la vida tiene algún sentido: vivir por algo, para algo, para conseguir saber algo, a pesar de no ser dioses. Aunque fuera mentira, está la posibilidad de la ilusión. Te saca del atasco, del no saber por dónde tirar. Pone horas al día, mojones a la noche.

El trabajo.

Ahora que las ocasiones de sexo se han diluido.

El sexo, que nos hacía casi dioses, aunque también eso puede ser un juego de palabras, jugar a engañarnos con las palabras, a convivir con las mentiras. En

cualquier caso era distinto, tenía algo especial o eso parecía entonces.

Entonces.

Ahora Luzia sabe que su actitud no es la misma, aunque suele olvidarlo y piensa que son los demás los que han cambiado, que no la miran igual, que ya no la desean y que, por eso, no son suaves ni agradables, sino duros, fríos. Luzia sabe (a veces) que tampoco ella espera gran cosa. Que ya ha visto bastante. Que ha aprendido y que le da pereza intentarlo de nuevo, que, como no espera mucho, tampoco se esfuerza, que no sale a pedir y que, por eso, quizá también por eso, no le ofrecen, no le dan, no recibe y se está quedando sola.

Sola.

Sola y triste, y tranquila. Como cuando se separó de Martin, cuando tomó la decisión o la decisión la tomó a ella. Esa tranquilidad que da la seguridad. No estaba enfadada. Durante meses, durante años se había estado enfadando. Es tan cansado el enfado. El conflicto, las dudas. Ese ciclo ruidoso en el que la propia impotencia se le achaca al otro.

Durante mucho tiempo Luzia pensó que no sería capaz de dejar a su marido, de alejarse de aquel hombre que prefería echar la siesta ante el televisor a acostarse con ella. No se atrevía, a pesar de lo enfadada que estaba, de lo muy enfadada y dolida que se sentía. Cada vez con más frecuencia, Martin se solía quedar a tomar algo con sus colegas hasta tarde. Era obvio que las historias de Luzia lo aburrían, aunque siempre las escuchaba. En silencio. Por educación.

Luzia pensaba que no iba a ser capaz de dejarlo, de separarse, porque, a pesar de enfadarse una y otra vez, a pesar de la tristeza y el llanto, no acababa de irse. Pero un día, de alguna manera, la decisión llegó y no tuvo ninguna duda. Sintió la valentía de decidir y se marchó, en silencio, sin dar explicaciones y sin pedir las: estaba todo tan claro de repente.

Aquella tranquilidad, casi paz.

Después el dolor terrible, el dolor inaguantable, inenarrable. Un grito sordo que sólo se oye dentro, un grito que la garganta no emite, el llanto que no se puede llorar.

Al recordar su pena de entonces, Luzia piensa en lo árido de la ruptura amorosa. Y que será mucho peor el dolor de Eva: que te hayan matado a los seres que más quieres, que más necesitas. De repente. Para siempre. Debe de ser horrible. Ella no soportaría algo así. ¿O? ¿Tiene algún sentido, son comparables los dolores, las heridas de unos y otros? La más mínima herida le duele a quien la sufre. Sí, las heridas de Luzia no son tan grandes como las de otros, pero le han hecho daño a lo largo de su vida más de una vez y alejarse de Martin le hizo daño. Mucho daño y, además, fue largo. Eso parece al menos ahora, al mirar atrás.

Con la edad Luzia ha aprendido que tenemos poco tiempo y que es mucho el que se necesita para cualquier cosa. Por eso invitó al neurólogo, a Víctor, a pasar la Nochebuena con ella. No lo pensó demasiado, no se dio a sí misma la oportunidad de dudar. O no la tuvo. Algo que percibió en la cara de él la llevó a pronunciar la frase:

—¿Por qué no te vienes a San Sebastián a cenar conmigo?

Él respondió que sí, algo turbado, pero que sí, bueno, pues que sí.

No sabe cómo acabará la noche. No sabe si se acostarán juntos o no. Da igual. Ahora eso es ya lo de menos.

Hacen falta tantas palabras para explicar las cosas.

En otros tiempos era a menudo más fácil acostarse con un hombre que terminar el encuentro de otra manera: había que dar tantas explicaciones, tantas justificaciones para negarse.

De todas maneras tal vez es ya demasiado mayor para acostarse con alguien, para acostarse con un hombre. Las cosas han cambiado estos últimos años. Hace mucho Luzia pasaba toda aproximación a un hombre por la criba del me acuesto-no me

acuerdo con él. Luego, ya casada, a pesar de que la posibilidad de acostarse con otros hombres se había cerrado, ella seguía pensando casi siempre, cuando conocía a un hombre, si era o no alguien con quien le hubiera gustado acostarse. Con algunos hombres fantaseaba. Con otros, no. Tampoco le daba muchas vueltas, era bastante automático. Más tarde, más recientemente (no sabe realmente cuándo), dejó de hacerlo. Desde luego, ya había perdido la costumbre de hacerlo para cuando se separó de Martín.

Acordarse claro que se acuerda, pero le resulta algo lejano, muy lejano, a pesar de que no son tantos los años. No, tantos no. Pero, por algo, parece que estos últimos años, estos años que han pasado tan rápidamente, han sido particularmente destructivos a la hora de borrar las marcas, de enturbiar los recuerdos. Se pierde la cuenta, y la lejanía o proximidad de las cosas no tiene que ver con los años transcurridos desde que ocurrieron.

—En esta edad difícil —le dijo el ginecólogo en la última revisión.

En esta edad difícil. ¿Es que alguna edad es fácil?

Las dudas sobre si aún es atractiva se le van desdibujando y mezclando con la esperanza de que perder atractivo sexual le traiga paz. Está suspendida en algún punto entre la duda y la esperanza. Cuelga sobre la nada viendo un abismo desconocido, trabada en esos pensamientos y temores que no pueden ya sostenerla. La ligereza del vacío la tranquiliza a veces. Sin embargo otras veces, cuando la nada es un agujero sin fondo, cuando la ve así, se inquieta.

Cincuenta años. Cincuenta. 50. A esa edad no hay nadie que sea mujer a secas, simplemente mujer, sin más. Eres la mujer de alguien, o su madre. O eres algo: profesora, limpiadora, o política. La profesora de alguien, la limpiadora de algún sitio o de alguien, cargo de un partido o por lo menos militante, pero no simplemente tú, una persona de cincuenta años. Porque ¿qué se hace en casa, al levantarse de la cama cada mañana?

Luzia no recuerda cómo ocurrió, por qué se quedó en casa. Sabe cuándo fue, cómo calculó que le quedaba dinero suficiente para vivir sin trabajar. Recuerda, como a través de la bruma, que estaba cansada, que eso era lo que le contaba a la gente que le preguntaba. Porque la gente pregunta siempre, casi siempre como si no preguntara, pero preguntar, pregunta siempre sobre los asuntos de los demás, sobre la vida de los demás, sobre el cómo y el porqué de los demás, y cuándo y con quién.

Luzia siempre ha intentado decir la verdad. Ha sido desde pequeña cuidadosa con los otros. Una niña buena que procura no hacer daño a nadie, la mujer que ha sabido ponerse en el lugar de los demás. Pero siempre hay entre los demás alguien que sabe eso, alguien que tiene una especie de radar para encontrar a personas como Luzia y hacerles daño dulcemente. Son esos que, haciendo como que te ayudan, te dejan hecha polvo. Esa gente que sabe perfectamente qué decir, qué preguntar para revolverte las entrañas, para despertar tus miedos más escondidos. Esa gente que ha desarrollado la capacidad de azotar con su propia miseria la debilidad del otro. Tal vez nacieron ya con un instinto especial para hacerlo. Tal vez no sean conscientes de lo que hacen, tal vez simplemente buscan su alimento y lo consiguen. Quedar por encima del otro. Empequeñecerlo. Es eso lo que necesitan para vivir. Sí, es posible que no lo hagan conscientemente, pero lo hacen adrede. Por ejemplo, cuando Martín le decía a Luzia que tenía unos ojos muy bonitos, pero que con los gestos que hacía parecía nerviosa y resultaba menos atractiva. Martín le quitaba a Luzia el suelo de debajo de los pies para atarla más, para que lo necesitara más, para que tuviera que apoyarse en su brazo al andar. Martín era malo o se estaba haciendo malo. Luzia no lo sabía entonces y se echaba la culpa a sí misma. Como siempre. Su debilidad, su ignorancia, su insuficiencia.

Como siempre.

Como siempre, la culpa.

Se marchó, huyendo de Martín, cuando le llegó la herencia de la tía Pruden. Anduvo por el extranjero. Luego regresó, pero no del todo, nunca del todo. Siempre busca excusas para irse fuera, para irse de su ciudad, de su país, de la patria. Por un tiempo más o menos largo. Al volver, sin embargo, siempre se encuentra con lo mismo. Además cada vuelta es peor que la anterior, porque ella es mayor y cada vez le cuesta más situarse, acoplarse a la que se supone que es su sociedad. Volver a marcharse le da cada vez más pereza.

Sólo en el trabajo encuentra Luzia, a veces, paz. Aleluya. Haendel. El Mesías. Hallelujah. Casi le ha dolido, cuando de pronto ha hecho caso a la música. Mientras trabaja suele tener puesta la radio en la sintonía de la música clásica. Suena todavía. No la ha quitado al apagar el ordenador.

Sí, el trabajo la salva de enloquecer de tristeza, se alegra de tener que utilizar el pensamiento intensamente para entender lo que lee, y también se alegra de que le guste leer esas cosas por el placer que le da comprenderlas y porque así puede pasar mucho tiempo sin acordarse de nada más, sin acordarse de su entorno, sin acordarse de sí misma.

Ese otro lado del alma.

El eco más oscuro del corazón.

Su tendencia al drama casi le provoca náuseas. Y así estaba, asqueada consigo misma, en el congreso de París, cuando en la cena con el coordinador del proyecto éste mencionó a la afásica de Madrid. Hará ahora dos años.

No quiere vivir sola y triste.

Qué sola está. Porque, en definitiva, estar sola no es que no haya nadie alrededor (siempre hay alguien), sino que no haya nadie como una misma, o muy pocos, y que esos pocos estén lejos y que no sea fácil relacionarse con ellos, de modo suficiente.

Ya está preparada la cama del cuarto de invitados, le dejó una nota a la interina para que pusiera sábanas. Lo ha mirado por si acaso. Si no surgiera la necesidad, a poder ser, preferiría no mencionar lo del dormitorio con Víctor. Lo del otro dormitorio, lo del otro dormitorio además del suyo. El asunto de los dormitorios. Ni lo tocaría. Preferiría empezar a cenar enseguida, hablar del tiempo y del viaje, de las horas de tren y de los precios de los nuevos trenes, un poco más tarde, tal vez, de cuestiones de trabajo, y de Eva. Pero ¿dónde le va a decir que deje las cosas cuando llegue?

Cuando llegue, cuando Víctor llegue a su casa.

Ha dejado toallas limpias en la silla junto a la ventana.

Ha vuelto a la sala.

... *bei dieser Frühlingshitze nach dem endlos langen Winter...* Ha encontrado la frase en una novela de Christa Wolf. Se alegra de entenderla. No se le ha olvidado tanto el alemán. La lee una y otra vez, casi se la aprende de memoria, mientras piensa, siente, que también este año, ahora, está ella ahí, que necesita ese calor de la primavera que sigue al largo invierno, ese calor que rodea la narración de Wolf. Da igual lo que cuente, lo que diga la novela a partir de esas líneas. No lo sabe. No ha leído esa novela, o se le ha olvidado. A ella le ha afectado lo del calor, porque según lo lee una y otra vez, siente que está en ese momento de la vida, en ese calor repentino de la primavera, y que le afecta así, como le afecta, porque lo ha leído en alemán: extraño pero cercano. Una realidad repetida que vuelve en palabras nuevas.

Luzia busca expresiones como una escritora buscaría un formato, para contarse a sí misma su interior, para poder narrarle sus sentimientos a su mente. Y la frase la afecta como la ha afectado porque está nerviosa, porque no sabe cómo situarse ante lo que va a suceder y porque lo que va a suceder le importa mucho. Por eso ha empezado a coger novelas de modo aleatorio de las baldas de la sala y a leer trozos, hasta que el pasaje de Wolf la ha atrapado.

Un formato, un guión para contar las cosas, para canalizar la vida. Será por eso por lo que las novelas resultan tan atractivas, porque tienen una estructura, como las películas, a diferencia de la vida. Las novelas consuelan, porque el escritor, ese tirano fanfarrón, nos hace un favor, el de darnos estructurado lo que no tiene estructura: el favor de contárnoslo. Claro, para eso, el lector tiene que estar dispuesto a creer.

Así quisiera estar Luzia.

Dispuesta a creer.

Pasa unos segundos repitiendo la frase, *bei dieser Frühlingshitze nach dem endlos langen Winter*, pero de pronto los segundos se le hacen eternos y frenéticamente empieza a recoger cosas, a sacar cosas, a llevar los periódicos y papeles acumulados de un lado para otro, a abrir y cerrar el armario de los manteles, porque es que todavía no ha decidido qué platos va a poner.

Su perra Taka la mira desde el sofá. Grande, tranquila, tristonera. Esa dulzura lenta de los bóxer. No debería dejarle subir al sofá.

Piensa que Víctor debe de tener ya unos sesenta años y si le gustará la cena. Que todavía no ha elegido el mantel. El de las flores grandes queda muy bien con los platos blancos, pero hay un rastro de mancha de vino demasiado visible en pleno centro. También Martin habrá pasado los cincuenta. Sí, por supuesto que los habrá pasado. Todavía lo quiere. "Aún te quiero." Le sale así, en castellano y como si estuvieran frente a frente los dos. Por qué será, porque con Martin hablaba siempre en euskera. Qué cosa tan curiosa es la mente. Le viene a la cabeza lo del pensamiento y la lengua, que nadie sabe mucho de eso, aunque muchos hablan con mucha seguridad. Como si supieran. Es la peor clase de mentira: no saber lo suficiente sobre algo pero darlo por seguro. Además la gente siempre está dispuesta a creerse las afirmaciones sencillas. Cuánta mentira en nuestro entorno sobre el multilingüismo y esas cosas, sobre la protección de las lenguas minoritarias. Pero se quieren certezas y siempre hay quien está dispuesto a manipular. Algunos sin querer, por hacer algo, por ser alguien. Todo vale.

"Aún te quiero." Se lo dijo al menos una vez. Seguro. Se lo diría más veces seguramente, pero no recuerda cuándo, cómo. Sí se acuerda de aquella vez. Hace mucho, antes de casarse. "Maite zaitut." Te quiero. Martin quizá sonriera, ella no le podía ver bien la cara. Iban en coche, Martin al volante y ella al lado. Estaba oscuro fuera y también dentro, lo suficientemente oscuro para no poder ver la expresión de Martin.

—Qué puta eres.

—O que tú no te atreves, o que me quieres proteger.

Martin siempre había querido proteger a Luzia, protegerla y ayudarla. Al menos, así se lo tomaba Luzia. Era su manera de entender la actitud de Martin hacia ella.

Luzia nunca ha dejado que el pelo le creciera mucho, desde que oyó a Martin decir que las melenas largas son cursis a partir de cierta edad.

¿Se acordará de ella, pensará alguna vez en ella? Qué. Cómo. ¿Cuando esté solo? Tal vez cuando esté conduciendo. ¿Pensará en el pelo de Luzia? Es posible que ahora le gusten las mujeres de pelo largo. Luzia no lo sabe. Tampoco antes sabía gran cosa. Pensaba que ella le gustaba, estaba segura. Y no dejaba que el pelo le creciera demasiado.

Pasamos media vida sin saber. La otra media, sin atrevernos. Luego, nos morimos. Hasta entonces estamos a la intemperie buscando cobijos. Vivimos pidiendo amparo y creyendo encontrarlo en las cargas que nos echamos encima: máscaras, apariencias, pieles extrañas bajo las que escondemos la nuestra hasta el punto de olvidarla. Necesitamos a los demás pero los tememos. Queremos atraerlos pero los espantamos al pretender que nos admiren, al querer impresionarlos para tenerlos más cerca. Los alejamos queriendo aproximarlos. No se puede acertar, somos incapaces. ¿Estará en

los demás la protección? Está, desde luego, el miedo. ¿Será alguien la salvación?  
¿Será?

Luzia cree, quiere creer, que este hombre no será como los demás. Sabe que ya ha pasado suficiente tiempo desde la última desilusión, desde la última vez que sintió asco. Le asquean los hombres. A veces le asustan. Esa insistencia, esa pulsión sexual tan animal. Lo que al principio la atraía terminó por enfermarla. Siempre igual. Siempre la misma historia. Puede que éste no sea como los otros hombres. Tampoco Luzia es la misma de antes. O sí. La misma, unos cuantos años más tarde.

Eva, sin embargo, es joven. Demasiado joven.

Eva no sabe sonreír, seguramente no sabe ni que puede sonreír. Se le ha debido de olvidar. ¿Habrá sido alguna vez feliz en su corta vida? ¿Se le habrán escapado sonrisas sin querer? Puede que no se acuerde. Ahora no expresa nada más que temor. No sabe pedir mimos, ni agradecer el cariño. Si alguna vez los ha tenido, no lo recuerda.

¿No lo recuerda?

Luzia no sabe si Eva tiene ahora amor. No sabe cómo la querrá su abuela, que es tal vez demasiado mayor, demasiado cerrada, demasiado rica. No sabe cómo querrá a esta nieta que no había visto durante muchos años una abuela acostumbrada a lo largo de tanto tiempo a cuidar sólo de sí misma. No sabe si esa abuela tendrá espacio para una nieta muda, para la niña del hijo que perdió, para esa niña que no habla y que su hijo tuvo con una mujer a quien ella apenas conoció.

Sabe que en la clínica tratan bien a Eva. La psicóloga, los médicos, ella misma. Ella quiere a Eva. De alguna manera. Sí, diría que es auténtico amor lo que siente, lo que ha ido tomando cuerpo en su interior a lo largo de este año y medio. A saber. Amor. Querer. Utilizamos esas palabras para tantas cosas. Como si conociéramos lo desconocido, para apropiarnos de lo que no sabemos.

Aún te quiero, *oraindik maite zaitut*, todavía le quiere.

Puede. Según lo que quiera decir eso de quererle todavía. Nota por dentro algo blando al acordarse de Martin, al pensar en él. Pero eso, sea lo que sea, tampoco es más que una manera de decirlo con palabras.

No se volvería a acostar con él.

Probablemente. Pero quién sabe. Que siempre andamos todos buscando algo. Quién sabe. Pon alcohol y noche, y puede que se acostaran. No deberían. Desde la perspectiva más racional, sería mejor que no lo hicieran. Pero entonces ¿qué podrían hacer? Hablar. Hablar del pasado, del tiempo que pasaron juntos. Del presente. “¿Qué haces ahora? Me han dicho que estás trabajando otra vez, que andas con tus cosas”, podría decir Martin. O algo parecido.

Luzia, con sus cosas, con las cosas de Luzia. Investigar, ese pensamiento que no muerde, que ayuda a levantarse y a vivir cada día, sin aburrirse, aprendiendo, aprendiendo siempre. Luzia a sus cosas, a investigar cómo hablamos, cómo nos las arreglamos con el lenguaje y el pensamiento.

Aún te quiero.

Aún le quiere. ¿No? Se acuerda tal vez porque no es capaz de ceder ante lo que se ha ido para siempre. Eso debe de ser lo de quererle todavía. Agarrarse a un recuerdo y enredar al ser querido en la memoria, como si aún tuviéramos el pasado al alcance de la mano. No poder ceder ante el paso del tiempo. No lo queremos creer. Nos es imposible.

Martin debe de tener ya más de cincuenta años, sí, habrá cumplido cincuenta y cinco. Era cinco años mayor que ella. Habrá envejecido. No tenía pinta de que fuera a envejecer mal, pero a saber... Pocos hombres se cuidan, y menos los vascos. En eso son muy españoles, al menos los de Hegoalde. Comen mucho, beben mucho. Apenas cuidan su aspecto.

Tiene que llamar a Eva para felicitarle las fiestas, le prometió que la llamaría. Estará esperando su llamada, si se acuerda. Diría que sí, porque Eva se suele acordar de las citas, de lo que se le promete. La señora que la cuida le dijo que Eva suele saber cuándo va a ir Luzia a visitarla a casa de la abuela y que por eso coge la caja de las pinturas antes de que llegue.

Tiene que llamarla antes de que venga Víctor, porque no quiere hablar con Eva delante de Víctor y porque tampoco quiere dejar solo a Víctor al poco rato de que llegue a su casa. La llamada no durará mucho, claro. Pero bueno, a pesar de todo.

Tampoco estaría mal sacar a la perra, para no tener que salir después de cenar.

Ya no puede estar muy lejos el tren que trae a Víctor de Madrid. Quizá se retrase. Seguramente, como mucha gente coge el tren estos días... Sí, seguramente se retrasará. Si viene bien, le queda como una media hora, más el cuarto de hora que necesitará Víctor para llegar a casa desde la estación, si coge un taxi. Le dijo que no lo iría a buscar, que prefería preparar bien la cena y tenerlo todo a punto para cuando él llegara. Que la llamara, en todo caso, si no había taxis y si venía muy cargado. ¡Cómo pudo decirle eso! Que si, aprovechando la tranquilidad de San Sebastián quería venir andando, no había prisa, que iba a hacer algo de meter en el horno en el último momento. ¡Cómo le dijo eso! Tendría que ir a buscarlo, precisamente porque si va a prepararlo todo de antemano para luego meterlo al horno...

Podría programar el horno, que esté bien caliente para cuando lleguen. El pescado lo meterá en el último momento, no tiene que estar vigilando nada.

Pero ahora sería mucho peor empezar a llamarlo. Seguro que Víctor es de esos a los que no les gusta hablar por teléfono en el tren. Menos mal. ¿Un mensaje? No, mucho peor. ¿Cómo le va a poner en un mensaje que se ha arrepentido y que fue una bruta al decirle eso y que, desde que ha empezado a decir las cosas tal como las siente, no hace más que meter la pata, que serán las hormonas o los consejos que dan los psicólogos para contrarrestar el efecto de las hormonas? No, Víctor no vendrá demasiado cargado.

La muda, ropa para el día siguiente. Un regalo quizá. Ella le ha comprado el último disco de un grupo de *jazz*, de un grupo que le gusta a Víctor. Lo tenía puesto en el coche una vez que la llevó a la estación cuando ella venía de Madrid a Sanse. Cuando mencionó el nombre del grupo, ella se esforzó mucho en memorizarlo. A Luzia no le gusta demasiado el *jazz*. Sabe que a Víctor sí.

Decir las cosas tal y como se sienten. Tampoco es verdad del todo. Lo de no ir a la estación tiene que ver con algo que no se confiesa a sí misma. No quiere ir al centro y que la vea alguna conocida de su madre, o una de sus hermanas. Creen que está en Madrid, que se ha tenido que quedar por el trabajo, o algo así. No ha dado más explicaciones, ni se las han pedido. Deben de estar resignadas ya.

–Pero estás bien, ¿no? –le preguntó su hermana mayor el día que hablaron por teléfono.

–Sí, sí. Estoy bien.

Tres cuartos de hora o una hora incluso. Tiempo para elegir y poner el mantel. Para poner la mesa, para vigilar el horno, para pintarse los labios. ¿El pelo? No, el pelo ya no tiene remedio. Tampoco está mal, no está tan mal.

Tiene que llamar a donde la abuela de Eva.

No hace frío, no hace calor. Es como si el aire estuviera quieto. La temperatura es cálida para diciembre, el 24 de diciembre. A pesar de todo la calefacción está encendida desde las cinco. En San Sebastián pasan frío los que no son de la costa. La humedad se les mete hasta los huesos.

Luzia acerca la cara al espejo lo más que puede y siente el lavabo en la parte superior de los muslos, muy arriba, casi en el pubis. Está de puntillas. Con la mano izquierda tira suavemente del extremo del ojo derecho hacia la sien. En el libro sobre afasia se llama

*distal transitive gestures* a los gestos que hace una misma en su cuerpo con la mano. En la mano derecha tiene un lápiz, verde grisáceo. La mina es un tanto dura. Le va a doler un poco conseguir un trazo sólido.

Acabado el ojo derecho, se yergue alejándose del espejo. Le viene a la memoria *I know that woman in the mirror*, de una canción de Marianne Faithfull. Ve algo de su madre en la imagen del espejo. Un ojo pintado, el otro no. Su madre tenía veintiocho años cuando Luzia le preguntó cuántos años tenía. Veintiocho. Ahí, en esa cifra, situó la pequeña Luzia el comienzo de la madurez. Ella tenía seis años cuando sintió la necesidad de preguntar eso a su madre. Luego pasó esa edad, la frontera de los veintiocho, esos años y casi otros tantos. Se le empezó a caer el pecho. El pelo, que se va poniendo gris, casi blanco, áspero. Peluquería cada tres semanas para teñirse las canas. Las rodillas cada vez más rígidas. Eso no lo arreglan en la peluquería. Es una cosa curiosa cuánto pensamos las mujeres en ese tipo de cosas. Cuántas vueltas les damos. Quiénes somos. Cómo estamos. Hasta cuándo parecemos jóvenes. Qué podemos hacer. Qué debemos sentir. Qué se dice de nosotras. Por qué esto, para qué aquello. Cuánta vuelta, cuánto tiempo, cuánta cháchara, llenándonos la cabeza, en vez de dedicarla a otras cosas. Si un hombre tiene tendencia a hacer lo mismo, se hace escritor, o filósofo, o las dos cosas a la vez. Nosotras, en cambio, nos sumergimos en la conversación, con nosotras mismas, con las demás, con nuestra madre, con las amigas. Palabras, palabras y más palabras. ¿Por qué me habrá dicho eso, por qué con esas palabras? ¿Cómo he podido decir tal cosa? ¿Lo he dicho? Eso. Así. Será tal vez la presión del entorno lo que lleva a los hombres a escribir y a nosotras a hablar, tal vez no. Tal vez sea otra cosa, algo totalmente distinto, algo biológico, algo que empezó hace demasiado tiempo y que ya no se puede cambiar, algo parecido a la diferencia que hay entre los distintos tipos de árboles o la que hay entre un lobo y un oso. Luzia cree que lo de la maternidad, lo de la capacidad de ser madres de las mujeres, no es lo fundamental, sino, en todo caso, una especie de ramificación, una consecuencia.

Luzia hizo en su juventud la prueba de distinguir entre sexualidad y maternidad. Era lo que tocaba en aquella época. *Biology is not destiny*. Diferenció la sexualidad de la maternidad y le pareció mucho más divertida la primera.

Ahora el destino le ha puesto a Eva en el camino.

Más de una vez ha dicho que no tener hijos es otra manera de estar en el mundo. Primero se lo dijo a sí misma. Luego a quienes le preguntaban. Ahora ya nadie se lo pregunta.

Le gusta cómo le han quedado los ojos con la raya verde, verde grisácea. Ahora, las pestañas. Rímel negro, para dar profundidad a la mirada. Profundidad, mirada. A Luzia le encanta esa especie de sonrisa de los ojos de Víctor. Como si sugiriera una broma cariñosa. La dulzura de unos ojos cansados. Tal vez porque ha mirado mucho para diagnosticar, tal vez porque está acostumbrado a dar malas noticias o porque con su mirada les tiene que prometer ayuda a los pacientes, a un paciente que quizá no oye, a los familiares del paciente.

Es tan raro lo que les pasa a ellos dos. A veces Luzia piensa que se lo ha inventado todo ella. Sí, está claro que estas cosas, lo de enamorarse y así, tienen siempre algo de invento. Intentar saciar la propia necesidad a través del otro. Sí, ya lo sabe. Pero el peligro es que sea todo puro invento, que se lo haya inventado una de arriba abajo. Para eliminar esa duda recurre al recuerdo de algo que le haya dicho Víctor o, mejor aún, de algo que haya hecho Víctor, algún movimiento de acercamiento: por ejemplo, aquella dedicatoria escrita en un libro que le regaló. Pero, bueno, qué quiere decir una dedicatoria cariñosa en una de las primeras páginas de una novela de amor. Todas las novelas son novelas de amor, de amor o de desamor, incluso cuando no van de eso. Además ¿qué le ponía? Que esperaba que la conservara, o que ojalá le gustara tanto como a él, o algo por el estilo. Siente la tentación morbosa de ponerse a buscar la

novela.

Se reprime.

No sabe dónde ha dejado las gafas.

En cualquier caso, la relación entre uno mismo y lo que se escribe es muy rara, más rara que la que hay entre uno mismo y lo que se dice.

¿Y hoy qué? Fue ella la que lo invitó, cierto, la que le preguntó si querría venir, si querría venir a pasar la Nochebuena con ella, a su casa, a San Sebastián. Víctor había dicho que sí, y parecía que se alegraba. ¿Parecía? ¿En qué se lo notó? ¿En qué? En algo. Sí, en algo. Cuando ayer hablaron por teléfono para precisar la hora y todo eso, también parecía estar contento.

Igual no tenía ninguna razón para decir que no, ninguna razón para decir que no a la invitación de Luzia.

¿Vendrá por ella? ¿Por escapar de Madrid?

La idea surgió de pronto. Aparentemente. Hace ahora una semana. Estaban programando el trabajo de las siguientes semanas en el despacho de Víctor. Justo al decir "Dentro de una semana, el 24 de diciembre", se dio cuenta Luzia de que el número 25 del calendario de encima de la mesa estaba en rojo y añadió, tratando de sonar indiferente, "el día 24 es Nochebuena".

Víctor se quedó mirándola. Algún segundo más de lo habitual.

Esa mirada de Víctor, esa especie de pregunta, desde lejos pero queriendo acercarse. Tal vez.

¿Será permiso lo que pide?

Luzia se pierde en esa mirada, como si se mareara por dentro, el estómago se le mueve, líquido, y se queda sin agarraderas durante un tiempo muy breve y gozoso. Magnetismo.

Luzia ha visto a muchos conocidos echarse a perder, cómo se han estropeado física y espiritualmente, cómo se han ido afeando día a día, haciéndose más malvados, a través de la miseria de sus opciones. Día a día, hora a hora, minuto a minuto, por sus pequeños egoísmos, por sus mezquindades. Las miradas envidiosas que dibujan un gesto de codicia, un rostro duro en aquellas chicas que fueron tan guapas de jóvenes. Cómo aquellos jóvenes atractivos se han convertido en espantosos viejos secos y blandos. Lo de menos es envejecer. Eso le da pena, pero no la enfada. Es inevitable. Como que la lluvia te moje. Todo lo más se puede amortiguar, proteger, dignificar: acordarse de coger el paraguas. Como mucho eso, pero mojar, te mojarás.

Lo de menos es envejecer, o quedarse en el camino. También la muerte es inevitable. Pero no las pequeñas opciones. Regar las plantas o dejar que se sequen, llamar o no llamar a alguien, comunicar una oferta de trabajo o guardarla para los del propio grupo, decir la verdad o, por si acaso, esperar hasta la siguiente oportunidad. Esas cosas no son como la muerte.

Terminado lo de los ojos, duda por un instante si ponerse un poco de colorete en las mejillas o no.

Con la edad algunas mujeres empiezan a tener un aspecto frágil. Luego irán como marchitándose. Las que no lo aceptan suelen parecer muñecas mustias repintadas.

En el camino hacia el final no hay escapatorias. No hay vías de escape.

Al menos hoy Víctor viene a cenar. Hoy es Nochebuena y Luzia no estará sola. Ni Víctor tampoco.

Tiene que llamar a Eva sin falta.

Empieza a pintarse los labios. El de arriba desde el centro hacia los lados, el de abajo desde los lados hacia el centro. Suave, despacio, pero firmemente.

**II**

**Nos mots... on n'arrive pas à les sortir...  
mais on sait qu'ils existent.**

Enki Bilal, *Julia et Roem*

# 1

Luzia ve a Víctor por primera vez.

Cuando Luzia vio a Víctor por primera vez, él estaba hablando por teléfono en su despacho de la clínica. Hablaba como si su interlocutor estuviera allí mismo, sin levantar la voz, sin tensar los músculos, casi con dulzura, a pesar de que parecía tratarse de un desconocido. Luzia se alegró. No le gustan los hombres que hacen fuerza al hablar, los que intentan demostrar poder o algo parecido. No le gustan. Le dan miedo. Los desprecia, tal vez porque no puede hacer otra cosa con su miedo y porque ya se ha cansado de luchar para superarlo. Superarlo, porque desaparecer, nunca desaparece el miedo.

–El doctor Belaúnde –dijo la joven ayudante al presentar a Luzia y al neurólogo.

Lo primero que le llegó a Luzia fue la elegancia del médico. La elegancia que no deja acercarse demasiado. “Viste bien”, pensó Luzia inmediatamente. El contacto de la mano, agradable. También la voz. El gesto, sin embargo, cuando miró a Luzia, fue duro. Luzia no lo quería reconocer, pero se asustó, un poco. Otra vez. Aún. Una vez más. Pero esta vez enseguida se enfrentó a su miedo. Y no quiso abrir la puerta al desprecio que vendría a sustituirlo.

Ciertamente aquel primer día el mismo Madrid la había superado ya por la mañana en la parada del metro. Y, más tarde, de vuelta al hotel en taxi al anochecer, volvió a sentir el peso de la gran ciudad, ese poder extraño.

Ya necesita gafas para poder ver el plano del metro. Se dio cuenta de eso aquel primer día de Madrid.

No encontraba el eco del Madrid que recordaba. Los ruidos, el aspecto de la gente, las prisas, le resultaban excesivos y fue para Luzia como si en la impotencia de aquel primer día un torbellino negro lo engullera todo, también la sombra del doctor Belaúnde.

## 2

Lunes de la última semana de agosto: Luzia conduce el coche de San Sebastián a Madrid.

Apaga la radio. No se oye bien. Debe de estar cruzando algún límite del mapa de distribución de frecuencias. Dónde está. Sí, Navarra, esos kilómetros de Navarra que se atraviesan para llegar a Álava desde Guipúzcoa, si se va por Etxegarate. Mira hacia la derecha. Un edificio que ha conocido mejores tiempos. Una señal que apunta en esa dirección dice "Altzania".

–Altzania –dice Luzia, en voz alta, despacio.

Y un mal olor le viene a la memoria, a ese sitio que el hipotálamo no controla. Mal olor, a viejo, a humedad, olor de campamento, de colonias de verano. Olor, *usaina*. En aquellos tiempos lo hubiera llamado *usaia*, sin la *n* que le añadió luego al aprender el euskera estándar: *usaia* sin *n*, sin nasal, como si entonces no necesitara nasal el nombre de lo que entra por la nariz. Al menos entonces, no.

Aquellos veranos de la niñez.

Sigue con el pensamiento quieto, flotando en aquel entonces, según deja atrás las montañas de Guipúzcoa y, tras tocar Navarra, se va acercando a las tierras más llanas de Álava. Esa amplitud es para ella La Rioja. Todavía. Seguramente para siempre: ya irremediablemente para siempre.

Aquellos agostos en La Rioja, los agostos de la niñez, de la juventud.

Recuerda que ya para entonces solía querer decir la verdad. Siempre la verdad, buscaba la verdad en todas las cosas. Y es que de joven creía que era totalmente posible, que era totalmente posible dar con la verdad y decirla, decir la verdad. Como otras muchas cosas. Creía entonces, al oír a Paco Ibáñez cantar las letras de Goytisolo y Celaya, que muchas cosas eran posibles, incluso que ocurrirían. También parecía que los otros, otros muchos al menos, pensaban como ella, que también querían decir la verdad, que creían en ello, muchos, la mayoría entre los de su edad y, entre los algo mayores, casi todos.

*Il faut oublier, oublier le temps des malentendus, et le temps perdu à savoir comment.*  
Brel, Jacques Brel. *Le temps perdu à savoir comment.*

Últimamente piensa mucho en la muerte. Ha tenido siempre cierta tendencia a hacerlo, pero de joven la muerte era algo distinto. Un nombre. No sabe cuándo empezó a aficionarse a pensar en la muerte, ni a partir de cuándo se le ha intensificado esa afición. Tal vez fue cuando le dijeron que Martin vivía con otra mujer. Tal vez antes, cuando ella se marchó al extranjero. O cuando decidieron separarse. No. Viene de antes, seguramente viene de antes. Ahora se le está intensificando más y más.

¿Importa cuándo empezó? ¿Le importa a alguien? Sí, a ella, a Luzia. Siempre en pos de la verdad, de la exactitud. Aunque durante mucho tiempo, queriendo decir la verdad, creyendo decirla, ha solido decir lo que convenía. Así lo ve ahora. Tan prudente siempre ella, Luzia, tan prudente y tan perdida.

Los locos consiguen lo que quieren, incluso cuando eso que quieren les perjudica. A pesar de ello, lo consiguen. En última instancia todos conseguimos lo que queremos. Lo que ocurre es que muchas veces no sabemos lo que queremos y pensamos, por eso, que hacemos las cosas sin querer. Sin querer. Que nos ocurren sin nosotros quererlas. No sabemos lo que queremos, pero siempre queremos algo, siempre. Es muy débil el límite entre los locos y los demás. Son siempre los demás quienes sitúan ese límite.

A saber por qué está pensando esas cosas Luzia. Desde dónde habrá llegado su mente a donde ha llegado. Es quizá que mañana tiene cita en una clínica de Madrid. Con el médico que conoció hace aproximadamente una semana, con ese neurólogo tan estricto, y con su equipo. Una sesión de la terapia que Luzia va a seguir, de la

terapia de la niña afásica. La primera sesión de Luzia.

–Altzania –vuelve a decir en voz alta y, al decirlo, el olor de humedad de algún convento le viene otra vez.

–¿Dónde estoy? –se pregunta luego.

–De momento en la carretera, en el coche, sola –se contesta, casi en un susurro esta vez.

Termina la frase casi sin voz. Ha pensado más que pronunciado la última palabra, pero la ha pensado entera, letra a letra, como si tuviera la obligación de terminar la frase, como si, para salir de algún sitio, tuviera que responder a una pregunta y tuviera, además, que dar la respuesta correcta.

Eva.

Tal vez sea por eso por lo que Eva no habla, porque le basta con pensar. Según dicen los médicos y los libros, si pensara en palabras, si tuviera pensamiento lingüístico, a esas alturas ya lo sabrían. Escribiría. Pero, sin embargo, Luzia ha leído en un informe de la psicóloga del equipo que la niña puede tener problemas neuro-motores y que, de la misma manera que para hablar se dan una serie de movimientos anatómicos, también para escribir hay que controlar el movimiento, y que basta que ahí algo no marche bien para que no pueda escribir lo que piensa. Si es que piensa. Al parecer, según los tests y las pruebas que le han hecho, no se trata de meros problemas fisiológicos. Luzia no sabe lo suficiente como para decir algo sobre eso. Además nadie le ha pedido que diga nada. Tal vez nunca les pueda decir nada. No saben mucho los lingüistas sobre esos temas. De momento ella va a Madrid porque sabe euskera, porque, según les dijo la abuela, Eva de pequeñita había hablado euskera. De paso, si saca algún provecho para el proyecto, mejor que mejor. Tiene gracia, tiene que reconocerlo, hacer un trabajo de investigación lingüística con alguien que no habla, que no habla nada (o casi nada). A Luzia le interesan los sonidos. Algo hará. La niña pronunciará algo alguna vez, algún ruido por lo menos. Le han dicho que sí, que de vez en cuando, y que quieren saber si esos sonidos pueden ser vascos. Ella va con esa esperanza, con esa justificación.

Va porque sí.

Porque, cuando una no se mueve del sitio en el que está, resulta más evidente el paso del tiempo, demasiado evidente.

### 3

Un lunes de primeros de septiembre, Luzia está en su casa, en San Sebastián, en la sala, hacia el atardecer.

Ha encendido el ordenador para pasar a limpio la primera ficha que rellenó sobre el caso de Eva. Mientras se abre en la pantalla el formulario que tiene que rellenar, le viene a la memoria aquel día, los colores de aquel día, los olores, las vivencias. Sabe que es muy importante que registre lo más posible, que lo apunte todo. Cuando vio a Eva por primera vez se asustó. Le impresionó muchísimo. Era la primera vez que estaba frente a una persona afásica. Hasta entonces sólo había leído sobre la afasia y había visto filmaciones en congresos, en cursos. Nada más. Sin embargo aquel día la paciente estaba ahí, en la misma habitación en la que estaba ella.

La niña entró lentamente, muy lentamente. No miró a nadie, dirigió la mirada hacia su asiento, que estaba vacío, y fue directamente hacia él. Se sentó. Despacio. Con pesadez. A pesar de que era corpulenta, a Luzia le pareció muy niña. No parecía para nada que hubiera cumplido ya los doce años.

Escribe en los cuadritos de la ficha el nombre de la paciente, la fecha y duración de la sesión. Enumera los participantes jerárquicamente. VB: el doctor Belaunde, "Belaúnde", como lo pone él, con acento, Dr. Víctor Belaúnde ("El doctor Belaúnde", había dicho la enfermera que los presentó). LM: Luzia Mendiluze, lingüista. Luego añade "Dra." delante de su propio nombre. El mismo problema de siempre a la hora de aceptar quién es, qué es. MD: Marta Delgado, psicóloga, la monitora de la paciente. Sigue pensando en el médico, mientras piensa en sí misma y en lo del título, a la vez recuerda también la cara de la joven psicóloga.

Luego clasifica la información siguiendo las secciones establecidas. Especifica a qué parte de qué test correspondía la actividad de aquel día.

Tras rellenar de manera mecánica esos apartados técnicos de la ficha, durante unos segundos se queda quieta, sin teclear. Antes de poner nada en la parte que se denomina "Descripción de la sesión", lee sus notas manuscritas y, despacio, empieza a escribir en el ordenador: "La paciente no ha emitido ninguna respuesta. No ha dicho nada. No ha pronunciado ningún sonido articulado o inarticulado. Tampoco ha expresado nada gestualmente. Parecía que no era consciente de la presencia de las otras personas. Tampoco he percibido contrariedad alguna. Era como si ella no estuviera allí". En el montón de artículos que tiene pendientes hay uno que ahora le gustaría leer especialmente. "Autism or aphasia." Es un trabajo de hace bastante, reeditado recientemente. Lo buscará y le echará un vistazo, a ver si le sugiere algo en relación a Eva.

Hacia el final de la ficha hay un apartado opcional: "Otros comentarios / *Bestelako iruzkinak / Further remarks*". Sigue pasando sus notas ahí, cosiéndolas con verbos y conectores, subordinando unas frases a otras: "El ver a la lingüista por primera vez ha podido motivar ese comportamiento, que no se observaba desde hacía tiempo. Según los responsables de la terapia, desde que hace un año empezó a emitir sonidos, no había estado una sesión entera en silencio. Al parecer ése era antes su comportamiento habitual. Solía permanecer en total silencio. A veces intercalaba algún sonido inarticulado. No ocurría eso en todas las sesiones. Me han dicho que hay grabaciones de aquellas sesiones. Tendrían que analizarlas para ver si desde el punto de vista fonético hay algo interesante [queda pendiente]. No hay imágenes. La abuela de la niña es su tutora y no ha dado permiso, no quiere que se graben las imágenes de la terapia de su nieta".

A pesar de decirlo así en la ficha, Luzia no sabe si realmente su presencia asustó a la paciente. Es posible. Pero lo que sabe con toda seguridad es que el médico, el neurólogo, no está contento, que no le gusta nada que ella esté ahí. Pues buenos son

los médicos. La casta de los médicos. Desprecian al resto del mundo, especialmente a los desgraciados de letras que tienen que hacer una tesis para conseguir el título de doctor. A los desgraciados y a las desgraciadas. Médico y neurólogo. Ella, lingüista y mujer. Desde que llegó el médico ha sido extremadamente atento con ella. Tanto peor. Luzia nota bajo su sonrisa el malestar que le produce. Sabe que, desde el punto de vista del médico, ella es una pérdida de tiempo, que un neurólogo no cree que una lingüista sea de ayuda en el tratamiento de la afasia. La mayoría de los neurólogos. Lástima que no piensan igual los responsables de la institución europea que sufragó el proyecto. Puede que esos responsables no piensen demasiado sobre la cuestión, pero creen que ésa es la opción correcta, posiblemente les hayan dicho eso sus asesores. El conocimiento, fruto de la cooperación de especialistas de campos diversos. Queda muy bien así dicho. Además sobra gente de letras en las universidades porque los estudiantes no se matriculan y está bien que los profesores se entretengan en otras cosas. Es irónico que Luzia cogiera este trabajo, porque ella, antes de llegar a estar de sobra, ya había dejado la universidad, había dejado de dar aquellas clases aún demasiado llenas de estudiantes. Al redactar la solicitud, el director del proyecto había escrito que la lingüística tiene mucho que ofrecer en el campo de la afasia, que puede ayudar a mejorar el tratamiento de quienes han perdido la palabra. Luzia tiene sus dudas, pero no las ha expresado ante los colaboradores del proyecto. Antes les contaba todo a los de su entorno, creía que no hay que esconder nada, que era mejor que los demás lo supieran todo. Ahora se protege más, se ha cansado de dar lo que no le dan a ella. Tiene una gran curiosidad y la afasia la atrae de un modo indescriptible. El neurólogo tendrá que soportar a Luzia en la clínica como mínimo durante un par de años a cambio de becarios y aparatos que les van a venir muy bien.

—A esta chica se le murieron los padres cuando una bomba explotó en el coche que estaba al lado del suyo —le explicó a Luzia con sequedad, dándole la espalda, mientras miraba entre las carpetas colgadas en un archivador—. Estaban parados en un semáforo. La madre debió de morir enseguida. El padre pasó unas semanas en la UCI, pero al final murió. Ella iba en el asiento trasero, tuvo heridas graves y pasó mucho tiempo ingresada, diez días en coma, pero no murió. No se pudo hacer gran cosa quirúrgicamente. Se le quitó el hematoma de una zona pero es que la contusión no está en un sitio determinado del cerebro, la tiene muy esparcida. Eso es lo que parecía verse en la resonancia magnética. Desde entonces no habla. Escribe, eso sí, a veces, muy pocas veces, y es totalmente imprevisible, no sabemos por qué lo hace. Quedó claro bastante pronto que oye. Cuando empezamos el tratamiento creíamos que no podía escribir. No parecía capaz de hacerlo y no se trataba de una afemia típica. No conseguimos resultados positivos en las primeras sesiones. Luego, sin intentarlo nosotros, empezó a escribir como por su cuenta. De vez en cuando. A veces escribe cosas largas, que no sabemos de dónde saca, cosas que no parecen tener nada que ver con lo que la rodea. Otras veces no escribe más que unas pocas letras. Copiar es lo que hace con más facilidad. Si se le da un libro o una revista, o cualquier otra cosa, un prospecto publicitario, da igual, y algo con lo que escribir, puede ocurrir que se ponga a copiarlo inmediatamente. Por eso sabemos que es capaz de leer. Además creemos que entiende lo que lee. No siempre empieza por el comienzo. Hay veces en las que solamente coge palabras sueltas o partes de una frase. Otras veces no hace nada, como si ni siquiera viera lo que se le ha puesto delante. Me temo eso, que no se da cuenta, que está en alguna otra parte. Como en la sesión de hoy.

En alguna otra parte. En algún lugar perdido, en algún lugar detenido de la memoria.

Luzia pensó que habría que investigar si Eva podía cantar, pero no se atrevió a decirlo. No encontró la ocasión, no quiso interrumpir al médico. Es aún pronto. Ella no es especialista. Acaba de llegar.

Intentó recordar las palabras exactas de un artículo que estaba leyendo. “El

procesamiento musical tiene lugar predominantemente en la corteza dorsolateral izquierda” (Luzia había leído en el historial de Eva que, a consecuencia de la explosión, había recibido un fuerte impacto en la cabeza, en el lado izquierdo, pero no se especificaba si había sido en la parte anterior o dónde); “esta misma corteza, por su parte, resulta esencial en la memorización a largo plazo”, etcétera.

El procesamiento musical, la música y la memoria a largo plazo, la memoria y la gestión del lenguaje.

Tampoco se atrevió a preguntar sobre algo que quería saber. Por qué será que el médico nunca menciona el autismo. La verdad es que lo que acaba de recoger en la ficha le hace pensar a Luzia que la paciente podría ser autista.

Dónde estará Eva.

Luzia no sabía que escribía. El informe que le había mandado el responsable del proyecto debía de ser anterior a que Eva empezara a escribir. Sí, parece que fue así. En cualquier caso era una cosa muy general. De hecho será misión de Luzia especificar lo que pueda ser de interés para la investigación. Le han dicho que no hace ni un año que escribe. Unos meses, tal vez seis. Que al principio no se podía distinguir si escribía o si dibujaba, que no se percibían claramente las letras en la especie de rayas que la niña hacía.

El médico parecía cansado. Dejó sobre la mesa la carpeta que acababa de sacar del archivador, cerrada, y se quedó mirando su superficie. Luego se giró hacia la pantalla del ordenador. Luzia no sabía qué hacer, le parecía que tendría que decir algo, que el silencio se estaba prolongando demasiado.

Por fin le preguntó al médico si habían mirado a ver si sabía escribir en el ordenador. Que no, que no se lo habían planteado todavía. De momento. No miró a Luzia al decirlo. Estaba leyendo un papel que había sacado de la carpeta. Sin cambiar en absoluto el tono, como si la pregunta de Luzia no hubiera existido, dijo:

–Siete, siete meses: hizo su primera copia escrita en febrero.

Luzia está asustada. Asustada y animada al mismo tiempo. ¿Sabe en qué se ha metido? No, no lo sabe. Por eso se ha metido. Es que lo necesitaba, necesitaba algo así. Hacer algo, algo real. Hacer algo físicamente. Al menos ir y venir. Ver. Ver mundo. El mundo del lenguaje. El mundo del lenguaje desaparecido, esa realidad. También el amor se aprecia mejor cuando desaparece y ¿no es acaso la muerte el lado complementario de la vida? La lengua que ha desaparecido. A Eva le ha desaparecido el lenguaje. Si es que le ha desaparecido del todo. ¿Únicamente la lengua o tal vez algo más? ¿Conseguirá al callar evitar el recuerdo de lo que le es insoportable o será el dolor del recuerdo lo que la ha dejado sin fuerza para nada más? Quizá la ruptura de su red de neuronas no le deja saber tan siquiera lo que quiere, no le permite recordarlo. Eva no habla. Por eso parece que no tiene lenguaje. Luzia es lingüista y debería hacer algo con eso. Quién sabe. Bueno, el caso es que tuvo la oportunidad de entrar en este proyecto y que le pareció una ocasión excelente para romper la monotonía de su vida. La acogieron bien, porque estaba dispuesta a trabajar a cambio de lo que cobraría un becario y porque sus colegas, tanto los de casa como los ingleses, pensaban que sabía lo suficiente para hacer frente a la recogida de datos. A Madrid una vez a la semana. Genial. Seguir el tratamiento de la paciente. Apuntar lo que pasa y vuelta a casa. Redactar el informe y se acabó. Que el responsable del proyecto y su equipo saquen luego las conclusiones. Así se acordó el reparto de trabajo. Bien. Muy bien. Algunos, los europeos, viven demasiado lejos para venir todas las semanas a Madrid. Los de más cerca, sus ex-colegas, prefieren no moverse. Las clases, los niños, las mujeres, los maridos. Luzia prefiere moverse. Llevaba mucho tiempo con necesidad de moverse. Recuerda cómo aquel primer día, sola en la habitación del hotel, tras la primera sesión, tras los largos trayectos de metro, tumbada en la cama después de una ducha, se puso los Nocturnos de Chopin en sus diminutos auriculares. Utiliza los Nocturnos. Si está

triste, para ponerse más triste. Si no lo está, si no está triste, para perderse en fantasías amorosas, para perderse hasta sentir dolor. Para gozar del infinito aguante ante el dolor de los amores fantásticos. También el silencio de la niña que había tenido delante aquella mañana le causaba dolor, pero dolor verdadero, un dolor que no podían suavizar los Nocturnos de Chopin.

Qué estará haciendo el médico ahora, mientras Luzia, en su casa de San Sebastián, vuelve a oír los Nocturnos de Chopin. Víctor, se llama Víctor Belaúnde.

–El doctor Víctor Belaúnde –había dicho la ayudante aquel primer día, cuando presentó a Luzia y al neurólogo.

13 de septiembre. Luzia y el médico se han sentado en una terraza a comer. Bochorno. Últimos retazos del verano en Madrid.

El verano ha sido seco y caluroso en Madrid, muy caluroso. El médico saca un segundo cigarrillo. Luzia piensa en la falta de control según le da fuego. Han pedido un par de ensaladas. La terraza es agradable. A la sombra de las acacias y no demasiado cerca del tráfico, en esa especie de isla en medio de los Recoletos. Paseo de los Padres Agustinos Recoletos es el nombre completo del paseo (Luzia se acuerda del Paseo de los Curas de San Sebastián, del castillo, del espigón del muelle). Unos cuantos habitantes privilegiados comen y beben, mientras los demás pasan deprisa por las aceras laterales. El rato de comer. Les han traído las cervezas. El médico sigue fumando. Evolucionamos muy poco por dentro, piensa Luzia. Y también que no nos hacemos personas más completas, más armoniosas, a lo largo de nuestra vida. Por ejemplo, ese hombre que tiene delante. Sesenta años ya, probablemente, o más, un médico de cierta fama en su campo. Sin poder dejar de fumar. Sin poder dejar de hablar ante ella, ante Luzia. Ese movimiento raro de las manos. Debe de cobijar su intimidad trabajando, en la soledad del trabajo. Al menos eso es lo que hace Luzia. Sí, reconoce ante sí misma que es así, que se protege trabajando, que el trabajo la protege de los demás, del aburrimiento, del miedo a envejecer, que además el trabajo muchas veces le da placer. Bien, se siente muy bien en ese aire cálido, al tomar el primer trago de cerveza, a la espera de una ensalada bajo las acacias con el que va a ser su jefe durante un par de años. Pero no se atreve a decir nada. Aún no. Tal vez tampoco se ha contado todo exactamente así a sí misma.

Ya lleva tres semanas trabajando en el proyecto y la perspectiva de pasar uno o dos días a la semana en Madrid le gusta. Andar de un lado para otro. Tener dos lugares. En el hotel le han prometido que, siempre que puedan, le darán la misma habitación. No cree que merezca la pena alquilar algo. O sí. Una cocina donde poder prepararse la cena, para poder cenar algo ligero, cosas fáciles. No es agradable cenar siempre fuera, en restaurantes, en el comedor del hotel. De momento no quiere ni pensar en eso. Pereza total. Irá y vendrá según las sesiones de trabajo, según las reuniones de antes y después de cada sesión, según sea necesario, según le indiquen. Ella se moverá. O permanecerá quieta. Hace mucho que no lo hace. Hay muchos que no lo pueden hacer. Luzia puede. Tiene tiempo. Tiene recursos y, ahora, tiene objetivos.

El médico está diciendo que cuánto mejor estaría ahora Luzia en San Sebastián, en la playa, que ha tenido suerte de que el proyecto no haya empezado antes. La voz del médico no es la que le ha oído antes en la clínica delante de las enfermeras. Es más suave, más tranquila. Luzia, en su recién estrenada satisfacción, quiere interpretar como cercanía ese cambio de voz, o que ya no están en ambiente laboral y que, fuera de la clínica, el sol y las acacias afectan incluso a ese hombre serio. En última instancia, piensa, todos cambiamos de un ambiente a otro, a todos nos importa la imagen que los demás se hacen de nosotros. También el médico parece ser así. ¿Qué protegeremos tras esa imagen? Nos da muchísimo miedo el juicio de los demás y cada uno gestiona ese miedo a su manera, cada uno se las arregla como puede con ese miedo. Luzia no está segura de cómo se las arregla ella, intentando resultar simpática seguramente, demasiado, demasiado simpática e intentándolo demasiado. Sí, probablemente ésa es su manera. Hay quien se escuda en la seriedad, la frialdad. El médico parece ser así. Pero no quiere empezar a sacar conclusiones apresuradas.

Y sin embargo ha empezado.

Casi ha terminado ya.

Le tiene que contar al médico lo que sabe sobre la afasia (que no es mucho) y trata de concentrarse en eso, decidiendo por dónde va a empezar. Para eso han venido a

comer. Dice el médico que, si no, no van a tener tiempo de hablar, que le agradecería que le contara algo en plan informal, que ha leído algo pero que no entiende bien cuál es exactamente el interés de la lingüística por la afasia, o si hay más de un tipo de interés, y entre ellos cuál sería el del coordinador del proyecto, y el de la propia Luzia. Al decirle eso el médico a Luzia, la enfermera ha hecho un gesto raro.

El de la propia Luzia.

Todos necesitamos al menos un suceso especial en la vida, encontrarnos con alguien, que ese alguien nos preste atención, su interés, y que nos distinga así del resto de las personas: sentir el eco de nuestra existencia en alguien, saber que nos ve.

Hace mucho que Víctor no se esfuerza por entender el trabajo de nadie. Tal vez haya pensado eso la enfermera. Probablemente. Y que Luzia es una mujer atractiva, más atractiva que ella. Que el médico, el doctor Belaúnde, no ha mirado así a nadie desde hace mucho tiempo, o sea, que a Luzia la mira, que la mira como un hombre mira a una mujer. Cuando, tras despedir a Luzia y Víctor, ha introducido la agenda en el cajón, ha debido de pensar eso la enfermera. Desde luego, lo ha podido pensar.

## 5

5 de octubre, viernes, al mediodía. Luzia y Víctor han quedado a tomar algo en el bar de al lado de la clínica.

Luzia abre su enorme bolso. Para poder encontrar la cartera, ha tenido que sacar un montón de cosas. El médico ve que lleva una novela titulada *du bist sex*, así, todo en minúscula, *du bist sex*, eres sexo. ¿Lo habrá hecho adrede? La saca. La pone encima del mostrador. Luego una agenda encima del libro, y las llaves encima de la agenda. El libro le ha parecido muy gordo a Víctor. Piensa: “vais demasiado cargadas las mujeres”. Luzia dice que de vez en cuando lee cosas en alemán para no olvidarlo. Eso, cuando lee. En el tren, por ejemplo. Por lo demás, lee poco, muy poco, aparte de cosas de trabajo y el periódico. Demasiado poco y muy de vez en cuando. Muchas veces le ocurre que pierde el hilo de la historia y tiene que volver atrás.

A Víctor le viene a la cabeza la pregunta de si también lee al acostarse. Quiere saber qué hace Luzia al acostarse. Formula la pregunta entera en su mente. Es fácil preguntar eso. “¿Sueles leer cuando te acuestas?” O: “Y ¿no lees en la cama?”. Pero no se lo pregunta. Tal vez porque no quiere saber eso, no quiere saber si lee o no lee. Le interesa qué hace, cómo se acuesta. Más que saberlo, quisiera verlo, tener las imágenes. Pero eso es más difícil. Sobre todo, es difícil elegir la frase para decirlo. Y ya es demasiado tarde.

Luzia ha encontrado la cartera y habla con el camarero.

Siempre, desde el principio, le ha resultado interesante esta mujer a Víctor. Así la ve ahora. Interesante, excitante, le provoca curiosidad, una curiosidad difícil de definir. Si es que eso que le provoca es curiosidad.

Tal vez se lo tendría que contar a alguien. Pero a quién. Contárselo y, al contarlo, poner nombre a lo que le pasa, encontrar ese nombre con los amigos, para, así, nombrado, convertido en palabra, poder evitar el peligro. O dominarlo. Y aceptarlo. Pero con quién podría hablar. A quién tiene Víctor para poder hablar de estas cosas. A quién tiene para poder hablar de Luzia.

Hoy le toca a ella pagar. Hicieron ese pacto la primera vez que comieron juntos: que cuando Luzia cobrara el primer pago de lo que le correspondía como miembro del proyecto, pagaría ella. Hasta ahora, siempre que han tomado algo juntos ha pagado Víctor, porque es médico y porque es hombre y porque están en Madrid y porque es él el que vive allí y porque a Luzia el Ministerio no le había ingresado el dinero. No han comido juntos todas las semanas. Sólo cuando la reunión o la sesión ha terminado cerca de la hora de comer (un par de veces terminaron demasiado pronto) y Víctor no tenía una operación o algún otro asunto urgente por la tarde (eso ha ocurrido una vez desde que está Luzia). Mientras comen suelen comentar lo que ha ocurrido en la sesión o en la reunión. Las dificultades clínicas relacionadas con los distintos tipos de sonidos, o los últimos descubrimientos e hipótesis de la neurología. Qué pintan los lingüistas en todo eso, los procedimientos de MRI utilizados en medicina y también en fonética en las universidades ricas. Técnicas que permiten ver en imágenes lo que ocurre dentro de la cabeza. Ver también el origen de la voz, en la garganta, en la boca.

Las historias de Luzia.

Las historias de Víctor.

Las historias de Eva.

Luzia ha venido semana tras semana a las sesiones de test de la terapia de Eva, normalmente hacia el final de la semana. Y, semana tras semana, se ha marchado, de vuelta a casa, a San Sebastián, en el tren de la tarde de los viernes o el sábado por la mañana. A veces en coche, un par de veces o algo así. Tal vez algún fin de semana se habrá quedado. Víctor no lo sabe. Hoy también se va, tienen que comer rápido, que Luzia no quiere que se le haga tarde. Es viernes y se va.

Julia pedía vino blanco casi siempre. Un día, no. Le dijo a Víctor sonriendo que no quería pedir vino blanco porque llevaba un vestido blanco. Sabe que se lo dijo sonriendo, pero no ve la sonrisa. No se le ha apagado todavía la voz de Julia. No se le ha apagado la voz. La imagen sólo la puede recordar a veces, casi siempre sin querer. La sonrisa traviesa del día del vestido blanco, aquella sonrisa de niña trasto, se le ha ido, se le ha perdido en algún rincón oscuro de la memoria. La tiene ahí, sabe que sonrió y sabe cómo era la sonrisa, pero no la puede ver. No la puede hacer aparecer voluntariamente, como si la imagen de Julia se hubiera desvanecido en su memoria. Únicamente le vienen retazos: la piel de sus manos, unos lunares suaves, sus largas cejas oscuras. Pero son casi recuerdos de recuerdos, quizá porque son palabras que ha repetido demasiado en sus monólogos silenciosos o en ese diario que escribe como terapia para aplacar el dolor del vacío dejado por su mujer. Las largas cejas de Julia, negras, compactas. No puede recordar su sonrisa. A veces, sin querer, si una música lo coge de improviso, o si se le ocurre algún comentario irónico, algo que hubiera podido decir Julia. Entonces ve como entre nieblas una rápida imagen de la sonrisa de Julia, que se le escapa antes de llegar a completarse. Algo que hubiera podido decir Julia, pero que ya no puede decir, porque Julia ya no puede decir nada, ni tan siquiera aquella broma lerda del vino blanco y el vestido, porque Julia se ha ido, porque Julia no está, porque ya nunca más estará. Es la voz, la voz, lo que más le viene, la voz de Julia. A veces sin palabras, un sonido de voz que no dice nada. La voz de Julia.

No sabría decir cómo era la voz de Julia. No tiene palabras. Ha agotado las palabras queriendo recordar o no encuentra la que necesita. Y se le han gastado las ganas de buscar más. No es fácil expresar con palabras cómo es una voz.

La voz de Luzia es particular. Especial. La voz de Eva, no, no existe. *Finito*. No sabe decir cómo era la voz de Julia. No sabe expresar cómo era aquella voz de Julia que aún oye en su interior. Sabe cómo se sentía él, cuando Julia le preguntaba qué le parecía que se pusiera para la cena las sandalias rojas que se había comprado en Biarritz. *Love was such an easy game to play*. Le parece ridículo recordar esas palabras de la canción. A Julia le haría reír. Lo de la canción y que se sintiera ridículo. Quizá. Seguramente. Ahora está así, sin adjetivos, sin palabras, sin palabras para decir cómo fue aquello. Sin poder decirlo. Sin ganas de decir cómo es esto de ahora. Sin poder decirlo. Que era su mujer, sin más. Que Julia era su mujer, que lo fue.

Luzia no sabe que Víctor está pensando en Julia. Que se ha ido lejos, eso sí, que está en otra parte, en algún lugar lejano, tal vez triste. Difícil saberlo. No suele hablar con Luzia más que de cuestiones profesionales, culturales o políticas. No cree que ahora esté pensando en cosas de trabajo.

Además Luzia está avergonzada por algo que ha dicho hace un par de minutos, por la cara que le ha puesto Víctor. Sin pensarlo mucho, ha dicho que tiene un trabajo bonito, buscar autores y leerlos para reflexionar sobre lo que uno u otro han escrito sobre esto y aquello. Y pensar y aprender y que eso sea su quehacer, esforzarse en eso. Luzia se ha atrevido a hablar así, pero se ha arrepentido enseguida. No parece que Víctor se lo haya tomado muy en serio. Luzia se ha avergonzado, no por lo que ha dicho, sino porque lo ha dicho.

Pero Víctor estaba gozando de la voz grave que le ha salido a Luzia al decir lo de los autores. Le ha resultado agradable. No ha hecho demasiado caso a lo que estaba diciendo.

Julia, la esposa muerta de Víctor, fue muy bella. Morena, esa cara bonita de algunas mujeres españolas, de rasgos pequeños, bien dibujada. Se pintaba bien. Pestañas pobladas, pobladas y oscuras, negras, como los ojos. Pelo negro, normalmente recogido. Era profesora, profesora de literatura. También Julia hablaba mucho de autores, de autores y textos. Hablaba.

Todas las historias que leemos, todas las que nos cuentan, se salvan precisamente por

eso: porque alguien las ha contado, porque alguien ha superado lo contado, porque alguien ha durado más que lo narrado.

Víctor ha durado.

Eva también.

En la historia de Eva, ella es la única que podría contarla, la que ha durado, sólo queda ella. Pero Eva no cuenta nada. Eva, desde que ocurrió la explosión de la bomba, apenas ha pronunciado palabras. En su ficha pone "Afasia. Probable afasia". Eva no dice nada.

Víctor, cuando se acuerda de la muerte de Julia, no puede respirar. Durante unos pocos segundos. Luego sigue respirando. Tiene que seguir viviendo, tragándose el dolor, olvidando esa impotencia de unos pocos segundos. Sólo recuerda que se le ha parado la respiración. No podría contar nada más. Solamente que, como si glotis abajo todo se le hubiera hecho de piedra, el aire no le podía entrar ni salir.

"Ya no quedará nadie para contar cómo has sido." A Víctor le ha venido a la cabeza esa frase al acordarse de su mujer, porque algún día tampoco él estará, porque también él morirá. O por lo que sea. Entonces se ha acordado de su hija, de la hija que hace tanto tiempo vive lejos, de la hija que conoce poco, de la hija que lo conoce poco. No, su hija no contaría cómo es él, a pesar de que podría pensar, llegado el caso, que sí, que había conocido al hombre. Pero no, conoció al padre, un padre que trabajaba mucho y que, sobre todo, era el marido de su madre. Su hija no sabe cómo es el hombre, cómo quiso a Julia y cómo se le suavizó el ardor de los primeros años, cómo se le había convertido en otra cosa, cómo la necesitaba a su lado y cómo se asfixiaba a veces y cómo deseaba a otras mujeres sin confesárselo ni a sí mismo, cómo sentía miedo ante las operaciones y qué poco entendía a algunos de sus colegas, qué envidia le daban quienes nunca parecían dudar y qué pocos amigos tenía. Eso era lo que habría que contar, lo que merecía la pena, pero su hija no contaría eso, aunque viviera más que él.

## 6

Hacia mediados de octubre, el médico, la psicóloga y la lingüista están con la paciente en la pequeña sala que utilizan para hacer los tests.

Séptima sesión de Luzia: Eva no ha pronunciado nada hasta ahora, ni un solo sonido. Es hora de terminar. El médico ha mirado a Luzia. En ese mismo instante hay una sacudida en la memoria de Eva. Un relámpago en los circuitos neuronales. En ese mismo momento, ni antes ni después, le ha vuelto a aparecer algo que sentía en casa, con sus padres, cuando su madre decía a su padre que Eva, su hija, necesitaba algo. Que necesitaba algo que su padre podía darle. Su padre. Eva lo recuerda totalmente, lo siente, lo ve como si le estuviera pasando en ese mismo instante, cómo ella solía saber, antes de que ocurriera, cómo sería la mirada de su padre al acercarse a ella sin sonreír pero feliz, sintiéndose importante, sabedor de que podía hacer algo por su hija. Contento y orgulloso. Eva no tenía ninguna duda de que su padre estaba contento, ninguna duda, porque no lo sabía en su cabeza, sino en algún otro sitio.

Todo estaba bien entonces, todo estaba en paz, estaban bien juntos. Aquella mirada de su padre, que su madre y ella sabían de antemano cómo sería cuando Eva pedía ayuda con los deberes, o que la llevaran al ensayo de la obra de fin de curso, o cualquier otra cosa que su madre le había hecho saber a su padre y él podía satisfacer. Aquella mirada de su padre. La mirada del médico, cuando ha mirado a Luzia.

–¡Airá! –ha dicho Eva fuerte y rápido, muy fuerte, muy rápido.

Ha dicho eso. Le han oído eso. Lo ha dicho muy fuerte, pero muy rápido, con una entonación rara y como en un solo golpe.

El médico ha mirado primero a la psicóloga y después, inmediatamente a Luzia, pero Luzia está escribiendo. Cree que nadie le hace caso a ella. Sin embargo, tras unos segundos, Eva la ha mirado y Luzia se ha dado cuenta. La ha mirado pidiendo ayuda. Luzia no ha sabido qué hacer, no ha sabido qué decir. Durante un instante se ha convertido en Eva. No ha tenido palabras. Ha escrito también eso en el cuaderno que tiene en el regazo, pero no lo recogerá en la ficha. La voz de Eva la ha impresionado, casi la ha asustado. No parecía suya, no parecía la de una niña, la verdad es que no parecía la voz de nadie. Era una voz rara, la voz de un cachorro grande, la de una cría perdida que tuviera mucha fuerza.

Niñez rota, la de Eva. Interrumpida. Luzia siente una pena terrible. A Luzia le gustaría poder dar a Eva el dolor que ella siente por su propia infancia. Porque Eva quizá no pueda sentir ni tan siquiera dolor, el dolor de lo que se ha ido para siempre. Eva está sobrepasada por el dolor, sumergida en el dolor, Eva es dolor, el dolor mismo. Luzia quisiera darle su dolor, ese dolor más llevadero, el dolor por la infancia pasada, ese dolor más pequeño de la infancia terminada. Al fin y al cabo, todas las infancias dejan dolor. Incluso esas infancias como la de Luzia, las felices, esas que se llaman infancias felices, esas infancias que transcurren en el dulce pequeño mundo que los padres construyen dentro de este mundo salvaje y cruel. Tal vez los padres no deberían hacer eso, hacerlo tan bien como lo hicieron los padres de Luzia. Ahora a Luzia no se le pondría el corazón tan pesado al ver niños felices corriendo por el prado en una película sobre un pueblo pobre. O sí. También Luzia habría hecho lo mismo si hubiera tenido hijos, protegerlos. Tal vez. Al menos mientras sean niños, mejor que no sepan, que no tengan noticia del lado oscuro. A Eva le llegó demasiado temprano, cuando aún no era capaz de aprender.

Al salir de la sala Eva ha vuelto a mirar a Luzia desde la puerta, pero esta vez no la ha pillado de improviso, porque ella también la estaba mirando. La mirada de Eva ha sido rápida. Enseguida ha salido al pasillo junto a la enfermera que ha venido a buscarla. A Luzia le da mucha pena la imagen de la niña, un vestido rosa alejándose muy despacio por un pasillo blanco.

Muchas veces, cuando Eva cierra los ojos y se duerme, se le aparecen imágenes horribles de un hospital desconocido. El cuerpo inmóvil de una mujer tumbada en el suelo. Eva sabe que la mujer está viva. Cierra los ojos para dejar de ver a la mujer. A veces incluso logra despertarse, pero el terror no se le va, el terror se queda con ella. Puede que para todo el día. Eva sabe que ella no puede hacer nada, aunque la mujer necesita ayuda. Alguien tendría que darse cuenta de que está viva. Ella no puede hacer nada. Ella no está allí, en ese hospital, en el lugar donde está tumbada la mujer. "Tal vez no importa", dice alguien, la voz de alguien, la voz de alguien que Eva no sabe quién es.

*tal vez no importa, dijo, y se me acercó. alguien, no sé quién, le oí decir eso a alguien que se me acercaba. ¿me lo diría a mí? ¿era la voz de mi padre? tal vez no importa, importa, imporrrrrrta, no importa, no hay que pensarlo más. caía sangre del borde de la puerta del coche. cerré los ojos. también él, el que tenía una voz parecida a la de mi padre, también él cerró los ojos. es tan fuerte el dolor. el dolor. mi dolor. el ddddolor, olor, de sangre, olor de sangre. dolor. qué blancas son las almendras por dentro. qué blancas. el blanco de la nieve intacta. la nieve es blanca y fría, pero yo no puedo decir el nombre del color. diría frío, al imaginar blanco. del blanco de la nieve al rojo de las gotas de sangre, al sueño del hospital. el cuerpo de una mujer, tumbada. y no puedo decir blanco. blanco, zuri, txuri. nadie me ha preguntado por el nombre de mi perro. lo solíamos llevar al campo. mi padre cantaba en los viajes y en el cuarto de baño. en la portada de un disco ponía: et exspecto resurrectionem mortuorum. no me aburre estar aquí. ya no me puedo aburrir más. no me puedo cansar más. me cansó del todo la salpicadura de la sangre, me cansó para siempre, me callé para siempre. y vivo esperando aquella resurrección de los muertos de la que me hablaron antes de mi primera comunión. exclusivamente. no quiero nada más. nada más importa. quiero que así sea, así lo espero, así lo he decidido.*

Según guarda la ficha y cierra el ordenador a Luzia le vienen a la memoria fracciones de la sesión de hoy. No se esfuerza por ordenar sus recuerdos, ni por elegir los momentos más significativos. Sabe que tendrá que redactar un informe para finales de año, pero aún queda tiempo para eso. Tampoco tanto. Todavía no ha oído las primeras grabaciones de Eva. Sabe, de todas maneras, que la sesión de hoy ha sido importante, aunque probablemente no tendrá continuidad. Quizá. Ha sido importante porque Eva ha dicho algo, porque ha dicho una palabra comprensible y porque ha integrado a Luzia en el grupo, porque después de pronunciar la palabra ha mirado a Luzia.

Luzia tiene el presentimiento (¿dónde?) de que Eva piensa de manera continua y ordenada. Diría que lo sabe, pero no puede argumentarlo, ella es la primera que no lo aceptaría si alguien le dijera algo así como que se lo nota en la mirada. No es muy científico. No, no lo es.

Hoy ha dicho "¡Aita!". Con lo cual parece que controla las cuerdas vocales. Y la boca, la lengua. Es verdad que no lo ha dicho muy claramente. Al menos, no lo han entendido bien. Es que les ha dado un susto. No lo tiene grabado porque los ha cogido de improviso, cuando ya habían dado la sesión por terminada. Luzia es la que más convencida está de la interpretación "aita", aunque para sus explicaciones le convendría que hubiera acentuado la palabra de otra manera, que hubiera dicho "áita", como los bilbaínos.

Si ha estado tanto tiempo sin decir palabra, es normal que tampoco pronuncie con mucha claridad.

Lo ha dicho fuerte, eso sí, con mucha fuerza, con muchas ganas. O no, tal vez no. Tal vez no controla el volumen, puede que no sepa medir la intensidad de la voz. Cuando Luzia ha explicado esta hipótesis, la psicóloga ha puesto cara de no creérselo. Luzia sospecha que no está contenta de que ella esté ahí. Le parece que la psicóloga es de esas mujeres a quienes no les gusta trabajar con otras mujeres. Seguro que estaba más a gusto hasta ahora, cuando ella era la única mujer, la única mujer que trabajaba con el doctor Belaúnde, además de ayudantes y administrativas. La única colega del doctor. Mejor si Luzia hubiera sido hombre.

Luzia se teme que van contra ella las palabras que la psicóloga dirige al médico:

–La muerte de personas muy cercanas puede machacar totalmente el interior de una persona, más aún si la muerte ha sido repentina y violenta. Este caso es de los más graves. La bomba. Los padres. Que ella estuviera presente.

Lo ha dicho en un tono muy neutro, ha hablado con mucha rapidez. No mira a Luzia en absoluto. Tiene el cuerpo ligeramente girado hacia el médico.

–No sabemos qué significa morir, la muerte. Nos supera totalmente –responde él desde detrás de su escritorio, mirando hacia la ventana–. Yo no puedo ahora hacer nada con eso. Me conformaría con saber cuántas neuronas ha ahogado el coágulo que Eva tiene en el cerebro, cuántas conexiones, cuáles ha dañado y lo que eso significa, las consecuencias exactas.

Luzia intuye la sombra de su mujer en el médico, el frío de su ausencia, la de la esposa nunca mencionada, la que se le murió. Que de ahí le surge el tipo de conciencia que le ha hecho decir lo que acaba de decir. Luzia, como si el deseo de llevar la contraria la superara, y movida también por cierta necesidad de no abandonar el tema, habla nada más callar el médico.

–Cuando se nos muere alguien, vemos que ya no está, eso es lo que sabemos, lo que alcanza nuestra percepción, hasta ahí llegamos, pero no lo dominamos, no lo asimilamos, no lo interiorizamos. No podemos encontrar tan siquiera palabras para expresar lo que nos pasa. Repetimos las que han inventado otros, las que han utilizado otros. Es la única manera de respirar, de seguir adelante.

De pronto se da cuenta de que el médico la está observando. Víctor.

Las muertes más cercanas de Luzia han sido de otros más que suyas. Padres de amigos, familiares, abuelos. Todos se fueron porque alguna vez hay que irse. Porque vivimos para morir. No hubo corte violento. Cuando su padre murió ella era pequeña. Lo de respirar y seguir adelante lo ha dicho seguramente porque la despertaban los lloros de su madre. En cualquier caso, los funerales son siempre horribles, pero siempre que podemos ignoramos el miedo, evitamos el terror. Después del funeral saludamos a amigos y conocidos. Vamos a tomar algo.

No sabe cómo interpretar la mirada de Víctor. Es posible que Luzia no tenga derecho a hablar como ha hablado. Pero, entonces, ¿quién va a decir esas cosas?

En otra sala de la clínica, Eva, esperando a que su cuidadora la venga a buscar, mueve sobre la mesa una foto que le han puesto delante. De un lado al otro. Una y otra vez.

“Estoy en la edad en la que los dolores se intensifican”, había traído escrito un día de éstos en el cuaderno que utiliza para las copias. La mayor parte de las letras estaba bien escrita. Cuando le preguntaron de dónde lo había sacado, no dijo nada.

Tenía el mismo aspecto que aquella vez en la que en el juego de los colores había puesto la mano sobre el rojo. También entonces se había quedado durante mucho tiempo con la mano fija sobre el rojo y la mirada perdida.

*un coche explotó. lo digo así. explotó. bueno, lo pienso así, porque, decir, no digo nada. desde que ocurrió eso, desde que el coche explotó, no he pronunciado palabra. al lado del otro coche, en un semáforo en rojo. el coche explotó. mi madre se rompió. no tengo palabras desde entonces, no tengo madre. yo no inventé el guión.*

Aún es octubre. Luzia está entrando en casa. Ha dejado una maleta pequeña con ruedas al lado de la puerta y ha empezado a buscar las llaves en el bolso grande que traía colgado del hombro. Se oyen ladridos al otro lado de la puerta.

Está agotada. Menos mal que no vendió el garaje. Si no, todavía estaría buscando aparcamiento, como si lo de la carretera no hubiera sido bastante. Cuánto coche. Qué mal tiempo. Dejó la lavadora puesta cuando se marchó. Si, por algo, Rosario no ha pasado esta semana, estará la ropa arrugadísima. Fuera los zapatos. Placer. Sus pequeños placeres de ahora. No, pequeños no. Quitarse los zapatos es un placer enorme. Ahora. Antes tenía otros. Los de ahora son más saludables. Qué remedio.

Casi tropieza con *Taka* en el pasillo. La perra está encantada. Quiere jugar y se le mete entre las piernas nerviosa, intenta ponerle el hocico en los pies, luego las patas en las rodillas. No puede estarse quieta. Tiene demasiada fuerza, es demasiado joven. A Luzia le da alegría, calidez. La tendrá que sacar después, aunque no le apetece mucho. Pero bueno. Le vendrá bien el aire del mar antes de acostarse.

Rosario ha estado. La ropa está tendida. Estará para ahora más seca que el bacalao. Recogerla, sacudirla, doblarla. Sus manos. Las de su madre. Son como las de su madre. Hace mucho que no ha llamado a su madre. Tendría que llamarla. Estará enfadada, dolida, porque no la llama. Eso le quita las ganas de llamarla. Pronto será el día de Todos los Santos. Tendrá que darse una vueltita a ver cómo están las plantas de su padre, las plantas de la tumba de su padre. De la tumba de su padre y de sus abuelos, y de varios parientes de la abuela. Pero Luzia pone las flores a su padre. A la memoria de su padre. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Es curioso cómo esas secuencias de palabras de las oraciones no se olvidan.

Eva no puede llamar a su madre. No tiene madre. Se le ha muerto. Se la han matado. Una cruel bomba destinada a otro. No tiene madre, pero tiene su vacío. Eso le quita las ganas de hablar, la imagen de la madre que a Luzia le quita las ganas de llamarla, el recuerdo de la madre, su sombra, su poder, la fuerza de la maternidad. La presencia o la ausencia son formas de esa fuerza.

La forma de la madre de Luzia es el ruego, esa presión indirecta, recordándole lo que tiene que hacer, lo que debería hacer, lo que más le valdría, sugiriéndole lo que más le valdría a Luzia. Siempre. De una manera u otra, pero siempre. Rogando. Su madre no realizó sus ilusiones. No. Luzia lo entiende, pero no le basta entenderlo, entenderlo no le aligera el peso. Tampoco Luzia cumplirá sus sueños, tampoco a ella se le han hecho reales aquellas ilusiones de entonces (¿de cuándo?). Y el ruego continuo de su madre la ahoga.

Al mirarse las manos piensa que ve las de su madre. Que no vale para nada el paso de toda una vida. Que haga lo que haga, sus manos serán las de su madre, cada vez más como las de su madre. Como si según transcurre la vida fuera cada vez menor el espacio propio, más inútil cada esfuerzo.

Puede que esté exagerando.

Es verdad que la realidad de las cosas depende de la propia percepción, sí, pero sólo hasta cierto punto. No tener qué comer, por ejemplo, no deja lugar al relativismo de la subjetividad. Si no se come, se tiene hambre. Y, si esa situación dura mucho tiempo, se muere una.

Muchos niños mueren de hambre en el mundo. Cada día. Cada minuto.

Su madre cree que Luzia y Martin se separaron porque no tuvieron niños. Se lo dijo una vez a su hermana, a esa hermana que ha tenido niños y no se ha separado. Luzia no lo negó. Tampoco lo afirmó. A su madre se le murió el marido hace mucho, hace lo suficientemente mucho. Ahora tiene buenos recuerdos, sólo buenos recuerdos tal vez.

Al menos no cuenta más que éstos. Quizá no haya otros, es posible que la relación entre sus padres no hubiera llegado a oxidarse. No hubo tiempo para ello.

Se alegra de que haya ropa suficiente para poner otra lavadora. Le gusta poner lavadoras y, cuando hace buen tiempo, colgar la ropa mojada para que se seque en el balcón de la cocina. Pero hoy no hace buen tiempo.

No hay amor como el de los padres. No hay atadura, no hay cadena como la de los padres. Será por eso por lo que su hermano vive tan lejos. Tal vez por eso no ha tenido hijos Luzia y sus hermanas casi no se hablan.

Tal vez.

¿Y si su familia es así de extraña por su culpa? No es un pensamiento muy racional, no tiene mucho sentido. Lo sabe. Eso de la culpa. No puede una tener toda la responsabilidad, no se puede apropiarse de esa responsabilidad. Por otra parte todas las familias son raras. Las peores son las que tienen pinta de normales. Ésas llevan el mal escondido.

Todas las familias son raras.

Ha decidido que irá a ver a Eva más a menudo. Además de la sesión semanal, irá por su cuenta a estar con ella una o dos veces más. Hacer algo que sirva a alguien antes de que la vida se gaste inútilmente. Al neurólogo no le ha parecido mal. A Víctor. Que así en las sesiones semanales de control Luzia no será una visitante externa. Que hable con la psicóloga (con Marta) sobre la posibilidad de ver a Eva en su casa, para que no surjan interferencias que queden fuera de control en la terapia. Bueno. No le gusta demasiado esa mujer. Tampoco Luzia a ella.

Últimamente parece que Eva se alegra cuando ve a Luzia. A Luzia le parece que Eva no le va a servir de mucho, que, desde que sospecha que puede hablar pero no quiere, no tiene ya interés lingüístico, como diría el coordinador del proyecto. Psicológico sí, pero Luzia está en un grupo de investigación lingüística, no en uno de psicología. De todas maneras, como recientemente algunos lingüistas han empezado a trabajar sobre los aspectos neurológicos de la lengua y dado que la terapia de la afasia es interdisciplinar...

Ha clasificado los sonidos que ha emitido hasta ahora. Por una parte, los que han ocurrido formando lo que se podrían considerar palabras. Por otra, los que ha pronunciado aislados o en palabras que no han entendido. Ha dicho pocas, muy pocas palabras. "Aita." O algo parecido. También otra, que podía ser "sangre", pero no lo saben seguro. Luzia hizo algunos espectrogramas. Cuando Eva dijo "aita" no estaban grabando. En el espectrograma de la otra palabra el grupo de consonantes no aparecía con nitidez. Se confundían unas con otras. Como si el deseo de decir le hubiera hecho atropellarse. Luzia está pensando tonterías. Lo sabe, pero no quiere dejar de perderse por dentro en ese tipo de pensamientos. Hay algo que la atrae. Dijo "aita", no "papá". Cómo llamaría Eva a sus padres. Su madre era bilbaína, pero eso... Hay familias bilbaínas en la que se dice "papá" y "mamá". También familias que no hablan euskera, pero dicen "aita" y "ama". Al parecer sabía euskera, lo entendía. Es lo que les había dicho la abuela, la abuela de Madrid. Si su otra abuela, la madre de su madre, hablaba euskera, tal vez le había oído a ella decir "aita". De pequeña se guardan en la memoria las palabras, las lenguas. Cosas curiosas, desconocidas. Bilingüismo latente, bilingüismo escondido. Tendría tarea por ahí, aunque de momento no hay datos suficientes para hacer algo sistemático. Además el proyecto tiene que seguir. No conviene que ninguna sección se estanque. A ver si otros del grupo encuentran datos más aprovechables que los suyos. Luzia no quisiera estar en la piel del que va a tener que hacer el informe general. Roger, su viejo amigo Roger.

No quisiera estar en la piel de nadie, en la de otra persona, tampoco en la suya. Por eso está siempre yendo de un lado para otro. Puede que sea por eso.

Ha aceptado este trabajo porque le gusta viajar, porque le encanta. Lo hizo para volver

a trabajar sin tener que dejar de viajar. Viajar, moverte sin que nadie te conozca, estar en sitios donde no perteneces a nadie, en tiempo sin espacio, donde sólo importa la hora de salida del tren, entre desconocidos, entre desconocidos que te resultan ya tan conocidos... esas mujeres que llevan bolsas demasiado grandes en las estaciones, esas chicas que se maquillan demasiado, esos hombres que aman demasiado poco.

Lo de Eva no le vale para trabajar. No, para trabajar no. Pero no es el trabajo, este trabajo, lo que más le importa ahora. No sabe con certeza por qué lo aceptó, por qué se metió en este proyecto. En cualquier caso, de la misma manera que todas las familias son raras, la vida es mayormente inexplicable, y la lingüística, muy limitada.

Tan limitada como la normalidad de las familias.

De pronto, le parece una burrada haber dicho que no hablar carece de interés lingüístico. Como lo de pensar que hay familias normales. La osadía de la ignorancia o el peligro de saber sólo un poco, ese peligro enorme. Por qué habrá gente que hace como que tiene todo bajo control, tanta gente. Según pulsa el botón *on* de la lavadora, intenta pensar en otra cosa.

No se acuerda de cómo hablaba con su marido. Recuerda que hablaban, también de que con frecuencia solían ir al cine los viernes. Pero no recuerda las palabras, no sabe ahora qué le decía entonces, cuando vivían juntos, qué le decía a su marido. Tampoco qué le respondía él. Hay cosas que ha contado tantas veces (cómo se conocieron, por qué se separaron), que ahora no sabe si lo que guarda en la memoria es la cosa en sí o la narración de la cosa. Lo ha contado tantas veces.

Tampoco demasiadas veces: a un par de amigas, a su hermana. Jamás a un hombre. Ante una potencial relación sexual, porque no hay que hablarle a un amante de otro, y, en las relaciones sin sexo, porque es difícil que con los hombres surjan conversaciones íntimas, porque es difícil con ellos tocar temas del alma. Y, además, porque no conviene provocar falsas esperanzas ni miedos infundados. Realmente, los hombres, los hombres y las mujeres, la gente, siempre está dispuesta a liar las cosas, a utilizar cualquier recurso para aproximarse al otro, cuando es eso lo que se quiere. Tal vez es la única vía que conocemos. Cuando el otro nos confiesa alguna debilidad, concluimos con demasiada facilidad que nos necesita. Y puede que sea cierto, puede que sea cierto en el momento de la narración.

Luzia intenta discernir y expresar las cosas con claridad. No es fácil. Por ello, cada vez habla menos. Puede parecer fría. La asusta el fantasma de la soledad, pero no quiere perder el espacio con el que se está haciendo poco a poco. Le vale para respirar y lo alimenta con el tiempo que pasa consigo misma.

A las mujeres les enferman los hombres. Y tal vez, a los hombres, las mujeres. Es un asunto difícil. La cuestión es que no podemos vivir sin los hombres. Tampoco se puede vivir sin bacterias. La llamada de ayer de Víctor la ha dejado preocupada. No ha dormido bien y sabe que ha sido por la llamada. A ver qué tal, a ver cómo se las había arreglado con la ficha, a ver si lo había dejado para hoy.

Antes nunca la había llamado para preguntarle por la ficha, ni tampoco para saber cuándo tenía intención de volver. La verdad es que no la había llamado para nada.

Y Luzia le contó todo con pelos y señales, alargando la conversación, demasiado, hasta que se dio cuenta de la impaciencia del médico. Que terminaría la ficha hoy en San Sebastián, o mañana, que tenía que pasar a limpio los apuntes de ayer, que ayer había aprovechado para hacer unas compras en Madrid, que quiso ver el Madrid de fuera del trabajo, que además necesitaba algunas cosas. Quizá lo aburrió. No le agradeció la llamada, no le dijo cuánto le había gustado que la llamara. La alegría había quedado tapada por la sorpresa, pero tampoco le dejó ver la sorpresa. Al menos se esforzó en ello. Una llamada especial. Un día especial el de ayer por las calles de Madrid.

Se pregunta si Eva sabrá cómo eran las manos de su madre. Si se acordará. Si se

acordará de la manera de describir las manos de su madre. Si ella misma, Luzia, se acordaría de las manos de su madre sin mirarse las suyas.

Noviembre. El tren Madrid-Hendaya se ha detenido en Vitoria. Luzia está de pie en la barra de la cafetería. Ha pedido una cerveza.

El tren lleva retraso. Ha salido ya tarde de Chamartín. Se ha retrasado la salida. A saber por qué. En este país nunca se dice por qué salen los trenes tarde. Luzia quisiera vivir en Alemania para ir en tren. O en Italia, también allí funcionan mejor que aquí. De todas formas, siempre hay alguien que ha tenido una mala experiencia en esos sitios. Cuánto nos gusta contar anécdotas. Entra ahora en la estación el tren que va a Oporto y Lisboa. Puede que también ése vaya con retraso. No, tal vez no. Viene de Hendaya, en sentido contrario al de Luzia.

¿Y si se bajara de este tren y se montara en el otro? Mañana por la mañana estaría en Lisboa. Siempre querrá volver a Lisboa. Alfama, fiestas de San Antonio, en el calor de junio. La gente come en la calle sardinas asadas, en mesas grandes y pequeñas. Cada uno en la que tiene. Escriben mensajes de amor en claveles de papel y los venden metidos en tientos de hierbas aromáticas para regalar. Es bonito regalar. Tener el deseo de regalar algo a alguien. Eso es lo mejor. Hace mucho que no lo siente. Tampoco ella recibe muchos regalos, regalos de los regalados con ganas. En otros tiempos sí. ¿Sí?

Le han regalado flores muchas veces. Y perfumes. Bombones. Sobre todo flores.

Una vez hizo el amor con un desconocido en el tren, y ahora, de pronto, le parece que fue como vengarse de todos los perfumes y bombones. Ahora, de pronto, en el tren, tomándose una cerveza en la barra de la cafetería del tren, en un tren que va tarde, mientras el que va a Lisboa sale de la estación. No supo el nombre de aquel amante del tren, no volvieron a saber el uno del otro, no se prometieron nada. Quemó todos los regalos de quienes no se atrevían a querer de verdad en el compartimento del tren con aquel desconocido: eso es lo que se cuenta a sí misma ahora. Recuerda que era musculoso y moreno y joven. Hoy no hay ninguno así alrededor. Y aunque lo hubiera.

No atreverse a querer. No sabe si ella se ha atrevido alguna vez. Si se atreve. Si se atrevería. De momento no tiene ni con quién empezar.

Quisiera saber si le habrán hecho muchos regalos a Eva. Seguramente sí.

Hoy Eva estaba nerviosa.

Al volver a su asiento, Luzia se acuerda de los antiguos Talgos. Se pone el ordenador encima de las rodillas y empieza a escribir el informe de la semana, copiando, ordenando, redactando lo que tiene apuntado a mano en su cuaderno, que ha puesto sobre la especie de mesita que cuelga del respaldo del asiento delantero (le queda demasiado lejos para usarla como mesa). Nunca lleva el ordenador a las sesiones con la paciente.

No le gusta la palabra "paciente" para referirse a Eva, pero es la primera que se le ocurre. No sabría qué otra cosa decir. Eva, Eva. Quizá simplemente tendría que decir el nombre. En las fichas pone "E". En el informe escribe "paciente", *patient*, *gaixoa*.

Todavía en Beasain. Es tarde. También a esta estación llega tarde el tren. Tendría que haber ido en coche. Lo piensa cada vez que coge el tren: que el transporte público está fatal en este país presuntuoso y retrasado. Pero cada vez que coge el coche piensa que hay demasiado tráfico, que además hay que utilizar el transporte público, que no hay que darles a los políticos excusas para hacer más autopistas.

Llegará tarde hasta para el último parte de noticias, demasiado tarde. Tendría que haber dejado el televisor programado para grabarlo. Por qué esa ansia por enterarse de las noticias. Al día siguiente las volverá a oír en la radio y las tendrá en el periódico. La repetición de los males del mundo. Será la costumbre. Así no cena sola, no se ducha sola por las mañanas, sino con las caras y las voces de quienes cuentan los males del mundo.

Mañana se levantará demasiado tarde.

Se le está acumulando el trabajo.

Quienes más han sufrido son quienes más pueden disfrutar, si tienen la oportunidad. A quien no ha sufrido, a quien no ha sufrido nada, a quien nunca ha sufrido, se le escapan las ocasiones del placer, sin darse cuenta siquiera de que han pasado por su lado. Al menos tendría que ser así, sería justo, Luzia quisiera que fuera así y le parece algo verosímil, pero tiene sus dudas. Lo verosímil no es necesariamente cierto. Es como lo de que el oído de los ciegos es mejor que el de quienes oímos. Lo cree mucha gente, pero, al parecer, no es necesariamente cierto. Sí es verdad que quien es capaz de gozar, quien se entrega al placer, abre también las puertas al sufrimiento, es vulnerable. Vulnerable, no se puede decir de otra manera. Herible, si la palabra existiera. Herible, que puede ser herida. Qué complejas las relaciones entre las palabras. Más aún si se es bilingüe. Es cansado usar dos lenguas. El sufrimiento, el placer. No puede una abrirse al placer pero no al sufrimiento. Si te proteges, te proteges de todo. Quien crea que puede gozar sin sufrir no sabe qué es el placer, hasta dónde puede llegar. Luzia no sabe si todo eso no es una especie de consuelo derivado de una imaginaria venganza.

De cualquier forma, parece que para algunos no hay más que sufrimiento, que al menos a algunos la vida no les da ocasión más que de sufrir. Eso, seguramente, los hará insensibles al más mínimo placer, los inmunizará.

Va a llevar a Eva imágenes de regalos en alguna sesión próxima. Tendrá que pedir permiso. Tendrá que justificar por qué quiere hacer un tipo de preguntas distintas de las que programó, por qué quiere volver a la sección de imágenes destinadas a obtener palabras sueltas, por qué se sale del protocolo. Malditos protocolos, meras apariencias con las que los mediocres nos hacen perder el tiempo. ¿O? ¿Será que ella no sabe lo suficiente? Por ejemplo, no sabe lo suficiente para decidir si quiere imágenes o si sería mejor enseñar a Eva gestos que sugieran acciones, alguien regalando algo a alguien. *Nor-nori-nork*: alguien-algo-a-alguien. Sabe que se trata de ejercicios cuyos objetivos son distintos, que corresponden a distintos niveles de la terapia. A partir de ahí ya no puede decir gran cosa.

*Mediocritas.*

No, reconoce que también a ella le viene muy bien el método que están utilizando, que, si no, estaría aún más perdida. Sabe que utilizar un método y una técnica determinados facilita que pueda coordinar su trabajo con el de Marta, la psicóloga. Necesariamente debe atenerse al protocolo. Seguramente el protocolo también le dará la manera de justificar el uso de los dibujos. En algunos tests las imágenes se usan para hacer aflorar la memoria de los sustantivos conocidos, las imágenes o las cosas mismas. Imágenes como las de los regalos valen para despertar el mundo de los sentimientos, para investigar qué puede llegar a expresar de alguna manera el paciente. Es así como se supone que funcionan. Le parecen, en cualquier caso, mucho más adecuadas que la imagen de la sangre que utilizaron en una sesión con Eva. No podía creérselo cuando la psicóloga le dijo que iban a enseñar a Eva una foto en la que se veía sangre. Que querían forzar la capacidad de respuesta de la niña, que sería una imagen suave, la de una niña guapa que se había hecho una heridita en el dedo, un poco de sangre. Será que la sangre de la gente guapa es también más bonita. Más suave. Luzia no se lo podía creer. Eva siguió muda, no quiso ni mirar la imagen.

El tren vuelve a ponerse en marcha. A Luzia le gustaría vivir en el tren. En un país sin patrias, en movimiento continuo, de aquí para allá y de allá para acá. No tendría que estar pendiente de la hora del tren, no tendría que tomar decisiones, la movería el tren, el tren le movería la vida, ella sería del tren, de ningún otro sitio.

Hasta hace poco (no sabe exactamente hasta cuándo) Luzia creía que, si le hacía un favor a alguien, un verdadero favor, ese alguien nunca la traicionaría, nunca la

perjudicaría, no iría contra ella. Lo ha creído siempre, ha sido para ella una especie de fe, algo de lo que no tenía la más mínima duda. Actuaba de acuerdo a esa creencia. Ahora ya no sabe qué cree. Sabe que la han traicionado, que le han hecho daño, que han hablado mal de ella, que le han quitado espacio, aire y amistades, que hay amigos que la han olvidado... a pesar de que ella les haya hecho favores. Pero, en última instancia, qué es hacer un favor, cuándo hacemos favores, a quién favorecemos cuando decimos que actuamos por los demás.

Luzia siente una suave modorra, pero no encuentra postura en ese tren tan feo.

Desde el asiento de atrás le llega la conversación entre una madre y una hija. Hablan de algo que debió de ocurrir hace tiempo, reconstruyen una anécdota de cuando la hija era pequeña. “Con aquel vestidito tuyo”, dice la madre. “Sí, el de flores, ya me acuerdo”. Un vestido de flores, el vestido con florecitas, el vestidito que tenía flores. También ella, Luzia, tuvo un vestido que tenía florecitas, florecitas de color rosa sobre un fondo verde pálido, tipo Liberty. Lo recuerda. Zapatos blancos de verano, o sandalias. No lo recuerda. Es como si se le hubiera nublado el recuerdo desde el tronco hacia los pies. No recuerda qué llevaba en los pies cuando el vestido de flores le cubría el cuerpo, aquel cuerpo delgado, aquel cuerpo aún sin pecho. Un vestido comprado por su madre, un vestido que su madre le había traído a ella de algún sitio. Ni lo que llevaba en los pies ni el momento en el que su madre le dio el vestido. Puede que no se lo diera. Puede que se lo dejara encima de la cama. A veces su madre hacía eso con lo que les compraba. Su padre no. Él les daba directamente lo que les traía de los viajes. No se acuerda de lo del vestido. Se lo tendrá que preguntar a su madre la siguiente vez que la llame. No quiere llamarla. Últimamente siempre habla con su madre por teléfono. No la ve. No va a verla. Con la excusa del trabajo. Tampoco la invita a su casa, a tomar café, o... Pereza. Su madre mirando en los armarios de la cocina. Diciendo algo como “En casa nunca hay tanto sitio libre en el frigorífico”, o... Tendría que llamarla. Quedar con ella en algún sitio, ir a tomar algo con ella, a comprar alguna cosa. La llamará un día en que tenga energía suficiente para oír “Empiezas a tener arrugas tú también, lees demasiado”. Tal vez el fin de semana que viene. Si no se queda en Madrid. La madre y la hija del asiento de atrás siguen hablando. “No, era cuando ya habías hecho la comunión”. La hija se ríe. Luzia no sabe cómo hablaba ella con su madre en la época de su primera comunión. De la misma manera que no recuerda el calzado que llevaba con aquel vestido de flores.

La madre y la hija de atrás se han callado, o tal vez se han bajado, mientras Luzia se perdía, se enredaba en sus propios pensamientos. No sabe desde cuándo no oye sus voces. No le apetece mirar hacia atrás ahora.

Se habrán bajado.

Luzia no tiene prisa por llegar.

En lugar de imágenes sueltas, podrían utilizar con Eva esas escenas que se usan para provocar narraciones. Alguien dando un regalo a alguien. ¿Habrá algo así entre los materiales de Madrid?

13 de diciembre, Santa Lucía. Oscurece, está casi totalmente oscuro ya. San Sebastián, barrio de Gros, mal tiempo.

Luzia para el coche en un paso de cebra. Pasa por delante un hombre que lleva a un niño pequeñito de la mano. Se gira para mirar a otros dos un poco mayores que le siguen. Gotas de lluvia. Que sigan, que se muevan, que es para hoy. Los dos niños van charlando entre ellos, no parecen hacerle mucho caso. El hombre parece cansado. O es Luzia la que, por estar ella cansada, ve cansado a ese padre que en el atardecer de un jueves va a casa después de recoger a los niños de la escuela tras una larga jornada de trabajo. Le parece admirable la capacidad que tiene la gente corriente de afrontar la cotidianidad. Esa humilde dignidad. Esa elegancia.

El cansancio de Luzia. Su necesidad de paz.

Hay que dar con la medida de la felicidad. Ésa es la clave. La felicidad de cada uno, la medida de cada uno. No vale la de uno para otro. Como los zapatos, como la huella digital. A cada cual la suya, su felicidad. Mayor o menor, pero única, la suya. Quien pretenda conseguir la de otro no conseguirá nada, no tendrá paz.

Luzia se ha quedado mirando al hombre que va con los niños. Al hombre, al niño pequeño. Luego a los dos que van charla que te charla. De qué hablarán. Cuántos años tendrán. Pronto, adolescentes.

La bocina del coche de atrás le anuncia que los peatones ya han pasado, que puede seguir, que debería hacerlo.

Según arrecia la lluvia, Luzia pone el coche en marcha. De qué irían hablando los dos chavales.

La niñita que fue Luzia aún vive en ella, la que iba a las carreras de caballos con la abuela y todas las demás. La joven que se enamoró sin entender aún bien lo que le estaba pasando. Y la que, tras su primer orgasmo, lloró abrazada a aquel chico. La que se emborrachaba con los amigos. La que eligió la carrera (¿cuándo la eligió?), y el trabajo, el marido. La que en algún momento quiso ser madre y sintió un poco de pena porque al fin no pudo serlo. La que atravesó medio mundo acompañada o sola. La que se había sentido libre, más libre que nadie y más sola. La que una y otra vez se había ido y, una y otra vez, había vuelto a su pueblo, a su gente.

¿Qué gente?

Su pueblo, qué es el pueblo.

Pero, sobre todo, por qué se dirá que el pasado ha pasado, si no ha pasado. Nunca pasa. El pasado de los pueblos quizá. Además tampoco importa mucho, porque lo que no ocurrió se puede inventar y negar lo que sí ocurrió. Negarlo o cambiarlo, basta con que lo quieran así una cantidad suficiente de habitantes. Pero el pasado individual, no. El de Luzia, no. Ése está siempre ahí, aunque se olvide. Está ahí, cada vez más largo, cada vez más lleno, pero ahí: en el corazón, en la cabeza y en las entrañas. Y en la piel, sobre todo en la piel, en esa piel cada vez más fina, en esa piel transparente que parece querer desligarse del interior y en las venas azules que se hinchan, en los labios que se secan, en las ojeras.

Sobrecargada de pasado, la asusta el futuro.

*Révolution a 50 ans* dice, en letras doradas, un tarro blanco de crema que está en la estantería de cristal del baño de Luzia. *Le système anti-âge absolue*.

Hace mal tiempo. Oscurece. Es diciembre.

Quizás mire a los demás para espantar su miedo, para ver cómo viven, para ver que viven y salen adelante a pesar de las dificultades del día a día, y que el mundo no se detiene.

¿Estará separado el hombre del paso de cebra? Tal vez se turnan para cuidar a los niños la ex-mujer y el ex-marido. Es sorprendente cómo dos personas pueden estar tan

cerca la una de la otra, cómo puede ser tan fuerte lo que sienten la una por la otra que se atreven a traer una nueva persona al mundo, y cómo luego, pasados unos pocos años o muchos, llegan a no soportarse, a no poder dormir en la misma habitación, a no querer pasar juntos la tarde del domingo.

Tal vez la palabra no sea "atreverse".

Puede que esos que traen nuevas personas al mundo no piensen como ella, como Luzia. Seguramente no se piensa para tener un hijo. Tal vez es lo que está más cerca de nuestra naturaleza animal lo que nos conduce, como conduce nuestro cuerpo, casi biológicamente, a tener crías, a aumentar la especie, a perpetuarla. Luego, los humanos, con su capacidad lingüística, lo visten de palabras. Tal vez es eso. Puestos a pensarlo en serio, desconectada la parte animal, nadie traería niños al mundo. O casi nadie. Luzia se aleja a menudo de esa parte animal. Como si la mente se le desligara del cuerpo.

Ya es febrero, fuera es de noche. Luzia y Víctor están en un pequeño restaurante bastante elegante. No hablan, cada uno sostiene una carta.

Luzia ya ha decidido qué pedir, pero sigue leyendo la carta. ¿Acaso no tiene piedad este hombre? ¿No le afecta en absoluto la situación de sus pacientes? Los médicos necesitarán cierta fortaleza, pero lo de éste es excesivo. Cómo puede estar ahora eligiendo la comida tan contento, como si no hubiera pasado nada: ¿será suficiente salir de la clínica, para quitarse de la cabeza lo allí ocurrido, para borrarlo totalmente? O ¿será que lo guarda dentro, mucho más adentro de donde está la sensación de hambre, en algún recoveco oscuro, y es eso lo que le oscurece el semblante, lo que le afea el carácter?

Luzia siente miedo ante este otro hombre inteligente. Cuando conoció a Martin, su inteligencia la cautivó, el modo en el que Martin explicaba las cosas, su visión del mundo, pero, sobre todo, la capacidad de Martin de analizar lo que ocurría. ¡Entendía todo tan bien cuando lo explicaba Martin! Aprendía mucho con él. Aprendió mucho. Eso es algo que aún agradece. Aquella racionalidad madura de Martin.

Se enamoró de la inteligencia de Martin y de su cuerpo. Sí, también del cuerpo, de la mirada amarilla de Martin y de su voz, de su manera de andar, de aquella especie de torpeza elegante de su cuerpo. Martin le hacía el amor de maravilla. A veces le hablaba mucho, otras nada, pero era siempre muy intenso, muy explícito. Luzia casi siempre tenía un orgasmo, o más. Sabía que era algo de lo que no tenía que preocuparse y, seguramente por esa confianza, se dejaba llevar al delirio. En la cama, cuando Martin la tocaba, cuando Martin la penetraba, Luzia quería llegar a tocar la mente de Martin. En aquellos momentos perfectos sentía que estaba dispuesta a todo con aquel hombre, incluso a tener un hijo, casi llegó a quererlo alguna vez. Sí, alguna vez sintió el deseo. Pero tampoco entonces dejó de tomar la píldora. Más tarde, cuando la cotidianidad convirtió aquella perfección en rutina y ella dejó voluntariamente de tomar la píldora, no se quedó embarazada. Menos mal, piensa ahora. Ahora que sabe que fue la dureza de corazón lo que la dejó fuera de juego. El narcisismo de Martin la fue alejando poco a poco, aquella desconexión entre la cabeza pensante y el cuerpo amante. Hasta la mirada amarilla (ella llamaba así a la especie de vértigo que le producían los ojos verdes de Martin), hasta eso se le diluyó el día en el que pensó que era debida a las gruesas lentillas que llevaba Martin. Recuerda aquel día, el día en el que perdió la fe, esa fe que nos da la osadía de correr riesgos.

En una de éstas, Víctor la mira sonriente desde el otro lado de la mesa, desde una distancia mucho mayor que la que existe físicamente entre los dos.

—Un euro por tus pensamientos —le dice de pronto, mientras sujeta con su mano derecha sobre la mesa, al lado del plato, la carta recién cerrada en posición vertical. Luzia piensa que es un tipo nuevo de sonrisa.

—Que tengo demasiada hambre, pero que, si como mucho, luego me costará dormir.

Luzia querría preguntarle sobre lo ocurrido en el quirófano. Sobre eso que antes lo ha llevado a preguntarle a ella si quería ir a cenar con él:

—Si no tienes un plan mejor, te enseñaré un buen restaurante, de los que les pasan desapercibidos a los turistas.

No ha dicho nada más, pero Luzia le ha notado en la cara las ganas, la necesidad. La intuición de las mujeres o esa capacidad de Luzia de adaptarse a los deseos de los demás, o que también ella prefería cenar con alguien en lugar de tomarse la ensalada de todas las noches delante de la televisión. Al salir del ascensor le ha oído decir a una enfermera que la operación de hoy no ha salido bien. Le gustaría preguntárselo, pero sabe, y lo sabe con la seguridad de cuando se entiende sin palabras, que él no quiere hablar de eso, que cambiaría totalmente la atmósfera, que se destruiría la situación en

la que ha surgido el nuevo tipo de sonrisa. A Luzia le ha gustado la nueva sonrisa del médico. A Luzia le gusta el médico en la misma medida en que le asusta. ¿Le asusta el hombre o le asusta cómo la atrae ese hombre? Tal vez es la atracción misma lo que nos asusta, la posibilidad de satisfacer nuestra necesidad de huir de la soledad y que satisfacer esa necesidad nos deje sin otra, sin más necesidades: el miedo de que nos deje muertos. Pero puede que todo eso no sean más que los nombres que ella va dando a su nerviosismo. Tendría que dejar de pensar.

Está a gusto. Pero no del todo.

Ya está.

Eso es lo que le pasa. Lo que le está pasando.

Cuando el *maître* se les ha acercado, Luzia ha pedido el pescado que había elegido nada más abrir la carta. También Víctor ha pedido un plato de pescado, pero otro.

No le va a preguntar nada sobre la operación. Ya dirá él algo, si quiere. O sea, no dirá nada. No suele hablar de asuntos personales y lo de hoy le ha afectado. ¿No habla de asuntos personales o no habla de lo que le sale mal? No, no habla de nada que tenga que ver con su interior. Tal vez hablará de lo de hoy cuando haya pasado tiempo suficiente. Cuando lo pueda contar casi en tercera persona, cuando lo pueda contar como si le hubiera ocurrido a otra persona. Probablemente con sus colegas más directos, con colegas más cercanos que Luzia.

Su mujer tuvo a Víctor atado con las cuerdas de la enfermedad. Luzia lo sabe. Lo que no acaba de entender es cómo alguien que sabe tanto de cuestiones mentales, tan capaz de tratar a pacientes que tienen problemas mentales, que los analiza tan bien, sigue aún bajo la sombra de su mujer muerta hace ya mucho. Tan ligado a ello. ¿Cuándo murió? Una vez dijo “años”. Quizá Víctor sea consciente, alguna vez lo haya sido, de esa dependencia. ¿Y? Puede que sea por amor. El amor aturde el entendimiento, lo ralentiza de alguna manera. O el odio. O la necesidad, la necesidad de llenar con algo, con alguien, nuestro vacío interior. Sin darnos cuenta nos atamos de por vida y llamamos amor a la atadura. O equilibrio. O el devenir de las cosas, de-venir, venir.

También le gustaría preguntarle por su hija, pero entonces perdería a Víctor, se iría de su lado, aunque siguiera allí físicamente.

–He leído en el periódico que hay muy pocas parejas estables que no tengan hijos  
–dice Luzia, que, al parecer, no puede evitar del todo el tema.

A Luzia le resulta difícil imaginar a alguien llamando “papá” a Víctor. Su hija. La hija de Víctor, alguien, alguien que en la imaginación de Luzia no tiene cuerpo, ni nombre todavía. Cuando la menciona, Víctor siempre dice “hija, mi hija”. Mi hija. Una relación, la de la hija, la de la hija con el padre. Hace mucho que Luzia no tiene padre. Apenas se acuerda de él. A veces se le aparece en sueños, se da cuenta de pronto de que un hombre del sueño es su padre. Se suele despertar en ese momento, o al menos no se acuerda de cómo sigue el sueño.

Debe de ser muy difícil ser hija de un hombre como Víctor. La verdad es que es difícil ser hijo de alguien, de cualquiera. ¿No pensarán en eso quienes tienen niños? ¿Piensan? ¿Qué piensan, cómo piensan quienes tienen niños? No como ella, desde luego. De otra manera, piensan de otra manera. Los avances técnicos para evitar el embarazo no han supuesto grandes adelantos para la sociedad. Más libertad para la mujer. Poder practicar sexo por placer. Total, la mayoría de las personas no obtienen gran placer o, al menos, se aburren pronto de tener la misma pareja. El caso es que casi todos acaban por tener niños. Cuántos, depende de la edad y de la posición económica.

Luzia está a lo suyo, hablando en silencio consigo misma mientras da vueltas a la comida con el tenedor. A modo de conclusión, dice:

–Son pocos, muy pocos los que deciden librar a esos posibles niños, librarlos de ser

hijos de alguien –se asusta del volumen de su propia voz, porque llevaba segundos perdida en sus pensamientos y se ha puesto a hablar casi sin darse cuenta, como si el hombre que tiene delante no estuviera con ella, como si fuera una mera imagen.

–Eres demasiado racional –dice, con cierta sequedad, Víctor.

Luzia se arrepiente enseguida de haber tocado el tema. Está desorientada y le resulta muy incómodo sentirse así. Por otra parte, no quiere recurrir a frases tópicas. Sabe unas cuantas, pero cada vez le valen para menos. Tiene dudas sobre los aspectos más importantes de la vida. Dudas cada vez mayores, como si el tiempo fuera desdibujando las referencias. Cada vez más dudas. Y las dudas no valen como tema de conversación en una cena.

Coge un trozo de tomate y se lo mete en la boca. Despacio.

De la misma manera que en algunos tejidos la humedad hace visibles las arrugas profundas que disimuló el último planchado, como el pelo rizado se libera del último alisado, los resquicios más profundos de nuestra alma salen a la superficie en determinadas circunstancias, algunas palabras despiertan lo que permanecía dormido, el miedo que la construcción de nuestra personalidad había acallado. Las manchas del yo.

Cuando el hombre le ha dicho “eres demasiado racional”, Luzia ha percibido cierta cercanía en su voz (no ha podido ver su mirada). Cercanía en la aspereza, cierta proximidad, *cierta*, la cercanía de algunos hombres. De muchos hombres. Esa brutalidad, el aproximarse demasiado rápido desde demasiado lejos, el rasponazo que iba a ser caricia. Es la primera vez que dice algo de ella. Por primera vez le asigna, en segunda persona, un adjetivo, directamente: “eres, tú eres”. Ha sacudido a Luzia. Tampoco se lo quiere creer mucho. Tal vez no se trata de eso, de cercanía. Tal vez, simplemente, le haya parecido cercanía a ella. Puede ser su propio deseo de que sea así. Y traga el pedazo de tomate, intenta tragárselo, sin percibir nada especial, nada aparte del sabor del tomate, de las especias, de las hierbas, sólo la densidad del tomate seco. No se lo quiere creer. Como cuando la mano de alguien toca la nuestra levemente y eso nos da placer y ponemos cara de saber que lo ha hecho sin querer, obligándole a decir “Perdón”. Como cuando, después de eso, respondemos “No pasa nada”.

El médico ha empezado a hablar de una novela, de una novela que está leyendo.

–Bastante autobiográfica, al parecer. Al menos tangencialmente autobiográfica –dice, y se calla. Saca el paquete de cigarrillos, pensativo, sin mirar a Luzia, mientras piensa que directa o indirectamente todo es autobiográfico en última instancia. Que, de modo más transparente o más opaco, siempre estamos contando nuestra vida. No sabe por qué se escriben autobiografías. Como si pudiera haber otra cosa.

No se lo dice a Luzia. No le dice nada más en ese momento.

Luzia cuenta que ha leído una narración que le ha afectado especialmente en una antología que tiene en la mesilla. Que se la regalaron hace unos días. En ese cuento que le ha afectado especialmente hay una niña que va por el pueblo recogiendo sueños perdidos que andan por ahí. Que muchos sueños se habían quedado sin dueño, perdidos, en el pueblo de la niña. Esa imagen, la de los sueños sueltos, le parece muy buena a Luzia, pero no se lo dice a Víctor, al menos no se lo dice así.

–Lo de los sueños perdidos se ha utilizado mucho –dice entonces él–. Quiero decir en literatura.

Como si importara, Luzia se pone a hablar de la estructura del cuento.

Al fin y al cabo, que la imagen de los sueños se haya utilizado mucho o poco no importa tanto, tampoco es muy importante si es buena. Lo que importa es que ella le estaba contando algo, a gusto, desde dentro, algo que le había ocurrido anoche al acostarse, que le estaba hablando de lo que a ella le había llegado desde lo que estaba leyendo, original o no, pero qué importa eso, le estaba contando al otro algo suyo, de

su intimidad, que no había contado a nadie hasta entonces, que se lo estaba contando para tenerlo al lado, lo de los sueños, lo de los sueños sueltos... y que el otro había huido, lejos, a la periferia, lejos de los sentimientos, al decir, como si nada, con ese tono de "*je-m' en-fous*", que se ha utilizado mucho en literatura lo de los sueños perdidos. Lo peor es además que también Luzia ha empezado entonces a hablar de literatura, de eso que los listos llaman literatura, la estructura del cuento y ese tipo de cosas. Sí, eso es lo peor, que Luzia se ha hecho más pequeña, que también ella se ha alejado de los sentimientos, que también ella se ha exiliado. Se han perdido los dos, lejos el uno del otro, como si estuvieran hablando de literatura el uno con el otro, se han ido a ese mundo exterior donde no se pueden echar anclas, ni recogerlas, a ese mundo más cómodo donde no nos tocamos.

Ese hombre es demasiado estricto. Lo han sido todos los hombres a lo largo de la vida de Luzia. Por lo menos los que le han gustado. Le sería fácil a un psiquiatra sacar conclusiones.

Ahora, en el contexto en el que está, no quiere ni pensar en su marido. También de eso podría decir algo el psiquiatra. Ella no quiere extraer conclusiones. Seguramente también para su marido sería una compañera cómoda, hasta que él se aburría y, entonces, su relación pasó de ser cómoda a ser insoportable.

¿Habrán sido siempre así las cosas? ¿Habrán sido ella un cuerpo bonito, una muñeca bonita, para los chicos? ¿Será siempre así, será eso lo que quiere el macho, lo que lo mueve? Pulsión. ¿Habrán sido ella eso, una provocadora de pulsión? Llevaba el pelo largo, tenía un pecho hermoso, era esbelta y se pintaba los labios desde jovencita. ¿Habrán sido ella ese tipo de mujer? Qué es un tipo de mujer. Mujer madre. Mujer puta. Mujer caca. No hay tipos de hombre, o quizá es que se mezclan más. Por ejemplo, es corriente entre los hombres esa gente que ha tenido hijos pero no se ha convertido en padre. A un hombre se le consiente, si no se pasa, el ser siempre adolescente, ser siempre un macho hambriento. A una mujer no. Enseguida se dice que es una inmadura, o una bruja solterona, o que parece una puta.

Huyendo de la clasificación tal vez, Luzia investiga. Quiere olvidarse del mundo.

No se elige lo que se quiere, tampoco qué olvidar y qué no. Está claro. Si no, Luzia no estaría ahora acordándose de Martín. Tampoco el médico de su mujer.

—¿Cómo fue la niñez de Eva? —pregunta Luzia, cuando el camarero se ha ido tras tomar nota del postre.

—No lo sabemos —responde el médico, asombrado por la pregunta—. No queda nadie de su familia para contarlo. Nadie de fiar, quiero decir. Porque no me fiaría yo mucho de la abuela.

—¿Se lo habéis preguntado? —insiste tercamente Luzia.

—No sería mala la niñez de Eva, al menos no le faltaría el dinero. También ahora tiene mucho. Montaba a caballo con sus padres —añade, sin saber muy bien por qué, como queriendo ayudar.

—Ser rica no necesariamente significa que haya tenido una infancia feliz —concluye Luzia resignada.

No olvidamos lo que queremos olvidar.

No se puede elegir qué olvidar y qué no. A veces, cuando el dolor provocado por algo es insoportable, lo ocurrido se borra por sí solo de la memoria. Y, al borrarse, un trozo del alma se quema. Nos queda en el corazón una herida que nunca se curará del todo. Tal vez por eso dejó de hablar Eva, piensa Luzia, y ahora ya no tiene el valor de empezar de nuevo.

Tampoco ella solía querer hablar de la agresión que sufrió de pequeña, del hombre que le había metido la mano entre las piernas. Tampoco lo recuerda bien. En general no habla mucho de aquellos tiempos, de cuando ella era niña. Como si estuvieran lejos, como si los hubiera olvidado. Pero no los ha olvidado. Los ha tapado. Y se le cambia el

ritmo de la respiración al recordar o al intentar acallar el recuerdo. Un olor raro en el paladar. Aquel tiempo de tu vida que aún te duele, se dice a sí misma.

No, Luzia no habla mucho de sus cosas, normalmente no suele contar anécdotas y eso es algo que le gusta a Víctor. Luzia habla de esto y de aquello, de sus ideas, de teorías, pero cuenta poco. Víctor nunca se ha fiado mucho de la gente que habla con demasiada facilidad de su familia y de temas parecidos. Es difícil hablar de las cuestiones que uno lleva dentro. La gente que cuenta cosas íntimas con tanta facilidad, con tanta tranquilidad, no dice toda la verdad, suele intentar quedar bien. O, si no, es que no lleva esas cosas, la familia, la relación de pareja, muy dentro. Luzia ha dejado caer alguna cosa de vez en cuando. Incluso le ha contado alguna historia, algún recuerdo de su infancia. Lo del miedo cuando su hermana pequeña se perdió en la playa. Parecía algo avergonzada cuando le contó eso, como si se hubiera dado cuenta de que le estaba contando demasiado y de que no le estaba haciendo simplemente una crónica sobre la playa de la Concha o sobre lo que hacían en los veranos de la infancia, sino de que le estaba hablando de su miedo. Y seguramente era así.

Seguramente la gente que cuenta cosas sin dificultad no habla de nada suyo, ni de sus miedos, ni de sus deseos, ni de sus dudas. De hecho no suelen hablar de problemas, sino de las cosas que les enorgullecen, aunque sean cosas malas, de aquello que alimenta sus egos.

Víctor sabe que Luzia ha estado casada y, por algo que dijo, sobre todo por el tono con el que lo dijo, sabe que la cosa no terminó bien. Es decir, que aún no ha terminado, porque terminar, nunca termina bien el amor, pero, si al menos se cierra, se puede dar por bien acabado. Sospecha que lo de Luzia no está cerrado, que esa mujer tiene aún algo pendiente. Como él tiene a Julia aún, aún pendiente. Julia, que está muerta, que nunca envejecerá, que nunca le hará enfadar, que es eterna.

Luzia, antes de empezar con el postre y mientras cogía con la mano la copa de vino, lo ha mirado. No sabe dónde está este hombre, qué piensa, qué siente, sobre todo qué siente.

Cómo la atrajo en un tiempo Martin, cómo se esforzaba ella por provocar algo en él. Eso es lo que este hombre le trae a la cabeza. No sabe por qué. Éste no la atrae como entonces la atraía Martin. Suele tener ganas de estar con él, pero eso será porque se siente muy sola. Con Martin, se esforzaba en provocar algo en él, algo, de alguna manera, como fuera, por medio de las palabras o con la ropa que se ponía, aunque siempre o casi siempre parecía inútil. Martin nunca le decía gran cosa. Parecía que a veces ni la miraba. Pero luego la llamaba con una excusa u otra y, cuando se acostaban juntos, a Luzia le parecía que le decía todo lo que antes no le había dicho.

La expresión más plena, la más clara por parte de Martin, la tuvo Luzia cuando decidieron casarse. Pero ella no se alegró entonces tanto como se alegraba antes con aquellas llamadas ambiguas que le hacía con cualquier pretexto. Fue como si la petición de matrimonio la hubiera encontrado cansada. Cansada o algo parecido. La que se alegró fue su madre. Desde que se casaron Luzia ya no se esforzó por despertar en Martin, por provocarle, aquella cosa indefinible. Luego la separación, a pesar de todo lo que lloró (y aún lloró más cuando se enteró de que Martin había empezado a salir con una compañera de trabajo joven, lloró muchísimo), fue una liberación.

Ahora quisiera preguntarle a Víctor qué siente él al pensar que su hija es su hija. No, no es eso. Lo que quisiera preguntarle es qué es tener una hija, ser el padre de esa mujer. Qué es. Qué siente. No sabe qué querría preguntarle.

Los hijos son lo más valioso que un hombre puede dar a una mujer, lo más duradero que algunas mujeres reciben del marido, lo único que les queda. O eso es lo que creen. Lo demás no se ve. Lo tapan los hijos. Es tan importante lo de los hijos, lo de la nueva vida. Qué es lo demás, lo que le queda a Luzia. Porque a ella ningún hijo le tapa nada.

Recuerda la última vez que folló con Martin. No le gusta esa expresión, pero no quiere decir que hicieron el amor. No podría decirlo así, si estuviera pensando con palabras, pero Luzia no tiene palabras en la mente ahora, sino imágenes. El hombre se le abalanzó encima, como un oso grande, con una humedad rara en los ojos y los labios también mojados, una especie de temblor en la voz. Debía de venir de una comida de trabajo o algo así. La abrazó con brutalidad, con prisa, con demasiada fuerza. No le hizo daño, daño físico. Luzia cedió. Como se dice en euskera, *amore eman*, dar amor, ceder. Vaya expresión también ésa. Le dejó utilizar su cuerpo. También ella lo abrazó e intentó responder a sus besos, porque sabía que era la última vez, que era una especie de torpe ritual de despedida. La tristeza del adiós, la libertad del adiós.

Marzo, finales. Luzia conduce su coche de vuelta a casa. Hay mucho tráfico. Cuando el tráfico se ha relajado, se ha acordado de la radio. Le resulta conocida la canción que está sonando. *Please don't let me be misunderstood*. Se fija en esa frase y la repite bajito. Siempre le ha preocupado el explicarse, le ha obsesionado la comunicación. Para alguien como Luzia trabajar con una afásica no deja de ser un reto. *Please don't let me be misunderstood*. Una canción es una canción, pero Eva está aquí y nadie sabe qué quiere decir. Posiblemente no quiere decir nada: no quiere decir nada, no significa nada.

En el cuaderno de notas de Luzia, en la parte de atrás de una hoja, aparecen estas líneas escritas casi en diagonal y con una letra que parece apresurada:

*ha decidido no escribir... / porque no quiere decir nada / porque no sabe qué decir / porque no quiere decidir qué decir / porque cada vez le resulta más cómodo su silencio / los médicos creen que es afásica (puede que sí lo fuera al principio, durante una fase de amnesia; para ahora la tendría que haber superado teniendo en cuenta el tipo de lesión... no sé seguro cuál es el tipo de lesión, ¿lo saben ellos? / seguramente podría pronunciar secuencias de pocas sílabas, si quisiera, algunas palabras cortas.*

Y en esa misma página, de través, dibujando una perpendicular respecto a las líneas anteriores: *something we have learned—a possession of the memory—is lost (Lipmann? / Kleist? apud Jakobson [1941] 1968, 32).*

En la última página escrita del cuaderno: *Mutism... refers to the loss of language on the background of unimpaired linguistic functions and an intact articulatory apparatus (Petra Loft).*

“¿Eva?”, había escrito Luzia al lado de la cita.

Hoy ha hecho buen tiempo. Tanta ida y venida, casi no tiene tiempo ni de darse cuenta. Tendría que comprarse ropa nueva. Necesidad de cambio. Faldas y vestidos, empieza a hacer menos frío. Los días se alargan. A ver si llega a tiempo para ver la puesta de sol en San Sebastián. Puesta de sol, *sunset*: sun set. Cómo se dice puesta de sol en euskera. *Coucher*, en francés, qué bonito, tan de casa, tan tierno, tan cotidiano. Da tranquilidad. ¿No habrá un nombre para eso en euskera? Luzia es una hablante pobrísima de una lengua pobre y, se diga como se diga "puesta de sol", ahora, en el coche, hacia casa, el bello sol cansado le intensifica el miedo a envejecer. La cena de ayer y la falta de sueño. Por eso está tan baja. Por qué se quedaría. Desde luego no por la enfermera que se jubilaba. A quien se lo preguntara le diría que porque estaba a gusto, pero sabe que no es verdad. Tampoco lo contrario. Tampoco estaba a disgusto. La verdad es que no sabe cómo estaba, el caso es que se quedó y que, aunque la cosa no se prolongó demasiado, ha dormido menos de lo necesario, sobre todo teniendo en cuenta que hoy le tocaba viajar. Seguro que fue por Víctor. No lo sabe. Sabe que ha soñado con él o, bueno, tal vez ni eso. Pensaba en él cuando se ha despertado. Eso es lo único seguro. Eso y que ayer, al entrar en el restaurante, era él el que le importaba, era él a quien no controlaba, pero eso no deja de ser una interpretación. Era él quien la alteraba. Eso es seguramente cierto.

Es terrible qué rápido se le convierten en historias los recuerdos. Seguramente le pasa lo mismo a otra gente. Tal vez a todo el mundo. ¿Habría alguien que memorice de verdad los recuerdos o todos tejemos historias con ellos? No entiende cómo hay tanta gente que cuenta sus recuerdos, algunos que hasta se atreven a escribirlos. ¿Cómo se las arreglan para distinguir la memoria de la imaginación? ¿Cómo saben qué es qué?

Durante la cena no tuvo a Víctor cerca. La mesa era demasiado grande y había demasiada gente. También para las copas de después se quedaron demasiados colegas. Tras beberse el *gin-tonic* que no tenía que haber tomado, Luzia se fue a casa, al aséptico apartotel, en taxi.

La fragilidad de siempre. Esa vulnerabilidad. Cincuenta años y todavía sigue ahí el

dolor de siempre al ver desde la ventanilla del coche vacas inmóviles en un prado. O ¿es nuevo? No lo de la tristeza, sino el que la provoquen las vacas...

Después de dejar el coche en el garaje, cuando está abriendo con la llave la puerta del portal, ve al vecino del tercero entrar en el ascensor. Eso es la vida, el vecino del tercero entrando en el ascensor para subir a casa, a donde su mujer, a cenar, con los niños, con el gato, como todos los demás días. Mañana, otra vez. Levantarse, desayunar, ir al trabajo recién duchado, dejando olor a colonia en el ascensor.

El tirador de la puerta del ascensor. Tocar, agarrarlo, abrir la puerta.

Para cuando Luzia ha salido del ascensor, *Taka* ha empezado a ladrar dentro de casa. Luzia necesita la bienvenida de su perra y agradece sus saltos y empujones, su alegría nerviosa. La agradece como si la perra le consolara de algo.

La llevará a la playa, aún es de día, se nota que los días empiezan a ser más largos. El fin de semana pasado fue el cambio al horario de verano. También eso ayuda.

En la playa, por la orilla, sola al atardecer, la perra saltando alrededor. Luzia sabe qué tipo de mujer representa. Tendrá que ir aprendiendo a asumirlo. Aceptar que pertenece a un tipo, que es como las demás, que corresponde a un modelo. Sola, al atardecer. Se cruza con una pareja. Le va a costar asumirlo.

Parejas.

Cuándo se convierte uno en dueño de los rasgos del otro, cuándo se adueña uno totalmente del otro, haciendo propias las características del otro y, por lo tanto, resultándole desagradables las que en su día le eran atractivas: una barbilla redondeada, la timidez, la sencillez, o la manera de hablar, o la de sentarse. A Luzia le había empezado a pasar eso con Martin un poco antes de casarse, pero no lo reconoció, no lo pensó así, se dijo a sí misma que serían los nervios. No quiere que le ocurra lo mismo con nadie más. No vivirá con nadie. Cada uno en su casa. No sabe si eso será suficiente, si sería suficiente. ¿En quién está pensando?

¿Cuándo pasamos del querer tener al tener, del deseo al aburrimiento?

Qué importa, en última instancia, que te guste mucho alguien tomándolo en su totalidad, lo que piensa sobre la vida, que admires su personalidad..., si no lo puedes aguantar en los pequeños detalles cotidianos.

Y sin embargo es importante, es bueno tener pareja. También los violines de una orquesta suelen seguir una misma partitura de dos en dos, en un solo atril. Así, mientras uno pasa la página, el otro puede seguir tocando. Así no hay interrupciones. Cosas prácticas para seguir viviendo.

Por qué se separó. Por qué no siguió, no persistió. Cuándo, qué día se cansó de hacer las paces, de tragarse la tristeza para poder hablar, de sonreír como si no pasara nada, como si no fuera para tanto.

Cuando estaba casada con Martin ocurría con frecuencia que tras una discusión amarga (para Luzia todas lo eran), la que rompía el silencio era ella, Luzia, para decir una bobada sobre alguna edificación de al lado de la carretera, sobre el nombre de algún pueblo, sobre algo que había visto la víspera en la tele o algo que había oído en la panadería. Y su marido le contestaba (o no) y volvía a haber paz entre los dos, todo volvía a ir bien. Pero un día, lo recuerda, siguió callada, durante mucho tiempo. No sacó ningún tema trivial para que todo volviera a estar bien. Se quedó callada porque el nudo que tenía en la garganta le hacía daño. Se quedó callada. Durante mucho tiempo. A partir de un momento le resultó mucho más fácil quedarse callada que empezar a hablar.

Y es que puede ocurrir que de pronto (debió de ocurrir entonces) se ha atravesado un límite. El otro ya no está fuera, se ha acercado demasiado y te pregunta lo que tú no quieres, no puedes, preguntarte a ti misma.

Has perdido la protección. La protección inicial, aquella distancia que a ti te daba protección y a él deseo.

Algo se te rompe dentro y odias al otro, a ése que sabe tanto de ti gracias a la cercanía, ése que se atreve porque no se trata de sí mismo sino de ti. No lo puedes aguantar, lo echas de tu lado, de tu cama.

El aire es fino en la orilla. Luzia se cierra hasta arriba la cremallera del ligero cortavientos que ha cogido para bajar a la playa. Es un regalo de una compañía de seguros, por haber asegurado el tercer coche con ellos. El coche de después de la separación, el primer coche de la era post-martiniana. Tres coches, un cortavientos, bastante malillo, corriente, con el nombre de los seguros en la pechera, pero que cuando se lo dieron le hizo ilusión. Qué miseria. Un regalo de los asistentes del capitalismo, que era el responsable de todos los desastres evitables del mundo. Y le hizo ilusión. Lo utiliza a gusto. Es ligero y de un suave color arena. Ay, si se lo hubieran dicho de joven, cuando aún no había ni camisetas de propaganda, cuando ella creía que el mundo iba a mejorar, que tenía que mejorar, igual que creía en la lucha contra el capitalismo...

Más allá de la orilla, la isla de Santa Clara. Siempre le ha parecido que queda demasiado cerca de la playa de Ondarreta con la marea baja. La belleza de San Sebastián, que los donostiarras consideran su mérito. Por eso debe de ser que los donostiarras, en lugar de ser gente agradecida y agradable, son tan engreídos: “¿A Madrid? ¿Qué vas a Madrid, a trabajar? ¿Qué se te ha perdido pues a ti en Madrid? ¡Qué horror! ¡Si en el mundo no hay sitio mejor que éste!”.

Qué contenta está *Taka* jugando con las olas en la orilla. Luzia tiene olas, olas demasiado grandes, en la cabeza. Tendría que calmar su mar interior. Le sienta bien estar con *Taka*. Está demasiado poco con ella. Este ir y venir de Madrid no ha sido una buena opción para la perra. Sabe que el estudiante la cuida bien y que también a él le viene bien lo que le paga cada mes por cuidarla. Pero quién cuida de Luzia. Hace mucho que nadie la mira como la mira *Taka* cuando llega a casa, o cuando se da cuenta de que van a salir, o cuando las dos se tumban en la sala delante de la tele los sábados por la tarde. No sabe si alguien la ha mirado así alguna vez. A Luzia le sienta bien estar con el animal, con su perra grande.

–¿Podría alguien cuidar de mi perra en Madrid? –le preguntó un día de éstos a Víctor.

–Más te vale no traer un perro aquí: ya hay demasiados perros, demasiadas cacas, demasiada gente, demasiados coches, demasiado ruido.

Pero Víctor no se iría a vivir a ningún otro lado. Dice que es por el trabajo, pero seguramente no es sólo eso. También será por la casa. Dónde va a encontrar ahora una casa como la que tiene en Madrid, a quién podría venderle el lugar en el que está el dormitorio que compartió con Julia.

Víctor debe de tener en la cabeza el San Sebastián de su juventud, aquel San Sebastián más limpio, más tranquilo. Ya no lo es tanto. Es como si librarse de la dictadura de Franco hubiera hecho a la gente más sucia y más ruidosa. Por qué será.

Luzia se ha sentado en la arena mientras la perra salta y corre de un lado para otro. Al sacar del bolsillo la pelota de *Taka* para tirársela, ha encontrado unos papeles doblados. Los ha sacado. Son unas hojas sueltas que el otro día quitó de su cuaderno de notas de Madrid, cosas que había escrito entre los apuntes para las fichas, citas de artículos y novelas que lee en el tren y va copiando entre los borradores de fichas. El otro día las arrancó, para que no se confundieran unas cosas con otras. Por qué las lleva en esta chaqueta. Arrancó esas hojas en el tren. Luego las metería en el bolso y seguro que, al sacar las llaves del bolso, cogió también los papeles y los dejó con las llaves en la mesita del recibidor. Después, al ir a salir con *Taka*, metería las llaves con papeles y todo en el bolsillo. Siempre igual.

Por qué no escribirá las cosas aparte. Por qué será tan vaga. Es cierto que en el tren sólo suele llevar ese cuaderno y que, al fin y al cabo, todo son borradores, sus borradores. Los de las sesiones con Eva. Los de las reflexiones, los comentarios sobre

ella. Los relacionados con las cosas que lee. Juegos de su pensamiento. O sea que puede hacer lo que quiera. Por qué recoge, por qué copia esas frases de los libros, de las revistas. ¿Para no olvidarlas, para aprendérselas de memoria, para metérselas en la cabeza, para hacerse cargo de lo que dicen los demás? Es como cuando en su adolescencia ponía en las paredes de su habitación las citas de autores que admiraba. ... *how could a linguist better achieve the desired metamorphosis into a modern neurologist...* (Dressler, 1990). Copiado, pensando en Víctor, de un artículo que está leyendo. Ya le gustaría discutirlo con el neurólogo. Luzia no quiere curar a Eva, la quiere comprender, saber qué le pasa, qué le pasó, por qué está así, qué ha causado qué en el cerebro de Eva, qué se rompió en el interior de Eva, qué es lo que no le deja curarse.

Y Darío Fo, sobre el deseo de saber en una entrevista: “Y mandó Jehová Dios al hombre, diciendo: ‘De todo árbol del huerto podrás comer, mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás’. Adán sabe que paga con la vida su posibilidad de acceder al conocimiento”. ¿No pensaría Fo en los animales? Porque también los animales mueren aunque no lleguen a nuestro nivel de conocimiento, nuestro miserable nivel de conocimiento. Mueren aunque no lo busquen. ¿Será que los animales están condenados a morir por nuestro pecado? Viene *Taka* jadeando y babeando con la pelota entre los dientes (al menos *Taka* no tendrá, como los terneros que llevan en camiones al matadero, una muerte cruel tras una vida demasiado breve). Además, como Luzia ha pensado y dicho muchas veces, ni Eva, cuando aceptó la manzana de la serpiente, ni Adán, cuando se la aceptó a Eva, desearon el conocimiento, no querían conseguir la capacidad de distinguir entre el bien y el mal: creyeron lo que les dijo la serpiente, que comer el fruto de aquel árbol los haría como Dios. El diablo está precisamente ahí, en el engaño del cambio de nombre. La serpiente ofreció a Eva lo que Eva quería, y Adán oyó de Eva lo que él deseaba.

En otro trozo de papel tiene unas líneas de Patricia Cornwell sobre *Scarpetta* (*Scarpetta goes on, always trying to teach because it is easier for her to share her mind than to touch feelings she is masterful at keeping out of reach*). Por qué leerá Luzia tan a gusto las novelas que tienen como protagonista a la médica forense. Algo en la manera de contar de Cornwell le resulta muy cercano.

No sabe por qué hace eso Luzia, eso de recoger citas. Lo ha hecho siempre, desde hace mucho. Copiar a mano lo impreso tiene algo.

Qué.

Pronto llegará el tiempo de ponerse sandalias. Ahora ya al mediodía... Cada vez que se lima la piel seca del talón, cada vez, Luzia se acuerda de dos mujeres que vio sentadas en sendos taburetes altos en la barra de un bar en Ratisbona. Regensburg, la antigua Ratisbona. Qué pies tan cuidados en aquellas sandalias carísimas, qué bien sentadas estaban en aquellos taburetes altos, qué precioso vestido azul el de una de ellas. No se acuerda de cómo iba vestida la otra, pero sí de sus pies, porque también eran perfectos y las dos los tenían muy cuidados, sin rojeces ni asperezas, con la uñas perfectamente cortadas y pintadas. Cuánto tiempo pasarían aquellas mujeres cuidando su cuerpo para tener aquellos pies perfectos, cuánto tiempo tendrían para eso. No eran mayores, tampoco muy jóvenes, eran bellas. A Luzia se le ocurrió que podrían ser prostitutas y la amiga que estaba con ella estuvo de acuerdo, que sí, que podría ser que ejercieran la prostitución de lujo. Los pies de aquellas mujeres le dieron muchísima envidia a Luzia. Le parecían admirables los pies de aquellas mujeres que le eran tan ajenas. Se convirtieron en su modelo y todas las primaveras, cuando prepara sus pies para el verano, rinde homenaje a aquellas prostitutas elegantes de Ratisbona.

Durante el curso que pasó en Estados Unidos Luzia aprendió que el pedrusco que su madre usaba para suavizar la piel de los pies, aquella piedra de nombre raro, la piedra

pómez, eso que en el mundo de su infancia solía estar en el borde de la bañera, en inglés la llamaban *pumice*.

Una mujer de cierta edad pasea por la orilla. Lleva un abrigo largo verde. Parece que le queda grande, al menos eso es lo que le parece a Luzia, aunque no lo distingue bien desde donde está. Hay marea baja y la mujer de cierta edad le queda bastante lejos. “La mujer de cierta edad”, piensa, así, con esas palabras. Casi sonrío al darse cuenta de las palabras que ha utilizado para pensar. La mujer parece delgada y alta, la mujer de cierta edad. Tal vez el abrigo es de cuando era más joven y más corpulenta. Anda con lentitud pero la tensión de sus pasos delata que es fuerte. Lleva una especie de botas bastante feas y de vez en cuando se mete un poco en el agua, toca la orla de las pequeñas olas o son las olas las que le tocan las botas. Qué más da si el abrigo le queda grande y si las botas no son muy elegantes. Ella va tan contenta por la orilla mojando sus botas. Qué más da.

Cuándo le llegará también a ella el tiempo del qué-más-da. ¿Le llegará con la piel seca, blanda, caída, del interior de los muslos? Eso viene ya. Está llegando.

Principios de abril, día de labor, Víctor y Luzia frente a frente en un bar que sirve menú del día, cerca de la clínica. Una comida rápida. Fuera un grupo de jóvenes de aspecto infantil y vestimenta desaliñada está armando bulla, algunos están sentados en el suelo, otros están de pie.

A Luzia cada vez le interesa menos el mundo. Ruido. Tanto ruido en todas partes, lo fuerte que habla la gente y lo orgullosa que va enseñando sus miserias, creyendo esconderlas, queriendo taparlas. No, no merece la pena intentar educar, enseñar. Toda esa soberbia. No volverá a la enseñanza. Ya se las arreglará con el dinero. De momento el proyecto le paga los viajes, las estancias. No necesita mucho más. Tampoco *Taka* pasará hambre ni dolor, al menos si depende de Luzia.

–En un artículo que he leído hace poco el autor dice que todos los lingüistas queremos ser neurólogos –ha dicho Luzia cuando se han sentado a la mesa, según echaba una rápida mirada a la media docena de platos del menú.

–Ser neurolingüista es una excusa para no ser realmente ni neurólogo ni lingüista.

–¿Como los sociolingüistas?

–Ésos hacen estadísticas, son contables.

–No lo sé, creo que me interesan más los neurolingüistas que los sociolingüistas.

–Porque tendrás más sociolingüistas alrededor.

–Sí, en el mundo del euskera. Demasiados, demasiado cerca.

–¿Demasiado cerca? –dice Víctor con malicia impostada.

–Sí, demasiado cerca, pero no, no hay sociolingüistas en mi historial, si es eso a lo que te refieres –dice Luzia con una sonrisa medio tímida, medio atrevida.

–¿Y algún antropólogo? Broca era antropólogo, ¿lo sabías?

–Y del siglo XIX y el que le dio el nombre a uno de los principales tipos de afasia

–Luzia, imitando el tono bromista del médico, trata de llevar la conversación a temas de trabajo.

–Cuando hicieron esas clasificaciones sólo podían valerse de la autopsia. Aunque a veces no sé si no vamos más a ciegas nosotros con tanta técnica y tanto instrumento moderno.

Al poco, cuando el camarero se ha ido, después de tomar nota de lo que querían, y cuando parecía que la conversación iba por derroteros más serios, Víctor dice en tono exagerado de conferenciante:

–Seguro que has tenido siempre mucho éxito con los hombres. Tan guapa, tan lista...

A Víctor le gusta estar con esa mujer. Siente cierta fuerza y las ganas de bromear que no sentía hace mucho. No tiene ningún otro deseo. Cree que en algún sueño la ha tocado, pero no suele recordar con claridad las imágenes de sus sueños. Casi nunca sabe ni siquiera qué tipo de sueño ha tenido.

Cuando Luzia ha dicho antes “demasiado cerca”, estaba pensando en una sociolingüista mujer, pero, a pesar de eso o precisamente por eso, también ella le contesta en tono de conferencia:

–¡Tan predecible, tan primitivo, ser atractiva para los hombres! Es ridículo que las mujeres que lo logran estén orgullosas. Lo malo es que la mayoría nos solemos dar cuenta demasiado tarde. Hay quien no se da cuenta nunca. Ésas resultan patéticas. Yo perdí muchos años intentando ser atractiva para los hombres. Ni sabía lo que estaba haciendo. Como si lo más importante fuera eso. Y no, no lo es, pero ya es tarde.

Víctor le tocaría la mano con ternura, para protegerla, pero no es el momento. Parece que han elegido otro tipo de relación. ¿Quién lo ha elegido? Desde luego Luzia está mucho más tranquila con él desde que eso está claro. ¿Qué es lo que está claro y desde cuándo? ¿Lo ha decidido el propio Víctor? ¿Está claro para los dos? Han renunciado a algo, tal vez por Eva. Quizá por ser profesionales.

Por lo tanto no hace nada, no se mueve.

Luzia sigue hablando, ya sin tono de conferencia, casi como si hablara consigo misma:

–Ya no tengo lo que hace falta para conquistar así a los hombres. Unas tetas bien puestas. Y paciencia, sobre todo paciencia, esa paciencia ingenua que se tiene de joven cuando crees que vas a encontrar no sé qué mundo maravilloso.

Dicho eso, piensa que podría parecerle a Víctor que ella no lo considera una posible conquista. Y que vaya tontería está haciendo. Y que, a partir de ahí, no le queda más remedio que seguir lo mejor que pueda con sus pseudopsicologías.

Pero lo que Víctor está pensando es que, cuando de una mujer se dice que es guapa, ella lo sabe y lo utiliza. Que utiliza ese poder. Consciente o inconscientemente, pero inevitablemente lo utiliza. Piensa también que Luzia es guapa y que lo sabe, que se lo habrán dicho más de una vez de una manera u otra. Que lo sabe y que lo está utilizando con él, con Víctor, adrede o porque no lo puede evitar.

Luzia está asombrada por haber dicho eso de las tetas bien puestas, porque de pronto le ha hablado con tanto descaro a Víctor, porque ha cambiado lo que venía siendo la manera de hablar el uno con el otro. No lo ha hecho adrede. Se ha dado cuenta demasiado tarde. No está arrepentida. Está alterada. ¿Es posible formular frases sin querer? ¿Es posible que, para cuando una se da cuenta, estén las palabras, los sonidos, las vocales y las consonantes volando al oído del otro? ¿Qué es lo que las pone en marcha, qué convierte en ondas sonoras lo que nos da vueltas en la cabeza antes de que hayamos podido pensarlo?

Algunos de nosotros estamos llenos de pasión, nos sobra la pasión, y eso es algo que no tiene escapatoria. Eso será lo que hace que las dinámicas interiores de algunos sean más incontroladas que las de otros. La música de Dire Straits que sonaba cuando Luzia dejó de ser virgen en casa del hombre, del hombre joven, con quien dio aquel paso estará para siempre muy cerca de donde guarda las lágrimas, inevitablemente unida a lo que se fue para siempre. Y si Luzia volviera a ver a aquel hombre y se oyera la música de Dire Straits, no podría evitar las lágrimas, que no serían ni por él ni por ella, sino por aquel momento que pasó para siempre, por lo que nunca más podrá volver a ocurrir. Pero sí, la pena la sentiría por él. Por él y por sí misma.

A pesar de todo.

*Malgré tout.*

Quiso a aquel hombre y todavía siente cierta pulsión hacia él, a pesar de que no sabe dónde vive ahora. Siente algo tierno al acordarse de él. *Oinaze eta guzti*, a pesar del dolor. No fue él el que le causó dolor, sino algo de los dos, algo que se les escapó a los dos antes de llegar a conseguirlo y la impotencia que eso evidenciaba, el dolor por el paso de la vida, el dolor de lo que, a pesar de ser jóvenes, había cambiado definitivamente para siempre. Jóvenes. Demasiado jóvenes desde luego para soportar lo definitivo.

Pero ese dolor no es feo. No es el daño que le hizo un colega que la pegó porque no se quiso acostar con él después de una cena, un dolor áspero, brutal, repugnante, ese dolor que ensucia a quien lo padece, ese dolor que no se quiere recordar, ese dolor que da vergüenza.

No, los límites del amor, el no poder hacerse uno con el otro completamente deja tristeza, pero no le hace a una enfadarse consigo misma.

Sin embargo, parece que, por alguna razón, a esta edad vuelven a la memoria con particular crudeza, intensamente dolorosos, recuerdos feos como el del golpe que le dio aquel colega, que vuelven más áridos que cuando ocurrieron, con la crueldad que entonces se les quiso negar. Tal vez entonces, cuando ocurrieron, fue necesario minimizar el daño, para sobrevivir, para seguir adelante. Una mujer joven tiene que poner algo de su parte para mantener la dignidad que el hombre ha pretendido quitarle, para mantenerse ante quien la ha golpeado, también para ponerse delante del espejo.

Se esforzó por quitarle importancia y, luego, por olvidarlo.

Pero ahora, tras todos estos años, parece que el pasado ha resonado en el presente... como si hubiera pasado el tiempo suficiente para que aquel dolor pueda aflorar en la conciencia, entero pero debilitado, descolorido por la distancia de los años.

Por qué se estará acordando Luzia de aquello ahora, según mete la cuchara en el plato, ante este hombre suave y civilizado, ante este hombre tan correcto.

Víctor nunca menciona a su mujer, no se la menciona a Luzia. ¿Será sólo con ella? Si es así, si es por no hablar de un amor anterior a una mujer que le gusta... No, no lo tendría que enfocar así Luzia. Es muy frívolo y egocéntrico. Le dolerá hablar de su mujer, no la mencionará porque murió y porque eso le resultará insoportablemente doloroso todavía. Seguramente para siempre.

Su mujer fue Julia, eligió a Julia para tener un hijo, para que fuera la madre de su hija. Y Julia se murió. Una cruel enfermedad, un destino malvado se la llevó de su lado. Julia ya no está, no está en ninguna parte. Es terrible. Debe de ser muy duro. Luzia no tiene derecho a entrar ahí, a hacer nada. Es un lugar sagrado, un lugar sagrado que no le pertenece.

Finales de julio, madrugada. Luzia y Víctor están sentados en un mullido sofá junto a una mesita baja en un pub no muy iluminado.

Hace calor en Madrid. Ha sido un día largo y los dos están cansados después del trabajo. Pero no han querido renunciar a la promesa que se hicieron medio en broma de cenar juntos antes de las vacaciones. Luego han ido a tomar una copa, obedeciendo a esas energías oscuras que trae el cansancio y porque ni el uno ni el otro tienen ninguna gana de irse a casa cada uno por su lado.

Víctor, sin abrir los labios, emite un sonido medio nasal medio gutural, suavemente. Se inclina hacia la izquierda hasta que su hombro toca el de Luzia y, estirando el cuello, pone sus labios detrás de la oreja de Luzia, donde empieza el cuello. Sus pensamientos son blandos. No ha bebido demasiado, tampoco poco. El imán de ella le mueve todo o casi todo, sí desde luego la posición del cuerpo, y ahora eso es lo único que le importa.

–¿Qué es esto? –susurra, como para sí mismo, al oído de Luzia.

–Tocar el paraíso en la tierra.

Si no estuviera tan bebida a Luzia le daría vergüenza decir eso, seguro. Al día siguiente, sin ir más lejos, si se acuerda (y se acordará), le parecerá muy cursi.

–¿Será eso el castigo, poder estar en el paraíso a ratos, sólo de vez en cuando?

–Sí –el cansancio, el alcohol y el deseo hacen que la voz de Luzia suene grave. Carraspea, como para aclararse la garganta. Luego dice– Es el castigo por querer saber más.

Siente la tentación de seguir con ese tema, uno de sus temas favoritos. Que la serpiente no prometió sabiduría a la mujer, sino que serían como Dios, que fue así como engañó a Adán y Eva. Pero no quiere estropear el ambiente.

–Castigo para quienes queremos saber más, pero premio para quienes de vez en cuando nos atrevemos –dice finalmente y se inclina hacia adelante alargando el brazo para coger el vaso de la mesa. Bebe otro poco de su *gin-tonic*.

Él se le ha quedado mirando. Saber más. Atreverse y tocar de vez en cuando la sabiduría. A ratos, poco a poco, sabemos lo que sabemos y no conseguimos entender mucho.

¿Querrá Luzia que la acompañe a su apartamento? Sí, sí, sí, que quiera. Víctor no sabe si se lo tendría que preguntar directamente. No sabe tampoco si, en el caso de que así fuera, se atrevería. Bebe otro poco. Imagina posibles frases. “¿Me llevas al hotel contigo?” Sería mejor que se lo sugiriera la propia Luzia, que le dijera por ejemplo “¿Quieres subir conmigo?” o “¿Te apetece ver mi casita de Madrid?”, “¿Una última copa en el mueble-bar?”.

–No está mal querer saber más, pero es cansado –dice al cabo de un rato Víctor, sin saber qué hacer con las manos, con los brazos. No quiere resultar pesado, pero no quiere interrumpir lo que ha empezado, no puede.

Deja el vaso sobre la mesa.

Luzia le sonrío. ¿Una sonrisa de complicidad? Tal vez. En cualquier caso, una sonrisa. Eso lo salva. De momento.

Él también le sonrío.

–Creía que eras más seria –dice.

–¿Porque soy lingüista? –la sonrisa es ya casi risa.

–No, porque siempre estás seria.

–En el trabajo, claro. ¿Pues cómo sueles estar tú?

–Porque soy el jefe –ahora es él el que está a punto de reír. Hace mucho que sus cuerdas vocales no emitían ese tipo de sonidos. Hacía mucho que no se sentía tan bobo, tan ligero. Se le había llegado a olvidar cómo era eso, que eso existía, que era

posible, que era posible decir banalidades y reír, ese placer casi físico de la risa tonta, ese descanso de la mente.

Sí, él es el jefe, el jefe es él, pero con Luzia tiene una relación distinta. ¿Desde cuándo? Casi desde el principio. No, casi no: la relación con Luzia fue distinta desde el mismo principio, desde que empezó a trabajar con ella, porque empezaron a trabajar juntos casi sin hablarse, como si se dieran miedo mutuamente, mirándose desde la distancia más aséptica, o pretendiendo al menos aparentar eso ante los demás. Y el uno ante el otro, probablemente ante ellos mismos.

Pero un día ella dijo “Debe de ser duro”.

Debe de ser duro.

Puede que fuera entonces cuando le empezó a gustar aquella mujer. Quizá fue entonces cuando Víctor se dio permiso a sí mismo. Le debió de empezar a gustar. A gustar o, por lo menos, a ofrecerle otra imagen. Mejor, una imagen mejor. Porque recuerda cómo al principio, cuando Luzia empezó a venir a la clínica, no le resultaba nada agradable. Tal vez porque llegó en un mal momento. Tal vez porque a los neurólogos no les caen bien del todo los lingüistas. Porque no se fían de la lingüística. A saber por qué. Tal vez porque le pareció demasiado mona. Demasiado mona para ser buena en el trabajo, demasiado elegante, una bella mujer que aparentaba menos años de los que tenía, demasiados menos para ser una buena profesional. Pasaría muchísimo tiempo cuidándose y arreglándose. Prestaría mucha atención a eso.

Pero dijo “Debe de ser duro”, un día en que él dijo que estaba envejeciendo y que se cansaba más que antes o algo parecido. Tal vez que era viudo. No se acuerda. Ella no dijo “Tranquilo, no estás nada mal para tu edad”. No dijo “Estás en la etapa más productiva de la vida” o “La vida es larga”. No dijo ninguna tontería de esas. “Debe de ser duro.” No. “Tiene que ser duro”, y lo dijo en castellano. Estaban con alguien más. ¿Con la enfermera, con la psicóloga? También cuando estaban solos hablaban muchas veces en castellano, sobre todo al comienzo, a pesar de que los dos sabían euskera, Luzia más que él, porque lo había hablado más y porque lo había estudiado en la universidad. Él sabía lo que había aprendido en casa de pequeño. Luego no lo había utilizado mucho. En San Sebastián, cuando iba de vacaciones y para la fiesta de San Sebastián: en la sociedad, con los hijos de los amigos, con los sobrinos. Además de eso, apenas. Este año no ha estado. Le coincidió con un congreso. Tampoco le importó mucho. Le da pereza la tamborrada, el ambiente hiper-donostiarra, las reivindicaciones pro-ETA y la suciedad de la calle, el olor a orines de los rincones. También el euskera le da pereza (aunque no tanto ahora que ha bebido).

Hablaban en vasco sobre todo cuando alguien podía oírlos. No delante de la enfermera, ni cuando la psicóloga estaba cerca. Por supuesto. Poco a poco, empezaron a intercalar diálogos cortos en euskera también cuando estaban solos. Parece que tampoco le importa mucho a Luzia, que no es demasiado militante o que antepone la tranquilidad a cualquier otra cosa cuando están juntos.

¿Qué haría Luzia el día de San Sebastián? ¿Le gustará la tamborrada?

Mira a la Luzia que tiene al lado. Se ha acostumbrado a ella (y eso que no hace ni un año...). Le cuesta recordar cómo era el día a día en la clínica cuando la lingüista no andaba por allí. No puede creer que no le gustara al principio. No, eso sí que se lo cree. Lo cree. Es así como se lo ha narrado a sí mismo. Es así como lo ha guardado en su interior. Sabe que no le agradó. Sin embargo, no puede recordar qué tenía en los ojos, en el corazón, que ahora no tiene o, al revés, qué tiene ahora que le faltaba entonces para poder apreciar la dulzura de Luzia.

Luzia le pone la mano en el hombro al ponerse de pie diciendo que va al baño. A ver si quiere que, de paso, le pida otro *gin-tonic*.

Otra vez agosto, Luzia va por la calle, San Sebastián, un poco antes de la hora de comer, tiempo húmedo.

Hoy tiene Luzia día de manchas. Manchas, máculas, *mater inmaculata*, madre virgen, sin pecado concebida, siempre pura, la que no se manchó ni para ser madre. Desayunando se ha manchado de café el borde de la manga del albornoz. Luego, al ponerse a trabajar, ha tenido que rellenar la pluma porque se le había quedado sin tinta y se ha manchado de azul los dedos, más de lo habitual. Una gran mancha azul desde la punta del dedo índice hasta abajo, casi hasta donde el dedo se une a la parte más ancha de la mano. Es, de todas maneras, una mancha más soportable que la de café, porque es azul y porque el azul no parece tan sucio como el color del café. Hasta la virgen, *mater inmaculata*, suele aparecer a menudo vestida de azul, de azul y blanco. Estos últimos años las manchas del cuerpo de Luzia tienen más que ver con el azul que con el rojo. Las venillas que se transparentan a través de la piel, las manchas que deja la tinta, las raíces del pelo que hay que tapar cada mes en la peluquería. En vez de la sangre roja. Cada mes. La mensual conciencia femenina de lo que hay, de lo que no hay, de lo que ya no volverá. Miedos y alegrías.

Cada mes.

Las mujeres.

Cómo vamos a ser iguales.

Más tarde ha salido a comprar y, cuando llevaba en la calle media hora aproximadamente, se ha dado cuenta de que también en la parte inferior de los pantalones tenía una manchita oscura, redonda, seguramente una salpicadura. Por qué se ha puesto pantalones blancos con este tiempo. Porque le gustan los pantalones blancos y éstos en especial. Ya los lavará, como el albornoz, y se irán las manchas como se le ha ido, casi, la mancha azul de la mano. Pero no se le ha ido del todo. Claro que no puede meter la mano en la lavadora, no hay lejía que quite del todo lo que queda en la piel, se quemaría la piel y no se puede comprar otra. Ropa sí se puede comprar. Lo ocurrido con Víctor será una mancha más que quedará en su piel, entre tantas, que envejecerá y se pondrá amarilla, nunca totalmente olvidada. Se confundirá con otras manchas, con otras aproximaciones amorosas. ¿Amorosas? Pues sí, qué porras. Decide que sí, lo quiere así. Al fin y al cabo, todo seguirá igual. Ella sigue ahora igual esquivando charcos, a pesar de que ya se ha manchado los pantalones y no se los podrá poner esta tarde. Ahora da igual si los besos fueron de amor o no, pero es mucho más bonito pensar que lo fueron. Luzia se queda más a gusto pensándolo así, imaginandoselo así. Eso es: se gusta más a sí misma contándose así lo ocurrido con Víctor, recordándolo así. ¿Qué fue, si no, si no fue amor? ¿Deseo? Deseo físico, diría un pedante. Pero el deseo es un tipo de amor, ni el peor ni el más pobre. ¿Hace falta algo más que deseo, si se da suficiente espacio al otro, al deseado, al dueño del cuerpo que se quiere tocar, al alma que se pretende aprehender en el otro, a lo que sea eso otro? ¿Hay algún amor que lo supere? ¿Hay otro amor? El que te mira te ve y sabe que tú eres tú, otro, otra, no él, no ella, y quiere llegar adonde ti, a estar contigo. Luzia se acuerda de la mirada de Víctor y sabe que la noche en la que se emborracharon juntos Víctor la miraba, que la miraba incluso cuando cerraba los ojos para aspirar hasta dentro el perfume de ella, incluso cuando no podía mantener los ojos abiertos por el humo y el alcohol. Víctor. Una mancha, la marca que deja en la piel todo lo que nos ocurre. Víctor, a quien verá de nuevo dentro de unas semanas en Madrid, en las sesiones de control de la terapia, cuando le pregunte algo sobre la redacción del informe, en sus comidas rápidas y, puede que también, en su cena mensual. ¿Habrá más cenas de éstas, seguirán con el ritual recién inventado con la excusa de que las comidas de los días de labor son demasiado rápidas?

Luzia, de momento, prefiere no pensar demasiado en ello.

Dirige sus pensamientos hacia un terreno más tranquilo al empezar a andar de nuevo, ahora que el semáforo se ha puesto en verde. Sabe que Víctor no la presionará. Que no cambiará el ambiente de trabajo entre ellos, que ni uno ni otro harán nada especial, que no dirán nada distinto, que el tema principal es Eva y que el trabajo los protegerá. Que la gente de alrededor no notará nada. ¿Habrá algo que no se pueda controlar en esas ocasiones? Sí, seguro que sí, porque algo cambia muy intensamente en uno mismo cuando se ha tocado al otro, cuando el otro te ha tocado. Cuando la pasión se ha desatado, aunque sea un poco, aunque haya sido breve. Cuando lo que ha ocurrido ha ocurrido. Habrá tal vez quien no lo perciba. La mayoría. Seguramente los que trabajan alrededor de Víctor y Luzia no lo notarán. Víctor se controla muy bien y seguramente eso será especialmente así en estos temas. Tampoco Luzia se queda corta en lo de controlarse, en lo de no expresarse. De hecho, lo que más le cuesta es lo contrario, dejar a su interior que salga. No, nadie se dará cuenta. Además no muchas veces coinciden los dos delante de los demás. En todo caso, será Eva la que se dé cuenta.

Septiembre. Lluve en Madrid. Lluvia de verano a las seis de la tarde.

Víctor quiere llegar cuanto antes a la clínica. El ruido de la calle. La gente. Hay mucha gente yendo de un lado para otro, cegada por la lluvia, empujada por sus obligaciones, comprando, subiéndose a los autobuses, bajándose de los autobuses, esperando al semáforo.

Había esta misma luz aquella otra vez, cuando iba a buscar a Julia al hospital tras una sesión de quimio. Era verano, probablemente agosto, ese olor de cuando hace calor después de un chaparrón.

Quiere llegar a la clínica, quiere estar bajo techo en esa tranquilidad aséptica. Qué hacer, si no, en un oscuro atardecer de lluvia en septiembre, con la calle llena de charcos, qué hacer, si no hay nadie que lo espere en ningún sitio. Desde que Julia no está, prefiere el camino de casa a la clínica que el inverso. Alarga lo más posible la jornada en su despacho. Muchas veces cena en un restaurante cerca de su casa. Ahora da igual la carga de trabajo. No importan ya las llamadas de los amigos en el contestador de casa. No hay nadie esperando al otro lado de la puerta. No hay nadie en la cama de al lado. Julia no volverá. Nunca, ni dentro de una semana, ni más tarde, no está en el hospital, no se ha ido de viaje. Está ocurriendo, se ha realizado, ha llegado el contenido de aquel miedo anunciado por los resultados de los primeros análisis, aquello que entonces no sabía qué era. Se encuentra ahora en el hoyo sin fondo en el que lo dejó la actividad continua de cuando Julia ya enferma aún vivía, aquel trasiego sin descanso entre consultas médicas, aquel esfuerzo por que los intervalos de una sesión a otra fueran alegres. A pesar de que han pasado años, aún no ha salido de ahí, no ha salido del todo, no ha salido completamente.

La ausencia de Julia, la inexistencia de Julia.

Una vez, Víctor se despertó en medio de la noche recordando una parte de un sueño. Luzia y él bebían en una especie de club oscuro. No había demasiada luz pero el ambiente era agradable, le resultaba agradable. Sin abrir los ojos y aguantándose las ganas de ir al baño, trató de continuar mentalmente con el sueño. Para eso, recordó lo que había ocurrido antes de las vacaciones. Ocurrió. No ha habido continuación, ninguno de los dos lo ha mencionado nunca. Mejor así. Pero, incitado por el sueño, no pudo resistirse a entretener los recuerdos con la imaginación.

En los sueños de Víctor a veces Luzia es Julia, su esposa muerta.

Ya le gustaría que Luzia estuviera hoy en Madrid. Que hoy tocara hacer la prueba lingüística, o mañana, y que Luzia hubiera venido de víspera, por ejemplo.

Por otra parte, es extraño que aquella noche pasaran las cosas como pasaron y que, desde entonces, no haya habido nada más.

Pero tienen que seguir trabajando juntos. Víctor se ha fabricado una interpretación: son adultos, los dos saben lo que saben sobre la química de la atracción física y todas esas cosas, los dos tienen suficiente experiencia. No hay que dramatizar. Ya tienen edad suficiente para saberlo. Luzia es una mujer atractiva y muy libre. Le habrán ocurrido muchas veces cosas parecidas. No hay que dramatizar. Recuerda la especie de juego que establecieron en su conversación. Que los dos eran conscientes de que estaban jugando. Recuerda de nuevo a Julia al intentar recordar pasajes concretos de su conversación con Luzia. No hay que dramatizar, pero se acuerda de Julia y el deseo de tocar el cuerpo de Luzia lo inunda.

¿Les importa a los muertos el que se les expresara amor, el que alguien alguna vez les dijera que los quería? Por ejemplo, Víctor a Julia. Y Eva a su madre. No, a los muertos no, es a los vivos a quienes importa. A Víctor, a Eva. Porque, cuando confesaron su amor, estrecharon lazos y, por eso, ahora el desgarramiento es más doloroso, más áspero, más triste.

Si Dios existe, por qué nos castiga de esta manera. ¿No basta la pérdida, la muerte? ¿Para qué el recuerdo, esa pervivencia del dolor? *Dies irae, dies illa...* y los siguientes días, semanas, años. *In die irae furores sui*. La ira de Dios no ha tocado nunca a Luzia, el furor de Dios. O, si la ha tocado, la ha tocado con suavidad. No ha habido en la vida de Luzia dolores demasiado grandes, ataques insoportables, no se le ha muerto nadie súbitamente.

A Víctor se le forma la frase “Nada en su vida había sido particularmente trágico” al pensar en Luzia. Nada, *ezer ez*. Cree que la mayor tragedia que le ha ocurrido ha sido la separación de su marido, eso es al menos lo que más le ha hecho llorar. Al parecer fue la propia Luzia la que se marchó, según le dio a entender indirectamente a Víctor una vez que salió el tema. Ésa sería seguramente la motivación principal de la separación, la necesidad de tragedia. Quizá todos necesitemos cierta proporción de disgusto en nuestra vida. Es posible que, cuando no ocurre, la provoque uno mismo.

La vida de Luzia sería, si no, demasiado feliz.

A saber. El caso es que Luzia se marchó del lado de su marido, que ahora está sola y, aparentemente, en paz. Pero no sabe Víctor si la paz basta para que Luzia tenga espacio suficiente, para que Luzia esté bien. Como si el bienestar de Luzia le competiera a él... No llega a completar ese pensamiento. Basta.

Al llegar a la clínica, Víctor se da cuenta de que hace mucho que no piensa sobre la jubilación, de que al morir Julia se le fueron todas las prisas, de que ahora le está pasando algo (¿qué?) y de que ese algo le anima a seguir trabajando.

Noviembre, hacia finales. Luzia está con *Taka* en un jardincillo al lado del apartotel, un antiguo tema de los Dire Straits en los auriculares. Viento sur.

Estas últimas semanas Luzia se ha quedado en Madrid: no ha ido casi a San Sebastián, ni los fines de semana. ¿Qué ocurre cuando no sabemos qué nos pasa pero estamos mal, sin razón aparente? Todo va bien, pero no estamos bien. La salud bien, ningún problema con los amigos, nada malo en la familia.

Pero.

Serán las Navidades.

Luzia sabe que estaba así cuando se metió en este trabajo, cuando Roger, su amigo inglés, le propuso que entrara en el proyecto como asesora y ella no le dijo que no. Algunas semanas más tarde le escribió que necesitaban a alguien que siguiera la terapia de la niña afásica, que, como el resto del equipo, era necesario que dicha persona se apañara con el inglés, pero que además tenía que dominar el español y el euskera, que le pagarían los viajes y tal vez algo más, una especie de dietas, que habían solicitado la relación formal con un grupo de investigación de Madrid y que entonces, si eso se conseguía, también daría fondos el ministerio español, que, de hecho, este caso de afasia que querían seguir estaba en Madrid, que vivía allí y que lo trataban allí, que había que empezar a observarlo cuanto antes a pesar de que la financiación no fuera del todo segura.

Luzia siempre ha pensado que ese amigo, un contacto profesional de hace mucho (si se vieran más a menudo sería seguramente un amigo íntimo), es homosexual, o que puede serlo, que al menos podría serlo. Qué querrá decir eso en el fondo, eso de ser homosexual o poder serlo. Que en la práctica, es decir en lo más superficial de las cosas, no le interesa acostarse con mujeres, no lo desea especialmente, y que quienes le encenderían la pasión, dada la oportunidad para ello, serían hombres. Eso le da a Luzia una sensación de paz y, tal vez por eso, su relación no se ha interrumpido nunca. A partir de cierta edad a algunas mujeres sólo las pueden aguantar, sólo nos pueden aguantar, los hombres homosexuales. Porque no tienen miedo, porque hay algo que no les incumbe, porque no les importa algún asunto que asusta a los otros, algún asunto profundo. Luzia no sabe qué es. Indudablemente debe de tener algo que ver con la relación sexual física, o con su inexistencia. Claro. Obviamente. Qué palabra tan bonita: obviamente.

O no.

Tal vez es más algo relacionado con el pensamiento. Quizá es la mente de las mujeres lo que asusta, lo que aleja a los otros hombres, a los que no son homosexuales, porque no saben qué nos ronda por ahí dentro, en ese espacio escondido que les resulta desconocido, en ese otro agujero que ellos no pueden penetrar, en el interior del cuerpo deseado, más allá del cuerpo.

¿Lo sabemos nosotras?

¿Importa? ¿Importa ya o es demasiado tarde?

Además el cuerpo de las mujeres mayores ya no los atrae. No sienten ningún impulso que les haga superar el miedo mental. No hay compensación, ni esperanza de recompensa. Y, así, la distancia es cada vez mayor.

¿Será eso?

Luzia se da cuenta de que sus amores más grandes han sido siempre los que ella misma se ha inventado: sola, en casa, recordando la última cita, programando la siguiente, enviando un mensaje, inventando una frase para dejarla en el contestador o escribiendo una carta. Cómo nos enamoramos con las palabras que inventamos, cuando la relación es nueva, sobre todo si casi no ha empezado y, más aún, si quien provoca el enamoramiento no está presente.

Hay también otra cuestión en estos temas: esa especie de permiso que nos tenemos que dar a nosotros mismos para poder enamorarnos. A veces (para algunos quizás siempre) el permiso no es consciente. En la juventud casi nunca lo es.

*Juliet, when we made love.*

Cuando hacíamos el amor. Un amor de Luzia... ¿Un amor? No sabe cómo llamarlo, porque es alguien a quien aún querría y desearía. No se atreve a llamarlo amante. Tampoco fue novio, no estuvo el tiempo suficiente con él, pero sabe que no lo olvidará. Sea lo que sea, fue él el que dijo que las expresiones como “hacer el amor” se habían perdido en euskera demasiado pronto. Que habría pasado en todos los idiomas más o menos, pero que habían entrado en el vasco más tarde porque tuvieron que pasar del francés al español y de éste al vasco. No duraron ni una generación. Casi para cuando llegaron, los modernos habían empezado a decir cosas como *narrua jo*, porque había muerto Franco y, en nombre de la libertad, todo se convirtió en soez, agresivo y duro. Si no, no se era moderno. Piensa Luzia que si hay que expresar el asunto, para convertir la cosa en palabra expresiones como *narrua jo*, ¿golpear la piel?, ¿hacerla sonar?, le van bien al modo de ser de los vascos; sobre todo si ese *jo* se interpreta como dar golpes, no tanto si es hacer música. Piensa que, de hecho, la música que se toca más suavemente es la del txistu, porque ya la del tamboril se acerca demasiado al otro *jo*, al de los golpes. Y qué decir de la txalaparta...

Cuando hacíamos el amor, Juliet.

Romeo y Julieta. Es tan fácil alimentar el amor con palabras. Y es que es mucho más fácil acertar con las palabras que con los sentimientos. Además, con las palabras se pueden inventar sentimientos, porque las palabras son mucho más simples que los sentimientos, pero pueden parecer muy complejas si se quiere. Los Dire Straits le siguen sonando en los auriculares y su ritmo se le convierte a Luzia en melancolía.

*Taka* se ha acercado a otro perro, se están oliendo mutuamente, pero Luzia no tiene ganas de hablar con el otro dueño. Ninguna gana. El perrito lleva un abrigo verde. Empieza a andar hacia el otro lado, convencida de que *Taka* la seguirá. Esa seguridad. *Taka* no le fallará, más tarde o más temprano vendrá. La fidelidad de los perros. Le da paz. Y tristeza.

Recuerda cómo un día vio con claridad que su marido ya nunca volvería a sentir con ella la alegría de los primeros días, la sonrisa de los primeros años. Sabía, con la misma claridad, que su marido volvería a buscar la chispa del amor o de lo que sea eso que la proporciona. Los hombres son cazadores y el marido de Luzia, seguramente, de los más cazadores. Por eso, Luzia, por no vivirlo cerca, por miedo a ese sufrimiento, se marchó, primero a su interior, luego al extranjero, finalmente al mundo laboral: geográficamente cerca de nuevo, pero protegida. Le dejó el camino libre a su marido.

No se acuerda del día, no se acuerda exactamente de lo que pasaba, ni de dónde estaban, ni de si era verano o invierno. Verano seguramente, porque estaban al aire libre, sentados en algún sitio. ¿La ropa? No se acuerda. Tal vez un día templado de invierno. Se acuerda de su decisión, del cierre, del corte, de su intención de irse. No había pasado mucho tiempo desde el fin de semana que pasaron en Roma. Habían ido a ver una exposición. Se emborracharon todas las noches. Al volver a casa pensó que en las tres noches que habían pasado en Roma habían tenido más sexo que en los meses anteriores. Y, casi a la vez, se dio cuenta de que había empezado a pensar si, de haberse quedado embarazada, tendría que ir a abortar a Londres o habría otras posibilidades. Inmediatamente vio dos cosas con claridad, con crudeza: que ya no quería tener hijos con Martin y que eso le daba pena pero también tranquilidad.

¿Qué buscamos? ¿Qué tememos? Tal vez tememos llegar tarde. *Le temps d'apprendre à vivre, il est déjà trop tard*. Y, mientras tememos, se hace, se nos hace, aún más tarde.

¿Qué tememos?

¿Llegar adónde?

A Luzia le surgen esas preguntas cuando mira a la gente de la calle, se las cuenta a sí misma así, casi con esas mismas palabras, porque, de hecho, no es eso exactamente lo que quisiera saber. Pero también eso es una manera de decirlo, porque tal vez no quiera saber nada específico. Sin embargo al convertir en palabras su desasosiego (¿por qué hará eso?), le surgen esas preguntas. ¿Qué estaremos buscando? ¿Qué miedos nos moverán? Desasosiego, como un vacío dubitativo al mirar a la gente, al ver sus caras, y cómo se mueven para bajar del autobús, o qué dicen y con qué voz empiezan a hablar al encontrarse con una amiga, cómo andan al pasar por delante de una terraza, o la ropa que han elegido para ir a trabajar, o a una cena.

¿Qué buscamos? ¿Qué quería ella cuando dijo que quería llevar a Eva a un parque? Que ver las figuras del belén podría ser importante para ella... La verdad es que no lo sabe. Cree que sí, que tiene al menos una razón teórica para justificarlo, lo de hacer salir los recuerdos de la infancia y todo eso. Pero, en el fondo, es ella la que desea salir con Eva, ir con ella por la calle, un ansia rara de vivir con Eva el roce de la gente al mezclarse con ella por las aceras.

Puede que también Luzia quiera rescatar algo que se ha ido para siempre, como si creyera que con las palabras de Eva le fuera a venir a ella la posibilidad de regresar a los tiempos perdidos de la juventud.

Como si lo creyera.

Luzia es demasiado racional para permitirse eso: actuar como si creyera y según eso que creería si creyera. Por lo demás, no sabe qué otra cosa puede hacer y al menos eso, ese deseo que no entiende, le ofrece un camino por el que seguir, le da, por ejemplo, un plan para pasar el fin de semana. El sábado irá con Eva al centro y pasará con ella el mayor tiempo posible. El domingo se le irá redactando el informe. No es ninguna tontería saber cómo se va a pasar el fin de semana para quien vive solo. Los fines de semana no están hechos para la gente solitaria. Hace falta por lo menos un amigo para poder respirar los fines de semana, es decir, para poder ir al cine.

Tal vez se separó demasiado fácilmente. No les daba importancia a las pequeñas cosas de cada día. Una amiga de aquellos tiempos le solía decir “Es ridículo vivir para otro”. Y era así como vivía ella, para Martin. Tanto cuando estaba con él como cuando no. Qué le iba a decir, qué le iba a enseñar, cómo se lo iba a contar.

¿Tomó demasiado fácilmente la decisión, la decisión de dejarle el camino libre a Martin? Es como si se hubiera cumplido una frase que memorizó para la función del último año de instituto y que ahora le viene a la memoria: “Esa lucidez excesiva te llevará a quedarte sola. No tendrás a quién cuidar”. Su padre siempre la despedía diciéndole “Cuídate”. La verdad es que está en buena posición para cumplirlo. No puede cuidar más que de sí misma, no tiene a nadie más. Eva. ¿Habrá venido Eva para que la cuide?

Tendrían que alquilar hombres para que las mujeres que están solas pudieran salir a cenar, o al cine los fines de semana por la noche sin dar pena a nadie. Bueno, no suele ser pena la mayor parte de las veces, sino autoconvencimiento. Sentimientos caritativos del tipo “Yo estaré aburrida con éste, pero ya le gustaría a ésa...”. Estaría bien lo del alquiler de hombres de compañía. Tendrían que legalizar la prostitución. A muchas mujeres como Luzia les vendría muy bien una prostitución masculina civilizada. Al menos cuando está en Madrid. No, en Sanse sería otra historia. Es tan pequeña esa linda ciudad...

Lo mejor de su actual trabajo es posiblemente eso, que tiene que ir frecuentemente a Madrid, que está obligada a salir. Siempre le ha gustado Madrid, porque es una ciudad grande, porque es ciudad. Cada vez pasa más tiempo, cada vez está más a gusto. A veces se ha quedado incluso el fin de semana. Estas últimas semanas casi siempre.

Todavía no se quiere confesar a sí misma que el haber conocido al médico puede tener

algo que ver con el hecho de estar cada vez más a gusto en Madrid. Todavía no lo ha pensado así. No le ha dado forma en su interior, no lo ha puesto en palabras. Tampoco se lo contaría así a una amiga, o a un amigo. Y es que muchas veces admitimos por primera vez algo cuando se lo contamos a un amigo. Suele ser entonces cuando nos damos cuenta de lo que sentimos o de lo que creemos sentir. Tal vez el tener que contarlas también nos llevará a veces a inventarnos las cosas.

Lo de Eva sí, eso lo admite. El interés que le despierta y algo que cada vez se parece más al amor, esa ternura. Las dos están muy solas.

Eva, porque no tiene a nadie, a casi nadie. Su abuela, su abuela que es demasiado mayor.

Luzia... ¿por qué está sola Luzia? Porque es testaruda y soberbia, porque no encaja en la manera de vivir de los de su alrededor, porque no se conforma, porque se aburre o porque se ha confundido en sus opciones y porque eso ya no tiene vuelta.

Le gustan las ciudades grandes, por el ambiente de las aceras, por los olores de las calles, por los escaparates pequeños de las tiendas antiguas. No le importa tanto el diseño del edificio enorme del otro lado de la carretera llena de coches, ni la ópera que aparece en la guía de turismo, ni los museos o los palacios. Está bien que estén ahí, como contraste, a modo de decorado, como contexto. Pero lo que de verdad le gusta es la gente de aquí para allá. Le debe de venir de la infancia esa necesidad fastidiosa de calidez anónima, aunque se esfuerce en aparentar lo contrario.

Uno de estos días seguramente irá a San Sebastián y se quedará unos días. Tiene que llamar a la veterinaria para ponerle la vacuna a *Taka*. Diciembre no es buena época para eso.

San Sebastián. Volver, volver a los sitios, porque se trata de eso: se vuelve a los sitios. En el tiempo no se puede volver, no se puede regresar al tiempo pasado. Volvemos a los sitios, a ver las rocas del Paseo Nuevo, y las escaleras que bajan a las rocas, ésas que se ven desde encima del Aquarium. Volvemos a ver esos pocos sitios que no han cambiado (porque vaya manía la de las autoridades con tener que cambiarlo todo). Pero con los sitios no vuelven los tiempos. Los primeros abrazos en la terraza del Aquarium, los primeros besos, los primeros roces eróticos. Ella perdió un broche precioso por la pasión de un chico de Orio, y encima no estaba a gusto. O sí. A saber. Seguramente estaría contenta de ver lo mucho que la deseaba el chico, porque debía de pensar que eso era un mérito suyo. Pero su cuerpo no estaba a gusto y, sobre todo desde que se había dado cuenta de que le faltaba el broche, no le compensaba tanto rozamiento, tanta baba, pero seguramente no se atrevió a decir nada. No se acuerda. Ahora las rocas no le aclaran eso. Solamente que el tiempo ha pasado, que sin duda ha envejecido y que el chico de Orio también habrá envejecido, como todos los amigos y conocidos de entonces.

Es bueno darse cuenta del paso del tiempo antes de que llegue la muerte. Si no, seguramente dará más miedo. Casi nunca nos damos cuenta de que el tiempo pasa, de que está pasando sin cesar. Solemos necesitar aniversarios, o ver a alguien que no hemos visto en mucho tiempo y percibir lo mucho que ha cambiado, o hablar de algo con alguien y empezar a contar los años transcurridos desde entonces. Es como cuando nos acordamos con nuestros familiares de la abuela, de las últimas Navidades que pasamos todos juntos.

Ese tipo de cosas.

A Luzia le gustaría preguntar a Eva a ver si se acuerda de cuándo fueron las últimas Navidades que pasó con sus padres, pero sabe que no le contestaría. Hablará con el médico, podrán calcular eso con los datos del historial. De todas formas Luzia no necesita el dato en sí para nada y, además, no sería muy científico ponerse a buscar el dato, la fecha, cuando la paciente no ha dado ninguna excusa para ello. Es ella, Luzia, la que vive obsesionada con las Navidades y con la familia.

Le dice a *Taka* que ya es hora de volver a casa.

9 de diciembre, sábado. Eva y Luzia van por la calle.

El tiempo está frío, húmedo. Primeros días de diciembre. Eva y Luzia van a ver un belén, un belén grande en una plaza pequeña. Luzia pidió permiso a Víctor (porque él es el responsable del tratamiento de Eva) para sacar a Eva, para llevarla a la calle, al ambiente navideño, concretamente quería llevarla a ver un nacimiento en un parque, en un jardín, como ella solía ir de pequeña a ver el nacimiento de la Plaza de Guipúzcoa, cuando la llevaban su abuela, sus padres o la andereño de la ikastola, pero no hay al parecer un belén como aquél en Madrid. Hay belenes, sí, pero están en el interior de iglesias, de edificios como el Palacio Real. Luzia quería que fuera al aire libre y, al fin, a través de Víctor supo que ponían uno bastante grande en la Plaza de la Villa, fuera, en la calle. No sería como el de la Plaza de Guipúzcoa, pero era un belén y estaba en la calle, al aire libre. Al parecer, las figuras eran también bastante grandes. ¿El de la Plaza de Guipúzcoa sería su primer belén? Luzia tendrá en algún rincón escondido de la memoria aquella primera vez que ahora no podría contar. Probablemente, sin darse cuenta, buscaba aquella primera vez cuando se le ocurrió la idea y cuando, después, la presentó ante el médico. El eco de su primer belén la rondaba.

–Déjame llevar a Eva a ver belenes un día de éstos...

La cara del neurólogo refleja un asombro lento. Levanta las cejas y se le queda mirando un rato por encima de las gafas.

–Tenemos que llevar a esta chica a su infancia –sigue Luzia sin retroceder.

–Freud murió hace mucho –responde él con una entonación empapada de ironía.

–¡Por favor, Víctor! –dice Luzia, medio escéptica, pero sin esconder un puntito de enfado. Por qué se atreve a tanto este hombre, por qué se le ha acercado tanto.

–No sé... –dice Víctor con más dulzura.

–No sabes ¿qué?

–Que no sé si no te estás implicando demasiado con la paciente.

–El caso es que para mí no es una “paciente”. Para mí es una hablante que no habla.

–¡Aaaaaah, los lingüistas!

–Yo no la quiero curar. Quiero entender por qué no habla. Bueno, vaya rollo. Ya sabes dónde está el informe del proyecto.

–No habla porque no puede. *Voilà*.

–O porque no quiere –dice tercamente Luzia.

–Da igual –Víctor se ha acercado a la mesa hasta tocarla con la parte delantera de los muslos, se ha quitado las gafas y ha empezado a tocarse el labio con una patilla de izquierda a derecha, suavemente, despacio. No mira a Luzia sino a los papeles de encima de la mesa, pero no los ve. Luzia sí le está mirando a él.

–Pero ¿es que no queremos sacarla de ahí? Y para eso, para sacarla, ¿no es mejor saber la causa? –Luzia, empeñada.

Está cada vez más nerviosa. No sabe hasta dónde puede presionar a Víctor. No conoce al hombre, tampoco controla aún del todo el ambiente de trabajo, aunque lleva año y medio. La nueva es ella, no es una más, tampoco está subordinada al médico. No sabe exactamente dónde está, pero, por otra parte, no tiene mucho que perder. En cualquier caso le atrae algo que la empuja hacia Eva. Algo.

–¿No te basta a ti con la descripción de lo que dice y la lista de lo que no dice? Luego dibujas árboles con esas dos clases de palabras, y ya está –contesta el médico.

El tono de broma es muy claro hacia el final, y eso le da confianza a Luzia.

–Los médicos creéis que sois los únicos profesionales auténticos.

–Y tú pareces una psicóloga...

–Mira, casi preferiría que no me cuentes lo que opinas de los psicólogos, seguró que

en el *ranking* de un neurólogo salen peor parados que los lingüistas.

Después de recoger a Eva, camino de la plaza donde está el belén, Luzia piensa que no dijo nada a Víctor sobre los afásicos que, al parecer, hablan cuando no se les pide que lo hagan. Ella no sabe más que lo que ha leído en un manual, seguro que Víctor sabe más y también Marta, la psicóloga. Ella sabe tan poco que, si lo hubiera mencionado, se habría notado que lo estaba utilizando como excusa, para tapar razones menos aparentes. Al menos habrían podido pensar eso los demás. No se atrevió a decir nada. ¿Por qué no habrán hablado nunca de esa posibilidad? Tal vez descartaron esa hipótesis con Eva antes de que ella viniera a Madrid. No ha visto nada en los archivos, pero debe de haber más documentación de la que ella ha visto. A ella sólo le han informado de los sonidos emitidos por Eva, unas grabaciones, unas torpes fichas descriptivas. Se enfadó al analizarlas. Odia los inútiles cursillos intensivos de fin de semana. Las transcripciones de la psicóloga eran malísimas y no pudo sacar gran cosa de ellas, pero no le dijo nada a Marta, para no estropear aún más el ambiente. Tuvo que volver a escuchar todas las grabaciones ella misma. No hay casi nada el primer año, el segundo sí pero muy poco, prácticamente sólo cosas inclasificables. Luzia, sin embargo, en el fondo no ha perdido la esperanza. Las veces que ha estado con Eva en casa de su abuela ha podido ver que Eva no suele estar tan callada como en la clínica. Emite sonidos, sonidos parecidos a una “m” prolongada, que a veces tienen una entonación rudimentaria. Todavía no les ha dado detalles a los demás. Quiere estar segura.

El aire, las nubes, el olor del frío tienen el color de cuando nieva. Le gustaría poderle decir eso a Eva, que lo que importa es eso, sentir el frío del invierno en la mejilla, el olor del invierno, el recuerdo del calor del verano, ver a la gente en la calle, pensar de repente que a lo mejor nieva, así sin más, y lo que eso hace sentir, sin ponerle nombre. Que vivir es eso. Pero sabe que no se lo puede decir a Eva, que dentro de Eva hay algo roto, agujereado, el dolor mismo o lo que cubre ese dolor y todo lo demás, algo que no le deja oír, sentir, decir, decir nada.

Un día en que la vio particularmente triste la llamó *Evatxo*, Evita en euskera. Le vino a la cabeza sin darse cuenta, pero lo pronunció adrede en voz alta, *Evatxo*.

Intentos, intentos de llegar.

Luzia no puede ceder. Luego la llevará al zoo, si les queda tiempo después de ver el belén. Sí, sí que les quedará. Cogera un taxi. Si no, el metro, a la Casa de Campo... pero es demasiado tiempo, porque luego hay que coger el autobús, el 33, o andar, no es muy largo el camino, pero es incómodo para los peatones. Ya andarán después en el zoo entre las jaulas y las cercas. Sí, irán en taxi. No pudo entender bien el itinerario del autobús 33 cuando lo buscó en Internet. Lo mejor, el taxi, también Eva irá más tranquila. No se dará cuenta nadie, no pasarán demasiado tiempo. De todas maneras, están todos liados con el ambiente navideño: los de la clínica, la abuela, la tata, la cuidadora.

Eva, la pequeña Eva.

Qué pasará en su interior, en el interior de la pequeña Eva, dentro de Eva.

Luzia la ha cogido de la mano cuando el semáforo se ha puesto en verde. Eva no ha hecho nada por soltarse.

Qué pasa, qué ha pasado luego, delante del belén de la plaza, cuando Luzia se ha agachado hasta ponerse a la altura de Eva y ha empezado a cantar una oración de cuando era pequeña. “Jesusito de mi vida, tú eres niño como yo, por eso te quiero tanto y te doy mi corazón”:

*Jesutxo ni bezelaxe*

*haur txikia zera zu.*

*Horregatik maite-maite*

*elkar beti ni ta zu.*

*Elkar beti ni ta zu.* ¿Qué es eso? ¿Era así? Desde luego ella lo cantaba así. Como cuando cantaba *Agur Xuberoa*, que no entendía casi nada. *Elkar beti ni ta zu* se entiende, eso sí: tú y yo juntos, Jesusito de mi vida... Da lo mismo, porque Eva la está mirando y la anima a seguir cantando más alto.

*Bihotz bat det  
eta zuretzat.  
Hartzazu,  
hartzazu!*

Luzia siente los ojos de Eva en los suyos. Sonríe sin querer, no puede hacer otra cosa. Parece que Eva se ha olvidado del belén. Se ha quedado mirando a Luzia como si no hubiera otra cosa en el mundo.

Luzia piensa en la madre de Eva. Debía de ser bilbaína. Es posible que ella también le cantará a Eva una oración parecida al acostarla. O no, sería más joven que Luzia. No lo ha calculado y ahora no se acuerda de los datos concretos. Si ella la había cantado de pequeña, se la cantarían a su niña al menos alguna vez, como ahora se la ha cantado Luzia, si es que la madre de Eva cantaba, si es que rezaba. Luzia no reza, pero les cantarían lo de Jesusito de mi vida a sus niños, si los hubiera tenido. Pero no los tiene. Y no reza.

Luzia está ignorando el protocolo, alterando las cosas, sin seguir ningún orden. Lo sabe, pero hoy no le importa. Están en Navidades. Eva no vive exclusivamente en las sesiones de terapia y control. Tampoco Luzia. Al fin y al cabo, Luzia es una observadora externa, de fuera.

Hoy está entrando adentro, al otro lado, como cuando va a casa de la abuela. Al otro lado de Eva, a su círculo. No llega a formular la palabra "familia" en su pensamiento. No le parece que la abuela y su servicio sean una familia para la huérfana.

La muerte de los padres de Eva no fue una muerte cualquiera. No fue una muerte como la de cualquiera. Los mató una explosión, estando Eva al lado, estando Eva con su madre, con su padre. Desde entonces no ha dicho nada. Desde entonces sueña a menudo con sangre y gritos, con los gritos de muchas madres, de muchos niños, con padres que se alejan. No ha dicho una sola palabra. Cuando salió del coma quiso decir "querer" y "te quiero" y "morir", pero no pudo. Se le enredaba el movimiento de la lengua en los significados.

*Me quiere, me, morir, mamá. Morir. Querer.*

Eva ha ido callada todo el tiempo desde la plaza hasta el zoológico. En el taxi no se ha sentado muy lejos de Luzia, no se ha ido hasta la ventana del otro lado, se ha quedado en medio, Luzia le ha atado el cinturón de seguridad correspondiente al asiento central. Está tranquila. También está triste tal vez, o es Luzia la que ve su propia tristeza en Eva. Le parece que algo le pasa a Eva en su interior, como si le bulliera.

*Trozos. Solamente trozos. Un corazón, corazón. Tú, para ti. Ese hombre. Un paraguas en su mano. Abierto, un paraguas abierto. Lluvia. Calles mojadas, el agua sucia de los charcos, la velocidad de los coches, el ruido del agua. Pies, pies mojados. Frío. Corazón. Un corazón, corazón, frío en el corazón. Un corazón, una madre, mamá: para ti el corazón.*

Lo que más ha interesado siempre a Luzia en los zoológicos han sido los niños, los cachorros humanos. Los padres la deprimen con sus fotos y sus flashes, con sus aspavientos. Sin embargo la mirada de los niños pequeños... No suele tener muchas oportunidades de ver niños de cerca, de estar mirándolos.

Hoy Eva acapara toda la atención de Luzia. De todas maneras, no hay mucha gente. Hace mal tiempo, es día de labor. Mejor, Eva se suele poner nerviosa cuando hay mucha gente. Tampoco había casi nadie viendo el belén, una anciana que pasaba por

allí después de misa y ha hecho una parada antes de ir a comprar. Y un policía delante de la puerta del ayuntamiento.

Al pasar por delante de los tigres, Eva, sumida en un densísimo silencio, se ha quedado mirando a un animal joven. Luzia está leyendo en un rótulo puesto al lado de la cerca de cristal que ese tigre ha nacido en otro zoo europeo. Y que es blanco, aunque eso salta a la vista. “Tigre Blanco (Bengalí)”. Que los de Siberia no son blancos. Lee también que son relativamente pocos los tigres nacidos de madres que están en cautividad, menos que leones.

Qué grandes son los tigres.

Eva está inmóvil mirando al animal.

El tigre empieza a levantarse. Despacio, muy despacio, torpe, como si las patas necesitaran mucho tiempo para acostumbrarse a sostener el peso del cuerpo. Después, alargando las patas delanteras, el tigre blanco se estira.

Eva no respira, tiene los ojos muy, muy abiertos y, de pronto, se oye un dulce hilillo de voz:

–Lino... Felino.

Ha dicho esas dos palabras de repente, sin mover la cabeza, casi tampoco los labios. *Lino*. Pausa. *Felino*. Silencio. Luego le ha mirado a Luzia, esperando una sonrisa. Y Luzia le ha sonreído esforzándose por retener las lágrimas, intentando memorizar que debe apuntar que “lino” podría ser “lindo” sin “d”. ¿O la parte final de la palabra “felino”, la rima?

No volverá a ocurrir. Luzia lo sabe. No volverá a estar ella ahí, junto a esa niña, mirando al tigre. Sabe, sin embargo, que es feliz, que ha sido feliz cuando Eva ha pronunciado esas palabras. Se da cuenta de que ha sido feliz, de que ya ha pasado, pero de que aún está ella ahí, y la niña, y –un poco más lejos– ese precioso animal, y que aún podría decir algo más Eva. Tal vez podría también darle un abrazo, o la mano. Es el momento del podría.

Diciembre, Luzia va en coche hacia Madrid.

Lluvia. Le da al limpiaparabrisas. Ojalá no nieve. Es demasiado pronto para que nieve, pero cualquiera sabe, desde que se están derritiendo los Polos. La semana pasada nevó a no demasiada altitud. Demasiada poca lluvia para que se limpie toda la porquería acumulada en el cristal. Caca. Aprieta el botón para echar agua del depósito. Tampoco queda mucha agua en el depósito. Uno de estos días tendría que hacer una parada y ordenarse la vida un poco. También tendría que comprar ropa. No le vendría nada mal, por ejemplo, renovar los sujetadores. ¿Cuándo compró el último? Ni idea. Era verano. Dos años quizá (más o menos cuando empezó la terapia de Eva en la clínica). No da importancia a comprarse sujetadores bonitos. En otra época sí. Pero hace mucho que no vislumbra la posibilidad de echarse una siesta improvisada con nadie, le cuesta hasta imaginárselo en plan fantasía. Una pereza triste. Por fin el cristal está algo más limpio en la zona que alcanzan las escobillas. El agua del depósito se ha acabado. Tendría que llevar el coche al taller para la revisión. También ella se tendría que llevar a algún taller, a ver si le renuevan el agua de sus depósitos. Es cierto que esta última temporada, estos últimos años, sólo se arregla por fuera, no cuida mucho su ropa interior. Tendría que preocuparse. Se preocupa. No quiere rendirse, no quiere avejentarse. Enciende la radio según va saliendo de los alrededores de la ciudad, una vez que empieza a haber menos tráfico y puede ver un tramo largo libre de coches. Mete la quinta marcha. Una voz llena de odio que habla del sufrimiento de Euskal Herria. Un sacerdote. Que él no puede juzgar a ETA. Luzia quisiera limpiar, como ha limpiado el cristal del coche, todas esas cosas, sobre todo los sacerdotes que dicen no poder juzgar. Pero, como pasaba con el cristal, la porquería se ha acumulado durante mucho tiempo y la poca agua que hay para limpiarla no hace más que embarrar la situación. ¿Y si se quedara a vivir en Madrid? Al menos mientras dure el proyecto.

Irse. Marcharse. Huir.

Si necesita arreglar el coche, ponerse en orden ella misma y, en general, bajar el ritmo, ¿para qué se metió en este proyecto?, ¿por qué aceptó un trabajo que la obligaba a hacer viajes a Madrid? Siempre le ha gustado andar de un lado para otro, pero no pensó que estaría cansada, seguramente fue su yo más joven el que tomó la decisión. La enredó aquel amigo inglés de cuando era más joven. ¿Quién la mandó, en lugar de ir al cine o a un museo, a aquel congreso, si lo que quería durante aquellas semanas en París era alejarse del trabajo? ¿Por qué seguía leyendo cosas de lingüística en la Red?

Nunca supo marcharse, marcharse del todo de nada.

Y en aquel congreso le apareció Roger, que estaba en un proyecto con algunos ex-colegas de Luzia: que se metiera al menos como asesora. Además, al poco tiempo, le dijo que necesitaban a alguien para seguir el caso de afasia bilingüe en Madrid, y que a ver por qué no se animaba. La globalización, redes de redes, Internet.

Le echa la culpa a eso.

Le echa la culpa a eso, pero sabe que es suya la responsabilidad principal, que no ha sido capaz de quedarse en el exterior de los problemas. No sabe marcharse. Tampoco quedarse.

No ha sido capaz de seguir por su cuenta. Sin horario. Vértigo.

Desde que se fue Martin, no necesitaba irse al extranjero para estar lejos. Estar en casa era estar lo suficientemente lejos, lo suficientemente sola. Además tenía que cuidar de *Taka*. Martin se la dejó sin dificultad. Martin nunca quiso mucho a *Taka*. Tampoco a *Taka*.

Vuelve a pensar en los virtuosos sacerdotes castos. No le gustan nada. La llevan a algún lugar donde no hay paz. Ese tipo de gente que es capaz de escribir poesía y

pegar a los alumnos, esa gente que nunca se pondrá nada de un color llamativo. Esos malvados que venden como mérito no hacer el amor, no tener relaciones sexuales. Esos hombres desviados y nocivos que, en lugar de amar a las mujeres y a los niños, aman lenguas y territorios con lo que se les ha dado para amar a las mujeres y a los niños. Suelta el acelerador al darse cuenta de que iba a más de 140 por hora. Intenta cambiar de emisora, pero no pilla ninguna otra frecuencia. Sólo la voz empalagosa del cura recordando al mundo lo que se le debe al Pueblo. Tras una curva, vuelve a meter completamente un CD que estaba a medio expulsar del aparato de música. Beethoven, otro malhumorado como ella, pero que era capaz de hacer una música maravillosa que ella no sabe hacer. Ella podría perfectamente enamorarse de Beethoven y sufrir, sufrir, sufrir de verdad, más que el bondadoso cura de la radio. Sufriría con Beethoven como sufría la mujer que encarnó en el cine Isabella Rossellini, y gozaría también como ella. Luzia sabe bien lo que significa enamorarse de la inteligencia. Eso lo saben mejor las mujeres. Las mujeres son capaces de enamorarse de un tipo feo como Woody Allen. De enamorarse incluso si las perjudica.

Es mucho más duro para uno mismo amar a personas que amar pueblos. La otra persona te disminuye, la impotencia respecto a ella te pone en tu lugar.

El amor al Pueblo es épico. Grande. No tiene límites, siempre vas sobre la ola.

Beethoven, concierto "Emperador", el quinto, segundo movimiento, *Adagio un poco mosso*, Radu Lupu al piano. Radu Lupu, dos sílabas más dos sílabas, ra-du lu-pu. Qué fácil, qué simple, qué bien. La versión no le resulta conocida, no es la que solía oír de joven en casa de los abuelos en aquel disco de piezas seleccionadas de música clásica. Le parece que ésta, la del CD del coche, va demasiado rápido. Demasiado rápido o demasiado seco. ¿Demasiado seco? Lo que sea. Es un CD que compró con Martin. Puede que la otra versión le parezca más auténtica simplemente porque es la que oyó primero. La primera que conoció. Sin más. Ésta es nueva y la novedad es fría, en lo que concierne a la música clásica. Aunque la escuchara una y otra vez, siempre sería posterior a la primera.

Pasado, lo pasado, lo anterior, lo primero.

¿Qué es eso que se ha ido para siempre? Para siempre. Del todo. Aquello. ¿Qué era aquello? Eso que estaba ahí a los catorce, diecisiete y veinte años. ¿A los veinte? También a los veinte, seguramente. Sí. Eso que estaba entero, que no se había roto.

¿Cuándo se rompió? ¿Qué lo cortó, desde cuándo no está, no está entero?

¿Qué ocurría cuando empezaba a acostumbrarse a Beethoven con el otro piano, qué tenía en sí misma que ahora no tiene? Energía. Es energía lo que ahora no tiene.

¿Sabía ella entonces que tenía energía cuando oía a Beethoven en el tocadiscos del abuelo, cuando se reía del abuelo que hacía gestos como si dirigiera una orquesta?

¿Sabía entonces que aquella risa perdería su entereza, lo sabía o es que tampoco entonces era entera y ahora no se acuerda?

También este año ha pasado el verano, hace mucho que pasó y aún falta mucho para que llegue el siguiente. Es invierno, esa otra parte del año que no es verano.

Un invierno será el último, o un verano. Alguna vez será el último verano. Será el último. El último verano. El último, y Luzia no lo sabrá. No tendrá más veranos, morirá tal vez durante el invierno que siga a ese verano, pero Luzia no sabrá eso mientras sea verano.

Cuando vemos a alguien por última vez no solemos saber que es la última vez. Como cuando veía al abuelo dirigir la orquesta. Una de aquellas veces fue la última. Se acabó. No hubo otra vez. No lo volvió a ver haciendo de director de orquesta. Se acabó el abuelo y se acabó Beethoven, se acabaron las risas.

Para en el Hotel Landa de Burgos para tomarse un café con leche caliente. Hay un poco de nieve en el borde de la carretera. Algo más allá el terreno es llano y pelado. Le sugiere a Luzia la sequedad de los agostos de su infancia. A lo lejos las cimas de las

montañas se ven blancas. De todas maneras están demasiado lejos y parecen pequeñas. Primero, el café. Mucho café, largo de café. Poca leche. No, primero al baño. Después, ya en la cafetería, de espaldas a la barra y haciendo como que mira por la ventana, se pone a observar a los pocos viajeros que hay en el local. Sostiene en la mano la taza de café. En una mesa que le queda casi enfrente ve a una mujer joven, gordita, que le recuerda a Eva, un bebé grande. Lleva gafas y lee un libro pequeñito. Una mujer grande leyendo un libro pequeño. Se siente huérfana, aislada, porque no puede querer a la chica gordita, porque sólo puede sentir pena, compasión por ella, a favor de ella. Parece que no tiene otra cosa en su interior.

¿Cómo sabemos que lo que no está no está de verdad, que no está en ninguna parte, que no existe? ¿En qué nos basamos para eso?

Tiene ganas de ver a Víctor, pero no piensa eso exactamente en esos términos. Decide que nada más llegar irá a verlo. También que esta semana andará más tranquila, porque lleva el coche y no dependerá de los horarios del tren. Que hará compras. Que ya es hora de comprar ropa nueva. Hay muy buenas tiendas de ropa en Madrid. Que tal vez pasará una noche más y que podría ir al cine. Que podrían ir al cine. Además, se alegra de que Víctor tenga una pinta mucho mejor que la de Woody Allen. Ella no desea los cuerpos. Es lo que ha dicho siempre, que desear, desea el alma. Pero se alegra de que Víctor tenga un cuerpo esbelto y de que sea tan guapo. Sí, es un hombre bello.

El cuerpo. La pasión inevitable de las madres por sus hijos debe de ser la memoria del cuerpo. Y la memoria de la madre que llevamos los hijos será lo que nos hace buscar los brazos de los demás. Conductos del alma, circuitos hechos de cuerpo. Ahí es donde Eva debe de tener algo roto.

A veces permiten a Luzia ver grabaciones de las sesiones de otros pacientes, por si le resultan de interés para su investigación y para que el tiempo que pasa en la clínica le sea de más provecho. Oficialmente sólo tiene permiso para trabajar con Eva. Ha intentado alimentar la idea de que le conviene ver otros casos. En cualquier caso no le vendrá mal. Eso seguro. Cada paciente es un mundo.

La suya, su Eva, la que tiene que estudiar para el proyecto, es tal vez la más difícil de clasificar. Luzia no sabe. Además le está empezando a parecer que el médico y la psicóloga están tan perdidos como ella. Al principio pensó que lo suyo era por ignorancia, pero los médicos tampoco saben por dónde tirar. Al parecer, con los análisis neurológicos no han conseguido resultados claros. Eva no les deja el más mínimo resquicio por el que mirar en su interior. Tampoco a Luzia. De todos modos, la mira más que a los demás.

El otro día oyó decir a Marta, la psicóloga, que no parece que a Eva le importen mucho las sesiones, que no parece tener ninguna gana de hablar, que no demuestra inquietud, que no parece esforzarse ni que le importe nada de su entorno.

Marta cree que Víctor le presta a Eva más atención que a los demás. Que le importa más que los otros pacientes, que le hace más caso. Que, por otra parte, no quiere ni oír hablar de que presenta muchas de las características del autismo. No lo puede entender: ese afán por considerarla afásica y sólo afásica, a pesar de admitir que es inclasificable y, por ello, más difícil acertar con el tratamiento. Está empeñado con el diagnóstico de afasia traumática. Según él está clarísimo el punto de arranque del problema. La psicóloga piensa que, si la niña no fuera afásica, sería también más difícil de explicar la presencia de la lingüista.

Luzia escribe casi siempre lo mismo en sus fichas, día va y día viene, después de cada visita: "No dice nada, no ha pronunciado una sola palabra ni ningún sonido articulado". Algunos días ha podido escribir "algún sonido inarticulado" y, la mayor parte de las veces, ha tenido que añadir algo así como "me resulta imposible transcribirlo". Alguna vez ha intentado hacer una transcripción aproximada.

En la ficha de ayer escribió algo parecido a lo de otras veces: “el sonido más parecido sería una nasal bilabial: [m]. El sonido ha durado mucho más de lo que duraría como sonido de una palabra corriente y la paciente no ha abierto los labios al terminarlo; no hay entonación como en el habla normal, aunque no se puede negar que existe cierta prosodia, cierta entonación y, simultáneamente, una gran lentitud; no es (entre otras cosas por esa especie de lentitud) una entonación con la que se pudiera cantar, sino otra cosa (tendrían que analizar la frecuencia fundamental en el laboratorio)”. Al escribir “palabra corriente” Luzia pensó en las consonantes de la palabra “mamá”, pero no le pareció el mejor ejemplo, no quería complicar las cosas. Pero se le complican. Estuvo a punto de añadir “como si quisiera comunicar algo”, pero lo borró nada más escribirlo.  
*Select. Delete.*

En las ocasiones en las que ha estado con Eva fuera de la clínica le ha oído emitir ese tipo de sonido con más frecuencia, pero ha hecho como que no se daba cuenta, para no asustar a Eva, para no estropear ese ambiente tan raro que hay en casa de su anciana abuela. Parece que, cuando no se le pide, cuando no hay nadie mirándola directamente, cuando la niña está a su aire, habla más, al menos si se le puede llamar hablar a lo que hace. Tiene que leer más sobre los afásicos que pueden hablar cuando no se les pide que lo hagan. Lo tendría que comentar con Víctor. ¿Por qué no le ha dicho nada de esto todavía? Parece que Luzia se quiere guardar la hipótesis, como si fuera un tesoro. Pero no es una hipótesis, porque no sabe lo suficiente para llegar a tanto.

Víctor le dice repetidamente a Luzia que no puede entender qué ha ocurrido en el cuerpo de Eva, en su mente, qué se le ha roto, para que no haya podido salir de esa situación en todo este tiempo. Esa rotura de ésta y de sus otros pacientes es algo que supera a Víctor.

El historial de Eva dice que sus padres murieron a consecuencia de una explosión. Que la niña estuvo en coma durante diez días y que desde entonces no ha podido hablar, ni una sola palabra entera, que no ha dicho nada que se pudiera entender. Cada vez menos, hasta que el silencio total se ha convertido en su comportamiento más habitual a lo largo de semanas, meses.

Después apareció Luzia.

Claro que, como apuntó el otro día Víctor, puede ser mera casualidad.

Sí, claro. También Luzia sabe que el que dijera “Aita” estando ella allí pudo ser mera casualidad, que, aunque Luzia no hubiera venido, a Eva se le habría abierto en algún momento una ventana en algún lugar escondido de su mente y que habría dicho, si no esa palabra, otra...

Luego, las dos palabras que dijo delante del tigre.

De momento no sabe qué hacer y no se las va a recordar a Víctor. No sabe si él las recordaba cuando dijo lo de la mera casualidad. En aquel momento Luzia sonrió suavemente, más con los ojos que con los labios, sin que Víctor se percatara.

Lino.

Felino.

Tendría que revisar las notas de estos últimos días. No ha tenido tiempo últimamente. O tiempo sí, pero no ganas. La verdad es que no sabe cómo se le ha ido el tiempo estos días. Va a tener que utilizar el fin de semana para adelantar trabajo. No, el domingo celebran el cumpleaños de su hermana. No habrá más remedio. Comerá demasiado. Beberá demasiado. Fumará demasiado. No está trabajando como debe. No llega. Así no avanza, no se centra. Se ha olvidado hasta de Beethoven, a pesar de que le sigue llegando a los oídos. Cuando termine la pieza apagará la música, pero ahora le va a dedicar toda su atención.

Luzia espera a Víctor en la barra de la entrada de un restaurante elegante. Fuera hace frío.

Cuando han concretado la cita, Víctor le ha dicho que el restaurante estaba cerca de la salida de abajo de la Residencia de Estudiantes, en una villa, que no le resultaría difícil encontrarlo, porque la calle, la calle Pinar, es corta y sólo hay unas pocas casas rodeadas de árboles grandes, que algunas son embajadas extranjeras. Desde donde está sentada Luzia ve a una familia joven que ha debido de venir de una de esas casas y posiblemente está esperando a los abuelos. Dos niños, uno aún en el cochecito y el otro también pequeño, ¿cuatro años? Esa voz alta, la alegría del movimiento rápido de unas cuerdas vocales pequeñas. Siempre le responde la madre. El padre está callado, bien vestido, intentando leer el periódico, comiendo almendras que va cogiendo de vez en cuando de un platillo que tiene delante. Luzia se pregunta hasta dónde le llegará al niño el silencio de su padre, hasta dónde lo penetrará, hasta cuándo le durará.

Las malas noticias del periódico. La oscuridad del mundo. No parece que la crisis recién comenzada afecte a la joven familia. Le da rabia la soberbia de los ricos, que son bastante numerosos en Madrid, esa naturalidad. Pero a Víctor se lo perdona. Aprecia la elegancia de Víctor, su distinción, el que conozca lugares y restaurantes agradables.

Cuando le han preguntado si quería algún aperitivo mientras espera al doctor Belaúnde, ha pedido, como casi siempre, una cerveza. Tomará vino con la cena, o no. Ahora ya se puede pedir cerveza en cualquier sitio sin provocar escándalo. A pesar de eso, sabe que Víctor hoy, aquí, no pedirá cerveza. O sí, por Luzia.

La esbelta imagen de Víctor aparece entonces en su campo de visión y Luzia dirige la mirada al recién llegado según levanta la mano saludándolo. Se ha quitado el abrigo gris que tanto le gusta a ella y se lo está dando a un camarero. ¿Habría Víctor con su hija cuando era pequeña? ¿Le contestaría cuando le hacía preguntas? Seguramente sí. Eso es lo que Luzia quiere creer.

Y se imagina a Víctor y Julia con la niña, los imagina con ese aspecto que adoptan las parejas cuando los niños empiezan a crecer, con ese cobijo que les da el formar una familia, un equipo ante el mundo cuando van andando por la calle con los hijos que están criando para que sean hombres y mujeres cualquier tarde de otoño, esos padres aún jóvenes, esa fuerza colectiva que Luzia jamás ha tenido, esa fuerza de equipo, la satisfacción de haber hecho una familia, ese pequeño mundo, su mundo frente al mundo, esa cápsula fabricada por ellos mismos. Los imagina volviendo a casa después del trabajo, a su nido, a ese sitio en el que Luzia no tiene cabida. Mientras tanto Luzia ha seguido sola en coche, en bicicleta, a pie o en moto, suelta, siempre en la misma dimensión, sin cambiar de planeta, sin cápsula en la que protegerse.

Ahora viene, le viene, Víctor.

–¿Qué tal la operación? –pregunta Luzia, que, a punto de perder el equilibrio al levantarse un poco del asiento para darle dos besos, siente firme la mano de Víctor en el brazo, sujetándola.

–Bien, larga y agotadora, pero ha ido mejor de lo esperado. ¿Y tú? ¿Qué tal la sesión sin mí?

El niño pequeño de la pareja de al lado empieza a llorar.

Luzia no aguanta a esos niños aburridos de padres vagos. ¿Para qué los han traído a estas horas a un restaurante? ¿Para qué los han traído al mundo? Ella no tuvo tiempo, o ganas, o posibilidad. Después se alegró. Ahora está Eva.

–Tampoco hoy ha dicho nada, pero parecía tranquila y que oía lo que le decíamos. Ha sonreído más de una vez, me ha enseñado sus cuadernos, los dibujos del otro día. No le hacía ni caso a Marta y, en algún momento, la situación ha sido un poco

desagradable. Creo que Marta está enfadada, que tiene celos porque me hace más caso a mí. La verdad es que ella estaba desde antes y que es la psicóloga que lleva el caso.

–Tendríamos que utilizar alguna vez esos dibujos para hacer un ejercicio de vocabulario, para preguntarle por los nombres de lo que ha dibujado –dice Víctor esquivando el asunto de la psicóloga. Luego se queda callado un rato.

Por un momento le parece a Luzia que la madre de Eva se la dejó. Aunque no se haya ido para que la cuide ella, ya que se ha tenido que ir... Preferiría no haber pensado eso, pero ya es tarde para retroceder. Ha ocurrido. Lo ha pensado. Lo ha pensado en esos términos.

Se le está haciendo largo el silencio de Víctor y empieza a dudar de si ha dicho algo inconveniente. Tratando de recordar sus últimas frases. A lo mejor, lo de la psicóloga.

Entonces Víctor, como si saltara de repente desde sus más recónditos pensamientos a la realidad cercana, comenta que es llamativa esa tendencia de los humanos a buscar lo que los perjudica, esa especie de mecanismo, y cómo la alimentan, cómo la intensifican.

–¿Por ejemplo? –pregunta Luzia, sin grandes esperanzas de obtener una respuesta clara. No sabe si Víctor está pensando en la psicóloga o si se trata de otra cosa.

–Cuando alguien dirige todo su ser, su persona en cuerpo y alma, hacia un solo objetivo, es muy peligroso hacer algo que vaya en contra de ese objetivo. El que por encima de todo quiere conseguir algo hará daño a otros o a sí mismo con el arma más dañina que tenga a mano. En una situación así no sé quién es más temible, el más poderoso o el que parece más débil. El subconsciente humano está repleto de recursos para el conflicto y en esa pelea puede uno llegar a enfermar.

–Yo siempre pido permiso –dice Luzia, y añade enseguida– Perdón por el egocentrismo. Además no sé seguro por qué lo he relacionado con lo que has dicho.

–Por lo del conflicto, por la capacidad de hacer daño a otros, ¿no? Y puede que yo también esté hablando de mí mismo.

Luzia maldice su incapacidad para quedarse callada, ese tener que contarle todo y lo de pedir perdón luego. ¿Será para que la quieran? Para que la acepten. Al menos que la acepten, que la acepten los demás. Tal vez para compartir la carga de la vida. Necesidad de complicidad.

¿Le estará pidiendo permiso ella a Víctor? ¿Permiso para qué?

A Víctor le gustan las mujeres de labios finos o, más exactamente, los labios finos, los labios finos de algunas mujeres. Los de Luzia. Le dan ganas de morderlos, de coger suavemente el labio superior con los dientes y morderlo un poco, un mordisquito. Pero él no lo sabe aún, no sabe lo del mordisco. Simplemente, según acerca a sus labios el Campari que le acaban de traer, observando el perfil de Luzia piensa que las mujeres de labios finos son bonitas, que Luzia es bonita, que es una mujer bonita.

Le viene a la memoria la forma de comer higos de Julia. Le viene físicamente a la memoria. Como si se le mojaran las manos a él. Los dos en casa y Julia abriendo los higos desde el centro con la uña del pulgar. A Víctor nunca le ha gustado mojarse las manos con líquidos pegajosos como el de los higos. Pero Julia comía los higos así. Él lo recuerda así. Cosas. Los primeros planos de algunos gestos. La manos de Julia abriendo un higo y, después, Julia comiéndose el higo. Los labios de Julia. Como si ahora no hubiera nada más en el mundo.

De pronto Luzia se da cuenta de que hay música en la cafetería. No sabe si estaba desde el principio y ella no se ha dado cuenta. La de ahora le parece especialmente bonita, esa voz. Si estuviera sola, no lo podría aguantar. No soporta las baladas. No sabe qué le recuerdan, no sabe de dónde le viene esa desazón. Seguramente la primera vez que oyó baladas pensaba que las cosas iban a ser muy distintas. Que la vida cambiaría, que el entorno, que todo, sería mejor cuando ella fuera mayor, que el

mundo iba a ser diferente a partir de entonces. Mejor. Más amable. Puede que las baladas le sugirieran eso cuando era joven.

Un espejismo.

Un espejismo. Reflejo, como dice la primera acepción del diccionario, y, como la segunda, ilusión, concepto sin realidad.

Luzia vive como si su vida fuera a cambiar totalmente de un momento a otro. Vive o ha vivido así. Un cambio total. Pensamiento, sentimientos, ritmo interior. Como si de repente fuera a nacer otra Luzia, una Luzia completamente nueva. Como si cualquier día fuera a despertar ordenada, bien organizada, fría y calculadora, se ha propuesto tareas que no le correspondían, compromisos que no eran para ella. Por eso ha vivido siempre sin poder llegar. Este proyecto le ofrece un quehacer proporcionado. Además la responsabilidad principal corresponde a otros. Ella no tendrá que invertir el tiempo que necesita para sí misma.

Cada uno tiene que poner lo que puede, llegar hasta su puesto. Nada más. Ella, las idas y venidas de Madrid, las transcripciones y los comentarios, alguna explicación de vez en cuando en las reuniones del equipo. La perfección no importa tanto. No existe. Ha aprendido a perdonar, quiere aprender a perdonar, a perdonarse a sí misma. Ahora está dispuesta a aceptar una perfección imaginaria, a creer que, a ratos cortos, existe, que durante segundos se puede salvar el alma o el cuerpo, que al menos el cuerpo se puede entregar.

¿Está dispuesta... o lo necesita?

El espejismo de Luzia cuando creyó que podría vivir bien sola, cuando el amor de Martín se terminó.

El espejismo de Víctor cuando le daba envidia la libertad de los que no tenían mujer. O no, ¿no era tal vez un espejismo? Puede que no haya podido comprobarlo todavía, porque él aún tiene mujer, pero está muerta.

Un camarero se acerca a decirles que su mesa está preparada. Luzia confiesa que tiene hambre, lo cual alegra a Víctor, que se sorprende de su propia alegría.

### III

**Passa il tempo sopra il tempo  
ma non devi aver paura,  
sembra correre come il vento  
però il tempo non ha premura.**

Passa il tempo sopra il tempo"Fabrizio de André,  
"La stagione del tuo amore"

24 de diciembre. El ruido de la calle. El sonido de los coches, de las ruedas sobre el asfalto mojado. Voces de gente en los bares. Aún no se han ido todos a cenar a casa. Un hombre anda deprisa por una acera relativamente estrecha del centro de San Sebastián, Víctor. Charcos. Hace frío, está oscuro, pero hay muchas luces encendidas. Hace mucho que dejó de creer en las Navidades, al menos eso es lo que pensaba. Da igual. Lo que ocurre por sí mismo, sin piedad ni excepción, no tiene necesidad de fe para perdurar en sus ciclos, para volver a ocurrir una y otra vez, cada año. Pero este año ha hecho algo voluntariamente, ha dado impulso a algo. Ha sido la primera vez. Ha huido de pasar la Nochebuena solo. Ha tomado una decisión.

De niño, las cosas como la Navidad ocurrían sin más, era como el ir al cole, como el tiempo de jugar, o como los veranos y los inviernos. También de joven las Navidades le llegaban en una determinada época del año, entre el primer y el segundo trimestre. Volver adonde sus padres durante un par de semanas, reunirse con los amigos en San Sebastián, ir a ver a los parientes y recibir sus visitas en casa. Cuando se casó, su mujer le proporcionó lo que antes recibía de su madre. Nunca tuvo que preocuparse de la cena de Nochebuena o de la comida del día de Navidad, o de la de Año Nuevo. Únicamente tenía que recordar que en los días señalados tenía que terminar el trabajo antes. A veces tenía que comprar algún regalo, que su mujer había elegido de antemano, para ella misma o para su hija. No había alternativas, no había dudas, ni preguntas, ni decisiones que tomar. Más tarde, cuando Julia enfermó, su hija se encargó de lo de la cena, siempre con el miedo de que fuera la última de su madre. Y así fue una, la última Nochebuena en la que Julia aún vivía, hace ocho años. La última. La-úl-ti-ma.

Para las primeras Navidades sin Julia, se fue a Estados Unidos, a donde entonces estaba su hija, a California. Pero perdió una conexión y no llegó a la cena de Nochebuena. Cenó una porción de pizza en la terminal del aeropuerto en el que hacían escala. Cuando llamó a su hija para decirle que cogería el siguiente vuelo, ésta le dijo que no importaba, que no se preocupara, que en Estados Unidos no se celebraba la noche del 24, sino el propio día de Navidad, el 25.

Se reunieron con colegas de su hija para comer. No parecía Navidad, pero era Navidad. No hacía frío, hacía casi calor. También su hija parecía otra en Los Ángeles. No hablaron de Julia, ni él ni su hija.

El dolor de la muerte. Ese sabor agrio en el paladar, eso que es más olor que sabor, tal vez porque el paladar está muy cerca de la nariz, tal vez porque es demasiado amargo para poder soportarlo como sabor, tal vez porque es demasiado doloroso para que lo interiorice un solo sentido, y tal vez porque es demasiado grande para ser aguantado incluso sumando gusto y olfato, tal vez por eso, ese dolor punzante que baja atravesando la garganta.

Las siguientes Navidades pasaron sin ocurrir, se fueron, han pasado, sin más, gracias al bendito trabajo. Siempre hay algo que hacer, algo que leer, que pensar, que investigar, que escribir, que terminar, que empezar. Su hija creía que estaba con amigos y los amigos creían que estaba con su hija. Nadie preguntaba demasiado, él tampoco explicaba mucho.

Lo suficiente. Lo suficiente para que los demás se quedaran tranquilos.

Lo suficiente.

La vez que estuvo donde su hija, Víctor se emborrachó casi hasta ponerse malo. Lo achacó al cambio de horario, pero ciertamente había bebido mucho. Se sentía mal por el tiempo de trabajo que estaba perdiendo, por la alegría ambiente, por el trabajo que estaba dando a su hija. No estaba a gusto con los amigos de ella. Su hija tenía su mundo, su paisaje, su trabajo y sus colegas, aquellos colegas que hablaban en inglés con ella, que hablaban sólo inglés también con él. Aquella mujer independiente que vivía en un apartamento puesto con mucho estilo era su hija.

Entre sus colegas había un hombre joven que, por su manera de moverse, daba la impresión de haber pasado días y noches en aquel apartamento. La hija no dijo nada al respecto y el padre lo agradeció. Todo se le hacía lejano. Su hija era toda una mujer y él, Víctor, no sabía cómo encajarlo, no sabía qué hacer. Además no tenía ganas de hacer nada, no tenía energía. Julia no estaba, no estaba en ninguna parte, no estaba para siempre, Víctor no sabía dónde colocarse, no sabía qué significaba para él la ausencia de Julia, cómo responder a eso, qué hacer, cómo vivir.

El dolor de la muerte.

No ha vuelto adonde su hija en Navidades. Ni en Navidades ni fuera de Navidades. Ella lo ha venido a visitar algunos veranos. Tampoco todos los años. Los investigadores no suelen tener vacaciones largas, a veces no tienen vacaciones. Él no le pide más, le basta con saber que está bien, que tiene amigos y salud, que disfruta de su trabajo y que tiene la oportunidad de hacerlo. Entiende perfectamente que se haya quedado en Estados Unidos. Ya es más de allí que de aquí. Es allí donde aquella chica joven se ha convertido en mujer.

Hoy por la mañana han hablado por teléfono. Que está bien. Que un beso.

Llega a la Avenida, a la Avenida de la Libertad. En la infancia de Víctor se llamaba Avenida de España. Queda más lejos de la estación de lo que creía, de lo que recordaba. Puede que no haya elegido el camino más corto, la verdad es que no se ha fijado mucho. ¿Llegará tarde? No merece la pena empezar ahora a llamar por teléfono. Luzia sabía en qué tren venía y que probablemente no habría taxis en la estación.

Durante unos segundos imagina la cara de Luzia, al principio le ha venido sin querer, luego ha seguido conscientemente dibujando la imagen de Luzia. Cómo toma notas Luzia en las sesiones con Eva. Se la imagina con una falda roja. Luzia apareció con una falda roja cuando empezó a trabajar en Madrid. Hacía calor. ¿Cómo estará vestida ahora en casa? ¿Se cambiará para recibirlo?

Le ha traído un libro. No está muy satisfecho, pero no se ha atrevido a comprarle otra cosa. Una novela, escrita por una mujer. La ponían bien en un Babelia. Ya se le ha olvidado el nombre de la autora. El título es corto, *Memento*, una reedición. Si no, un perfume. También pensó en eso, pero cualquiera sabe... El de Luzia le gusta, penetrante pero muy suave. No sabría decir cuál es. Julia se lo diría.

Julia, otra vez Julia.

Es una de esas ocasiones en las que Julia se le aparece como si hubiera estado la víspera con ella, pero en una víspera lejana, muy lejana, como si Julia le pudiera responder desde lejos, desde una enorme distancia atemporal, como si estuviera dispuesta a responderle sobre esto desde allí.

Claro que comprarle a Luzia el perfume que usa normalmente sería demasiado íntimo, y tampoco muy lógico darle como regalo algo que ella compra habitualmente.

También comprará novelas, por supuesto, pero es otra historia.

Ya le ha regalado una novela alguna otra vez, con dedicatoria y todo. En ésta no le ha puesto nada. No sabía qué escribir, tenía prisa. Lo que le puso en la anterior le costó mucho, dudó entre escribir o no algo. Le daba vergüenza. Ahora se alegra de haber hecho lo que hizo: de haberle expresado a Luzia su buena disposición. De haberse atrevido.

Un año y cuatro meses desde lo de la falda roja, desde la llegada de Luzia a la clínica. Sin embargo parece que fue hace muchísimo tiempo. Víctor se acuerda de cómo pensó, cuando le presentaron a Luzia, que aquella mujer no tenía ninguna necesidad de ponerse a trabajar. ¿Por qué se le ocurriría eso, precisamente eso, antes que cualquier otra cosa? Seguramente construyó la frase como pudo con las primeras palabras que encontró para su mal talante. Para mantener la distancia. Para establecerla tal vez. No lo sabe seguro. Que aquel día estaba de mal humor sí, eso sí es seguro. No le gustaba la idea de tener a alguien más en el equipo, alguien de fuera que venía a investigar algo que él no acababa de entender. Aún peor: que venía a observar una terapia que ya llevaba meses funcionando. Una controladora. Todavía no sabía que ese alguien era Luzia, ni lo que Luzia iba a ser para él.

Cuando vio a Luzia por primera vez no quiso reconocer que su imagen le agradaba. Tal vez en aquel primer momento no le agradó. Todavía.

No le valieron de mucho sus intentos de distanciamiento. Ahora lo sabe. Se alegra, pero no se lo cuenta así a sí mismo.

Desde que Luzia empezó a trabajar en la clínica, no ha habido un solo día, ni uno solo, en el que no haya pensado en ella. Pensar, recordar, fantasear. Una fantasía que ha tenido muchas veces es que él le preguntaba por qué se separó de su marido, y que entonces ella le contestaba que estaba demasiado triste y que no sabía qué hacer, cómo ayudarse a sí misma a salir de aquella situación, cómo ayudar a su marido a aguantarla. Que a partir de un momento se le hizo insoportable. Que seguir cada uno por su lado había sido lo mejor para los dos. A veces cambia la respuesta un poco. La abrevia. O no llega a la respuesta, porque corta la fantasía para poder centrarse en otra cosa.

El caso es que nunca se lo ha preguntado. A lo mejor no se lo preguntará nunca. Seguramente.

En su fuero interno llama “trocitos de cielo” a las fantasías que tiene con Luzia, a los sueños que continúa voluntariamente. Sabe que es bastante cursi llamarlos así, pero, como no los comparte con nadie, se permite darles tal nombre... Es así como lo escribiría en su diario (en el diario iniciado como terapia después de enviudar), pero aún no ha escrito nada sobre Luzia. Cómo es posible. La verdad es que tiene bastante olvidado el diario últimamente y que no escribe nada, ni sobre Luzia ni sobre ninguna otra cosa.

Tampoco antes hacía más que poner la fecha muchas veces, porque los días no le traían ninguna novedad. A partir de cierto momento, cansado de empezar siempre poniendo “Madrid”, no escribía ni el lugar. Solamente la fecha. Le parecía que poner la fecha en el papel lo apaciguaba, quizás porque le recordaba que el tiempo avanzaba, quizás porque le hacía creer que estaba cumpliendo con su obligación. Ahora en cambio no hace falta empujar al tiempo. Avanza por sí solo. Puede que demasiado rápido.

Sabe que Luzia se ha presentado a la convocatoria de un grupo de investigación suizo para el año que viene. Le pidió una carta de recomendación en noviembre. Es muy posible que se lo concedan, el currículum de Luzia se adecuaba bien al menos a uno de los perfiles que piden y él le escribió una buena recomendación, la que se merece, una carta en la que decía que ha estado adscrita durante año y medio a su equipo de Madrid y que es buena en el trabajo, que tiene ideas, que se entiende bien con el grupo, con la paciente; que, además de saber fonética, es hábil en el análisis de los casos, que tiene algo más allá de sus estudios y títulos, un don, y que encajaría muy bien en un equipo de investigadores que trabajan sobre la relación entre la voz y los gestos. Le darán la respuesta de la Universidad de Ginebra en febrero. Víctor no quiere pensar en ello, pero no puede quitárselo de la cabeza. Le enturbia un tanto la alegría de la cena. Por otra parte le da valor para ir a cenar con Luzia, la fuerza de llegar

donde ella, le da libertad. En última instancia, el año que viene probablemente estará lejos, o al menos está dispuesta a estar lejos. Luzia está ahora dispuesta a estar lejos el año que viene.

¿Y Eva? ¿Qué hará Eva sin Luzia? ¿Habrà pensado Luzia en eso? No pueden dejar a Eva sin protección ahora. Suiza está demasiado lejos para que venga a ver a Eva y Eva se ha acostumbrado a ver a Luzia con cierta frecuencia.

Calle Urbieta.

¿Y Luzia? ¿Se ha acostumbrado Luzia? Diría que sí. Luzia no es madre. No ha tenido hijos. Tal vez no pudo (¿será por eso por lo que se separaron ella y su marido?), o no quiso, o los dos, su marido y ella, no quisieron. En cualquier caso es seguramente una pena que Luzia no haya tenido hijos: que la primera experiencia cálida de alguien no haya sido la de la piel de Luzia, la de su vientre, la de su pecho.

Algunos peatones han empezado a cruzar la calle antes de que el semáforo se pusiera en verde. Han tenido que correr los metros finales porque ha aparecido un coche. A Víctor no le gusta correr y dar saltitos en la calle. Cuestión de estética. Prefiere esperar. Luzia le dijo que, al menos si no le importaba, no le iría a buscar a la estación. Que prefería quedarse en casa a preparar la cena. Que, además, no le gustaba nada el ambiente de Navidad, sobre todo el del atardecer del 24. Que eso, unido a la tristeza de la Estación del Norte, sería suficiente para sumirla en la más negra depresión.

Víctor, desde el otro lado de la línea, notaba que Luzia sonreía al decir eso. No le costó aceptar la propuesta de llegar por su cuenta a casa de ella. Iba a ser la primera vez que vería a Luzia en San Sebastián. La primera vez que estarían fuera de Madrid los dos juntos, la primera vez que Luzia lo acogería en su casa para una noche.

*Holy night.* Noche bendita. Cobijo.

Al subir el bordillo de la acera del otro lado, mira hacia abajo y ve la punta de su zapato. Sus zapatos. Unos zapatos Berry. Ese dibujo hecho de agujeritos. Las salpicaduras del agua de la calle. Gotas encima y al lado de esos agujeros hechos en el cuero del zapato. Julia. Julia eligiendo para Víctor una americana con sus correspondientes zapatos, los de lluvia y los más ligeros, por si acaso, la tarde anterior a que Víctor se marchara a un congreso. Él, con la americana puesta, presentando su ponencia. Y las ausencias de Julia ahora. No se puede explicar, no se puede contar el dolor de la muerte. No hay palabra adecuada, no hay palabras suficientes. El dolor es demasiado duro, demasiado rígido, demasiado seco, y las palabras no lo suavizan.

No suavizan eso ni lo siguiente, lo que Víctor siente ahora, lo de después del dolor, ese vacío, ese mal, esa impotencia.

Aquella otra mujer que conoció en aquel congreso, aquella mujer atractiva. Cómo se llamaba... ¿Erika? Sí, puede que Erika. Era alemana o era al menos de habla alemana. Víctor se da cuenta de que no se acuerda bien. Siente cansancio e impotencia. La tentación de rendirse. No entendemos mucho sobre nuestra relación con los demás. Tiene que admitirlo, no ha avanzado mucho a pesar de haberlo intentado durante muchos años.

Tentación. La tentación de envejecer. El deseo de apagar la luz.

Luzia se marchará. Vino para marcharse, vino para un tiempo limitado, para dos años de proyecto. Pero luego no lo parecía... Parecía de siempre, para siempre. ¿La retendrá Eva? Si por lo menos se quedara por cuidar de Eva. Seguro que el proyecto se puede prolongar o es posible que empiece otro. El equipo con el que Luzia está colaborando es potente. Pero... ¿querrá ella seguir?

*Aitarenganako denbora zait bete, hona orain zenbat zaituztedan maite,* cantaban en las misas populares de los jesuitas de la calle Garibay los domingos por la mañana: "Me ha llegado el tiempo de volver al Padre, ahora que os quiero tanto". También fueron jesuitas los que le enseñaron en el colegio que el deseo físico era pecado, una debilidad. Que, si no se controla, puede adueñarse de uno. Es verdad que quita tiempo

de trabajo, que seguramente será así. Víctor ya no se acuerda del tiempo de trabajo perdido por el amor. Hay personas que eliminan de sus vidas para siempre el deseo, la querencia por el cuerpo del otro. Parece que a otros se lo ha quitado la vida. La compensación es la tranquilidad, cierta tranquilidad triste. Víctor estaba así.

Ahora no está así.

No está así y siente la necesidad de arreglar algo. Él es como es. Quisiera arreglarlo todo. Pero sabe ya (¿desde cuándo?, ¿desde siempre pero hasta ahora no se ha atrevido?) que algunas cosas no tienen arreglo, muchas cosas, tal vez la mayoría, casi todas, las que más importan... Porque casi todo está relacionado de alguna manera con la fragilidad del alma humana, con ese vacío interior que nos provoca la necesidad de tocar la mano del otro. ¿Vacío? Algo: vacío, frío, dolor, lo que sea. Muchos lo cubren. Lo llevan a otra parte. Lo disfrazan. ¿Y él? Los que lo cubren suelen ser gente muy fría, que puede ser excelente en el trabajo, que se compromete con el deber. Es curioso: Luzia le dijo el otro día que en algunos dialectos vascos al trabajo lo llaman *behar*, necesidad.

¿Está autorizado a acercarse a Luzia? ¿Se atreverá? Se ha atrevido a venir. La invitación de Luzia, ¿es autorización o petición? ¿Qué le pide? ¿A dónde va ahora por las calles mojadas que lo llevan hacia el mar?

“Tocas esa eternidad que nunca te será dada”, le decía una mujer joven a su compañero de cama sin poder reprimir el llanto tras hacer el amor, en una película pretendidamente profunda. Víctor no sólo ha tocado la eternidad. Desde que Julia se marchó, desde que Julia no está, sabe lo que es la eternidad, el lado feo de la eternidad, el lado desagradable de la eternidad, el que se nos da *gratis et amore*: no poder contar que llueve tomándote el café de después de comer, o que se te ha olvidado la leche en la cocina, que volverán a subir los sellos de correos con el año nuevo o que se te está terminando la pasta de dientes.

El lado feo de la eternidad.

Pero también el otro, el lado bonito. Víctor lo ha hecho con su recuerdo de Julia: lo ha embellecido. La perfección de la pareja, la complicidad total que nada estropearía, que nada podría manchar. Que al menos aparentemente era así, que era así realmente, que lo ha sido para Víctor estos últimos años.

Ahora algo se le ha roto, se le ha interrumpido el silencio de la perfección.

Ha dejado de llover. Puede cerrar el paraguas y andar con más comodidad. También es más indiscreto. No quisiera encontrarse con ningún conocido (“Epa, qué hay, cómo tú por aquí: te han echado de Madrid o qué. Ala, pasar bien la noche y Eguberri On”...). Explicaciones. Pereza.

La cosa se va haciendo más triste cada vez. Y el origen de esta tristeza no son los cataclismos de siempre, las guerras, las terribles tragedias habituales en este mundo. No son cosas como la noticia espantosa de cuando mataron a Santi, un colega joven, en el hotel de un lugar paradisíaco de Indonesia. No es sólo ese tipo de cosas. Él se llevaba especialmente bien con Santi. Lo mataron con treinta y ocho años en un atentado contra turistas.

No, lo de ahora son las limitaciones de lo cotidiano, la conciencia de que nunca mejorará, las señales inequívocas del envejecimiento, las inevitables enfermedades, los signos de oxidación en el cuerpo y de ralentización en la mente, y percibir lo mismo más o menos en los de alrededor. Las depresiones de algunos, el exhibicionismo y la ostentación de otros, los cánceres de demasiados, o las artrosis. Cada cual lo que puede, a cada cual lo que le surge.

Víctor ha elegido el trabajo (si es elegir lo que ha hecho) por encima de todas las demás cosas, es al menos en lo que invierte más tiempo, más horas, es en eso en lo que tiene la cabeza, más que en recuerdos y sueños sexuales, más que en el fútbol, más que en me-tendría-que-comprar-unos-zapatos. Antes que en esas cosas. Le vale

para librarse de ellas y, de momento, también de enfermar. Del cansancio no. Pero, ay, eso sí que es cada vez más difícil, cada vez más cansado. Más cansado librarse del cansancio. El cansancio de ahora no pasará, tampoco la tristeza y las enfermedades de los amigos.

No se ha fijado en si había taxis en la Avenida. Se le ha olvidado mirar. Seguramente no habría, hoy, a estas horas. Muchos estarán en casa. Delante de la estación sólo había dos y los han cogido otros viajeros antes de que él haya podido llegar. La verdad es que tampoco lo ha intentado muy en serio. Todavía hay gente en la calle. Por el paseo de la Concha unos cuantos van deprisa, como él. Hacia casa. También ha visto bares cerrados por el centro. Puede que los abran más tarde, después de cenar. Están cambiando las costumbres. Han cambiado, a pesar de que Víctor apenas se haya enterado.

La caminata le está resultando más larga de lo que creía. Andar, mover las piernas tras las horas de tren le da placer, le gusta mucho andar y está acostumbrado a dar largos paseos. Pero se ha empezado a preocupar por si llegará tarde. No, no hay prisa. El tren ha llegado bien y para las diez estará donde Luzia, o un poquito más tarde, pero no mucho. Su casa no debe de ser difícil de encontrar, según dijo. Pasar el túnel y a la izquierda, unas casas blancas grandes detrás de la iglesia. No tienen prisa ni para cenar hoy ni para levantarse mañana. No tiene que rendir cuentas ante nadie. Es lo que le dijo Luzia. ¿Qué estará haciendo ahora?

Víctor siente algo que podría ser alegría al percibir el olor del mar.

¿Qué le queda a él, qué tiene él ahora que pueda ofrecer a Luzia? ¿El trabajo? Siempre ha pedido a través de sus méritos del trabajo la autorización necesaria, la justificación para vivir, la admiración de los demás que le sirve a uno para seguir.

Nunca ha pedido otro tipo de amor, porque no se ha atrevido o porque no ha acertado a hacerlo, tal vez porque nunca ha querido descender de su nivel. El amor de Julia le vino sin pedirlo, Julia se lo dio antes de que él se lo pidiera. Siempre le daba todo antes de que él lo pidiera, sin que él lo pidiera.

Ahora no sabe cómo se hace, cómo se pide, no sabe pedir.

Julia le daba lo que necesitaba sin que lo pidiera, lo cuidaba para que él no tuviera ninguna preocupación. Víctor lo recuerda así, pero no sabe si se olvida de algo, no sabe seguro si aquellos cuidados eran totalmente felices y ya es demasiado tarde para fijarse, para poder mirarle a Julia a la cara cuando él ha llegado tarde a casa tras una operación o cuando le ha dicho que sí sin levantar la mirada, que sí, que estará bien preparada la maleta, que gracias, mientras ordena apresuradamente los papeles del congreso. Si Julia le hubiera dicho siempre la verdad claramente, si Julia hubiera quebrado alguna vez su cuidado y su admiración por él para confesarle que también se aburría... Por un momento parece que Víctor preferiría que hubiera sido así.

El túnel del Antiguo.

De todas maneras, le había dicho Luzia que la llamara, que iría a buscarlo si no había taxis y venía muy cargado. No, no viene muy cargado: ropa para pasar una noche en una bolsa ligera que lleva con facilidad colgada del hombro. Una noche o dos. O dos. Y no, para cuando él ha llegado ya no quedaban taxis en la parada de al lado de la estación. Pero no ha llamado a Luzia, ha preferido tomarse un tiempo para llegar a su casa, andar por la calle, pasar así un rato solo en la ciudad, hacer a pie el intervalo desde el tren, desde estar entre la gente del tren hasta llegar adonde ella, ir andando por la calle, al lado del mar.

No ha querido hacer salir a Luzia de su casa. Le dirá que en el tiempo que ella hubiera necesitado para ir en coche hasta la estación, él había hecho la mitad del camino.

Por algo, prefiere que Luzia lo esté esperando sin moverse, en el calor de su casa, sin mojarse.

No concretaron hasta cuándo se quedaría en San Sebastián. Ni el uno ni el otro. Trae

ropa suficiente para quedarse dos noches. Sigue por la derecha del túnel de los coches hacia el de los peatones. El túnel del barrio del Antiguo. Falta poco para llegar adonde Luzia.

Mañana es Navidad, fiesta.

Compró el billete con vuelta abierta.

***Time passes. Listen. Time passes.***  
Dylan Thomas, *Under Milk Wood*